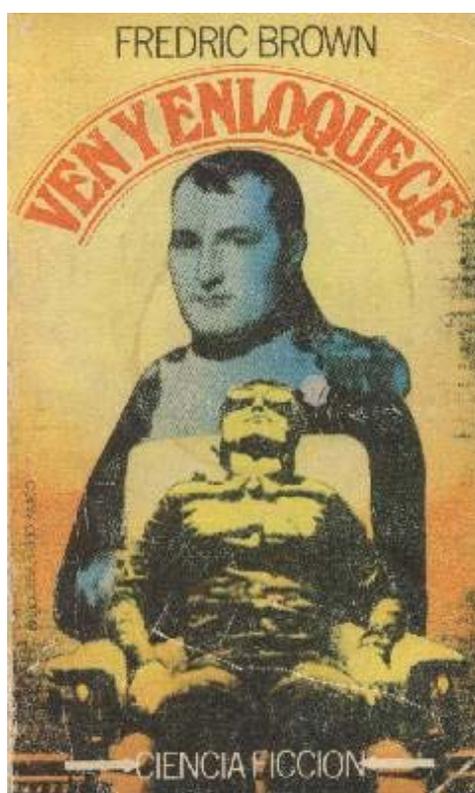


# ***VEN Y ENLOQUECE***



**Fredric Brown**

Título original: The best of Fredric Brown

Traducción: M<sup>a</sup> Teresa Segur

© 1976 by Fredric Brown

© 1983 Editorial Bruguera

ISBN: 84-02-09246-2

Edición digital: Sadrac y Paul Atreides

Compaginación: Jota

R6 02/03

**NOTA:** La presente es una reconstrucción de la colección de cuentos original realizada por Jota a partir de cuentos individuales bajados de la página de Sadrac.

Gracias a Jose M. Cárdenas por aportar los datos editoriales.

## **ÍNDICE**

Presentación, por Carlo Frabetti

**Abominable** (Abominable, 1960)

**Carta a un Fénix** (Letter to Phoenix, 1949)

**Aún No Es el Fin** (Not Yet the End, 1941)

**Etaoin Shrdlu** (Etaoin Shrdlu, 1942)

**Armagedón** (Armageddon, 1941)

**Experimento** (Experiment, 1958)

**Las Cortas y Felices Vidas de Eustace Weaver** (I,II y III) (The Short Happy Lives of Eustace Weaver I, II, III, 1961)

**Reconciliación** (Reconciliation, 1954)

**Nada Sirio** (Nothing Sirius, 1943)

**Ciclo** (Pattern, 1954)

**El Principio Yehudi** (The Yehudi Principle, 1944)

**Ven y Enloquece** (Come and Go Mad, 1949)

**El Final** (The End, 1961)

## **Presentación - VEN Y ENLOQUECE (DE GUSTO), QUERIDO LECTOR**

En *El ratón estelar* (Libro Amigo, 583), ofrecimos quince de los mejores relatos de Fredric Brown, el autor de ciencia ficción que mayor dominio ha alcanzado en el peculiar y difícil arte del relato supercorto.

La presente antología incluye doce relatos y una novela corta (Ven y enloquece, una de las más famosas narraciones de Brown), y, junto con *El ratón estelar*, constituye una muestra amplia y representativa de la producción de este escritor singular a lo largo de más de veinte años de fecunda actividad creadora.

Excelente autor de misterio a la vez que de ciencia ficción (obtuvo el codiciado Premio Edgar Allan Poe, otorgado por la Asociación de Escritores de Misterio de América), sus narraciones más largas (o menos cortas) no sólo son virtuosísimas exhibiciones de originalidad e inventiva, sino también pequeñas obras maestras en el difícil arte de captar irresistiblemente la atención del lector.

Pero aunque Brown no hubiera escrito más que sus célebres -y celebradas- «SS» (Super-Short Stories, relatos supercortos), se habría ganado un lugar muy especial y muy alto en el campo de la ciencia ficción, y merecería más difusión en castellano de la que ha tenido. Pues probablemente sea Brown el único «gran maestro» de la edad de oro de la ciencia ficción que sigue siendo casi desconocido entre nosotros (a nivel de gran público, se entiende; el lector adicto le conoce bien).

La causa de este injusto olvido tal vez se deba a que Brown escribió pocas novelas. Pocas y muy especiales. En una época en que los autores del género competían en la concepción de colosales epopeyas cósmicas y grandiosas visiones espacio-temporales, Brown da una lección de objetividad y comedimiento con una novela como *Por las sendas estrelladas*, que, adelantándose a su época. (si la ciencia ficción siempre lo hace, en ocasiones como ésta lo hace doblemente), aborda con honesta sencillez, desde una perspectiva de cotidianeidad, los problemas psicológicos y sociales de la conquista del espacio. Y el comedimiento, en una época de autores prolíferos y desmedidos, no es la mejor forma de obtener la popularidad; aunque sí puede ser la forma de ganar la admiración de colegas y expertos, como sin duda la obtuvo Brown.

Esperamos que las dos antologías que hemos dedicado a este extraordinario autor, prematuramente fallecido en 1972 a causa de una afección pulmonar, contribuyan a dar a conocer entre los lectores hispanoparlantes a uno de los más originales y sutiles talentos de la ciencia ficción de todos los tiempos.

CARLO FRABETTI

## **ABOMINABLE**

Sir Chauncey Atherton se despidió de los guías sherpas, que iban a acampar allí y dejarle continuar solo. Estaban en tierras del Abominable Hombre de las Nieves, varios centenares de kilómetros al norte del monte Everest, en el Himalaya. Los Abominables Hombres de las Nieves se habían dejado ver ocasionalmente en el Everest y en otras montañas tibetanas o nepalesas; pero el monte Oblimov, al pie del cual dejaba ahora a sus guías nativos, estaba tan lleno de ellos que ni siquiera los sherpas se atrevían a escalarlo; aunque le aseguraron que esperarían allí su regreso, en el caso de que regresara. Había que ser muy valiente para aventurarse más allá de aquel punto, Sir Chauncey era muy valiente.

Además, era un verdadero perito en cuestión de mujeres, razón por la que se encontraba allí y a punto de intentar, en solitario, no sólo una peligrosa ascensión sino

también un rescate aún más peligroso. Si Lola Grabaldi aún vivía, se hallaba en poder de un Abominable Hombre de las Nieves.

Sir Chauncey nunca había visto a Lola Grabaldi en persona. En realidad, hacía menos de un mes que se había enterado de su existencia, al ver la única película cinematográfica que ella había protagonizado, y gracias a la cual se convirtió súbitamente en un personaje legendario, en la mujer más hermosa de la Tierra, en la estrella cinematográfica más encantadora que Italia había engendrado jamás; y sir Chauncey no lograba comprender que siquiera Italia lo hubiera hecho. En una sola película reemplazó a la Bardot, la Lollobrigida y la Ekberg como la imagen de la perfección femenina en la mente de todos los peritos del mundo, y sir Chauncey era el mejor perito del mundo. En cuanto la vio en la pantalla, comprendió que debía verla en persona, o morir en el intento.

Pero, entonces, Lola Grabaldi ya había desaparecido. A fin de tomarse unas vacaciones después de su primera película, hizo un viaje a la India y se unió a un grupo de escaladores que pensaban conquistar el monte Oblimov. El resto del grupo había regresado, pero Lola no. Uno de ellos testificó haberla visto, a demasiada distancia para alcanzarla a tiempo, secuestrada, arrastrada a la fuerza por una peluda criatura, más o menos humana, de casi tres metros de estatura. Un Abominable Hombre de las Nieves. El grupo la había buscado varios días antes de darse por vencidos y regresar a la civilización. Todo el mundo coincidía en afirmar que, ahora, ya no había ninguna posibilidad de encontrarla con vida.

Todo el mundo menos sir Chauncey, que inmediatamente había volado de Inglaterra a la India.

Nada pudo detenerle, y ahora ascendía hacia la región de las nieves eternas. Y, además del equipo de alpinismo, llevaba el pesado rifle con el que, sólo un año antes, había cazado tigres en Bengala. Si el arma podía matar tigres, razonaba, también podía matar Hombres de las Nieves.

La nieve se arremolinaba en torno suyo mientras avanzaba hacia la línea de nubes. De repente, a unos doce metros de él, que era hasta donde su vista alcanzaba, divisó una monstruosa figura que no era totalmente humana. Alzó el rifle y disparó. La figura cayó, y siguió cayendo; se hallaba al borde de un precipicio de varios miles de metros de altura.

Y, en el mismo momento del disparo, unos brazos se cerraron en torno a sir Chauncey. Unos brazos gruesos y peludos. Y después, mientras una mano le inmovilizaba fácilmente, la otra le arrebató el rifle y lo dobló en forma de L con la misma facilidad que si se tratara de un palillo, tirándolo después.

Se oyó una voz procedente de un punto situado a unos sesenta centímetros por encima de su cabeza.

- Estate quieto y no te pasará nada.

Sir Chauncey era un hombre valiente, pero una especie de gemido fue todo lo que pudo articular, pese a la aparente garantía de las palabras. La criatura situada a su espalda le mantenía tan fuertemente apretado contra sí, que no pudo alzar ni volver la mirada para ver que cara tenía.

- Te lo explicaré - dijo la voz a sus espaldas -. Nosotros, a los que llamáis Abominables Hombres de las Nieves, somos humanos, pero transmutados. Hace muchos siglos formábamos una tribu, igual que los sherpas. Por casualidad descubrimos una droga que nos permitió cambiar físicamente y adaptarnos, gracias a un aumento de estatura, pilosidad y otros cambios fisiológicos, a un frío y una altitud extremos, así como trasladarnos a las montañas, a regiones donde otros no pueden sobrevivir, excepto los pocos días que dura una expedición de alpinismo. ¿Lo entiendes?

- S-s-sí - consiguió articular sir Chauncey. Comenzaba a entrever un rayo de esperanza. ¿Acaso la criatura iba a explicarle estas cosas, si pensara matarle?

- En este caso, continuaré. Nuestro número es reducido, y cada día lo es más. Por esta razón ocasionalmente capturamos, tal como te hemos capturado a ti, a un alpinista. Le

damos la droga transmutadora, sufre los cambios fisiológicos y se convierte en uno de nosotros. De este modo mantenemos nuestro número relativamente constante.

- P-pero - balbució sir Chauncey - ¿acaso es eso lo que le ha sucedido a la mujer que estoy buscando, Lola Grabaldi? ¿Acaso es ahora... peluda, de casi tres metros de estatura, y...?

- Lo era. Acabas de matarla. Un miembro de nuestra tribu la había tomado como compañera. No nos vengaremos de ti por haberla matado; pero ahora debes ocupar su lugar.

- ¿Ocupar su lugar? Pero... yo soy un hombre.

- Me alegro de que lo seas - dijo la voz a sus espaldas. Se vio obligado a girar bruscamente, y se encontró frente a un enorme cuerpo peludo, con la cara al mismo nivel de dos montañosos senos peludos -. Me alegro de que lo seas... porque yo soy una Abominable Mujer de la Nieves.

Sir Chauncey se desmayó, siendo inmediatamente recogido y alzado en brazos, con la misma facilidad que si de un osito de juguete se tratara, por su nueva compañera.

## CARTA A UN FÉNIX

Hay mucho que contarles, tanto que es difícil saber por dónde empezar. Afortunadamente, he olvidado la mayor parte de las cosas que me han sucedido. Afortunadamente, la mente tiene una capacidad limitada para recordar. Sería horrible si recordara los detalles de ciento ochenta mil años, los detalles de las cuatro mil vidas enteras que he vivido desde la primera guerra atómica.

Sin embargo no he olvidado los momentos realmente importantes. Recuerdo que formé parte de la primera expedición que aterrizó en Marte y de la tercera que aterrizó en Venus. Recuerdo - creo que fue durante la tercera gran guerra - la explosión de Skora en el cielo debida a una fuerza tan superior a la fisión nuclear como una nova a nuestro sol moribundo. Yo era el segundo al mando en una astronave Clase Hiper-A durante la guerra contra los segundos invasores extragalácticos, los que establecieron bases en las lunas de Júpiter sin que nosotros advirtiéramos su presencia y casi nos expulsaron del sistema solar antes de que descubriéramos la única arma eficaz en su contra. Entonces huyeron adonde nosotros no pudiéramos seguirlos, fuera de la galaxia. Cuando lo hicimos, unos quince mil años después, habían desaparecido. Hacía unos tres mil años que estaban muertos.

Y precisamente sobre esto voy a hablarles - sobre esta poderosa raza y las demás -; pero antes, a fin de que sepan cómo sé lo que sé, les hablaré de mí mismo.

Yo no soy inmortal. En el universo sólo hay un ser inmortal; ya les hablaré de él en otro momento. En comparación con él, yo soy insignificante, pero no podrán comprender ni creer lo que les diga a menos que comprendan quién soy.

Un nombre no quiere decir nada, y me alegro de ello, porque no recuerdo el mío. Estos resulta menos extraño de lo que ustedes creen, pues ciento ochenta mil años es mucho tiempo y, por una u otra razón, he cambiado de nombre unas mil veces o más. Y ¿qué puede importar menos que el nombre que me impusieron mis padres hace cientos ochenta mil años?

No soy mutante. Me sucedió cuando tenía veintitrés años, durante la primera guerra atómica. Es decir, la primera guerra en la cual ambos bandos utilizaron armas atómicas - armas inofensivas, naturalmente, comparadas con las que se inventaron después -. Habían transcurrido menos de una docena de años tras el descubrimiento de la bomba

atómica. Las primeras bombas se lanzaron en una guerra secundaria cuando yo era pequeño. La guerra terminó rápidamente, pues sólo uno de los bando las poseía.

La primera guerra atómica no fue demasiado espantosa - la primera nunca lo es -. Tuve suerte, porque, si lo hubiera sido - si hubiera puesto fin a una civilización -, yo no habría sobrevivido pese al accidente biológico que me ocurrió. Si hubiera puesto fin a una civilización, yo no habría sido mantenido con vida durante el periodo letárgico de dieciséis años que atravesé unos treinta años después. Pero otra vez me he adelantado al relato.

Creo que tenía veinte o veintiún años cuando se inició la guerra. No me reclutaron en seguida para el ejército porque no estaba físicamente dotado. Sufría una enfermedad bastante rara de la glándula pituitaria... El síndrome de no sé quién. He olvidado el nombre. Entre otras cosas, producía obesidad. Pesaba unos veinte kilos en exceso para mi estatura y no era muy vigoroso. Fui rechazado sin dudar.

Al cabo de unos dos años mi enfermedad había progresado ligeramente, pero otras cosas habían progresado más que ligeramente. En aquella época el ejército reclutaba a todo el mundo; habrían reclutado a un ciego con un solo brazo y una sola pierna si el hombre hubiera estado dispuesto a luchar. Y yo estaba dispuesto a luchar. Había perdido a mi familia en una escaramuza, odiaba mi trabajo en una fábrica de armas, y los médicos me habían dicho que mi enfermedad era incurable y, de todos modos, sólo me quedaban uno o dos años de vida. De modo que acudí a lo que restaba del ejército, y lo que restaba del ejército me aceptó sin dudar y me envió al frente más próximo, que estaba a quince kilómetros de distancia. Estaba luchando al día siguiente de incorporarme.

Recuerdo lo suficiente para saber que yo no tuve nada que ver con ello, pero dio la casualidad de que fuera precisamente entonces cuando cambió la suerte. El otro bando carecía de bombas y pólvora y empezaba a sufrir escasez de granadas y balas. Nosotros también carecíamos de bombas y pólvora pero ellos no habían conseguido paralizar todos nuestros medios de transporte y nosotros, sí. Todavía disponíamos de aviones para transportar las bombas recién fabricadas, y también disponíamos de una cierta organización que enviaba los aviones a los lugares debidos. Cerca de los lugares debidos, habría que decir; a veces las dejábamos caer por equivocación demasiado cerca de nuestros propias tropas. Una semana después de entrar en combate me vi nuevamente alejado de él al ser alcanzado por una de nuestras bombas de menor potencia que había caído a unos dos kilómetros de distancia.

Recobré el conocimiento, unas dos semanas después, en un hospital de la retaguardia, con quemaduras de primer grado. La guerra ya había terminado, a excepción de los últimos brotes de resistencia, y sólo quedaba restaurar el orden y poner el mundo nuevamente en marcha. Como verán, no fue lo que yo llamaría una guerra exterminadora. Aniquiló - la cifra no es exacta; no recuerdo la fracción - una cuarta o una quinta parte de la población mundial. Quedaba la suficiente capacidad productiva y la gente suficiente, para seguir adelante; los siglos venideros fueron difíciles, pero no se produjo una vuelta al salvajismo, ni fue necesario empezar desde cero. En tales épocas, la gente vuelve a usar velas para iluminarse y a quemar madera en calidad de combustible, pero no porque no sepa usar la electricidad o una mina de carbón; sólo porque la confusión y las revoluciones ocasionan un desequilibrio temporal. Los conocimientos están ahí, en reserva hasta la reaparición del orden.

No es el mismo caso de una guerra de exterminio, en la que nueve décimas partes de la población de la Tierra - o de la Tierra y los demás planetas - son aniquiladas. Entonces es cuando el mundo retrocede hasta el salvajismo y la centésima generación redescubre los metales para guarnecer sus lanzas.

Pero vuelvo a divagar. Después de recobrar el conocimiento en el hospital, sufrí muchísimo. Se habían terminado los anestésicos. Yo tenía profundas quemaduras, ocasionadas por la radiación, que me hicieron sufrir casi intolerablemente durante los primeros meses hasta que, gradualmente, se curaron. No dormía - eso es lo extraño -. Y

era algo aterrador, pues no comprendía lo que me había sucedido, y lo desconocido siempre es aterrador. Los médicos no me hacían demasiado caso, pues yo era uno de los millones de quemados o heridos, y me parece que no creyeron mis reiteradas declaraciones de que no podía dormir. Pensaron que había dormido un poco y que exageraba o que estaba realmente equivocado. Pero yo no había dormido nada. No puede dormir hasta mucho después de abandonar el hospital, curado. Curado, incidentalmente, de la enfermedad producida por la glándula pituitaria, y con el peso normal, y la salud perfecta.

Estuve treinta años sin dormir. Después sí que dormí, durante dieciséis años. Y al término de ese periodo de cuarenta y seis años, yo aparentaba, físicamente, la edad de veintitrés.

¿Empiezan a comprender ustedes lo que sucedió, tal como yo empecé a comprenderlo entonces? La radiación - o la combinación de varios tipos de radiación - que yo había sufrido cambió radicalmente las funciones de mi glándula pituitaria. Pero también hubo otros factores implicados. Una vez estudié endocrinología, hace unos ciento cincuenta mil años, y creo que me fue muy útil. Si mis cálculos fueron correctos, lo que me sucedió fue una posibilidad entre varios billones.

Los factores de degeneración y envejecimiento no fueron eliminados, naturalmente, pero la proporción se vio reducida en unas quince mil veces. De modo que no soy inmortal. He envejecido once años en los pasados ciento ochenta milenios. Mi edad física es ahora de treinta y cuatro años.

Y, para mí, cuarenta y cinco años equivalen a un día. No duermo durante treinta años - y después duermo unos quince -. Es una suerte que mis primeros «días» no coincidieran con un periodo de completa desorganización social o salvajismo, o no habría sobrevivido a mis primeros años de sueño. Pero sobreviví, y entonces ya había aprendido un sistema y podía cuidar de mi propia supervivencia. Desde entonces he dormido unas cuatro mil veces y he sobrevivido. Quizá algún día no tenga tanta suerte. Quizá algún día, a pesar de ciertos dispositivos de seguridad, alguien descubra e interrumpa en la cueva o bóveda donde me instalo, secretamente, para un período de sueño. Pero no es probable. Dispongo de muchos años para preparar cada uno de estos lugares, más la experiencia de cuatro mil sueños a mis espaldas. Uno podría pasar mil veces por delante de ese sitio y no saber que estaba allí, ni poder entrar aunque sospechara su existencia.

No, mis posibilidades de supervivencia entre dos períodos de vida consciente son mucho mayores que mis posibilidades de supervivencia durante mis períodos de vida activa. Quizá sea un milagro que haya sobrevivido a tantas, pese a las técnicas de supervivencia que he llegado a desarrollar.

Y esas técnicas son buenas. He sobrevivido a siete guerras atómicas - y superatómicas - que han reducido la población de la Tierra a unos cuantos salvajes reunidos en torno a unas cuantas fogatas en unas cuantas zonas todavía habitables. Y en otras épocas, en otras eras, he estado en cinco galaxias aparte de la nuestra.

He tenido varios miles de esposas, pero sólo una cada vez, pues nací en una época de monogamia y la costumbre ha persistido. Y he tenido varios miles de hijos. Naturalmente, jamás he podido vivir más de treinta años con una esposa antes de verme obligado a desaparecer, pero treinta años es tiempo más que suficiente para los dos, especialmente cuando ella envejece a un ritmo normal y yo envejeczo imperceptiblemente. Oh, eso ocasiona problemas, desde luego, pero siempre he podido solucionarlos. Siempre me caso, cuando me caso, con una muchacha mucho más joven que yo, para que la disparidad no llegue a ser demasiado grande. Digamos que tengo treinta años; me caso con una muchacha de dieciséis. Cuando llega el momento de dejarla, ella tiene cuarenta y seis y yo sigo teniendo treinta. Y lo mejor para ambos, para todo el mundo, es que yo no vuelva a ese lugar cuando me despierte. Si ella aún vive habrá pasado de los sesenta y no estaría bien, ni siquiera para ella, que tuviese un marido súbitamente resucitado

todavía joven. Y yo la he dejado bien provista, convertida en una viuda rica, rica en dinero o lo que en esa época particular se considera riqueza. A veces fueron abalorios y puntas de flechas, a veces trigo en un granero y una vez - ha habido civilizaciones muy peculiares - escamas de pescado. Nunca tuve la menor dificultad en obtener mi parte, o más, de dinero o su equivalente. Tras una práctica de varios miles de años, la dificultad estriba en lo contrario, saber cuando detenerse a fin de no convertirse en una persona extremadamente rica y llamar la atención.

Por razones obvias, siempre lo he conseguido. Por razones que pronto conocerán, yo nunca he aspirado al poder, y tampoco - tras los primeros centenares de años - he dejado sospechar a la gente que yo era distinto. Incluso me echaba varias horas cada noche, simulando que dormía.

Pero nada de esto es importante, del mismo modo que yo tampoco lo soy. Sólo se lo he contado para que entiendan cómo sé lo que ahora voy a decirles.

Y cuando se lo haya dicho, no crean que he intentado venderles algo. Es algo que ustedes no podrían cambiar aunque quisieran, y - cuando lo comprendan - no querrán hacerlo.

No trato de influenciarles ni guiarles. En cuatro mil vidas he sido casi todo, excepto un caudillo. Lo he eludido. Oh, con bastante frecuencia he sido un dios entre los salvajes, pero la razón es que debía serlo para sobrevivir. Utilizaba los poderes que ellos creían mágicos para mantener un cierto orden, pero nunca para acaudillarles, ni para sujetarles. Si les enseñé a usar el arco y la flecha, fue porque la caza era escasa, nos moríamos de hambre, y mi supervivencia dependía de la suya. Tras comprender que el sistema era necesario, jamás lo he alterado.

Lo que ahora les diré no alterará el sistema.

Es esto: La raza humana es el único organismo inmortal del universo.

Ha habido otras razas, y hay otras razas en el universo, pero se han extinguido o se extinguirán. Una vez, hace cien mil años, las catalogamos con la ayuda de un instrumento que detectaba la presencia de pensamiento y de inteligencia, por muy extraños que fueran y por muy lejos que estuvieran, y esto nos dio una medida de esta mente y sus características. Y, cincuenta mil años después, se descubrió nuevamente ese instrumento. Había tantas razas como antes, pero sólo ocho de ellas eran las mismas que hacía cincuenta mil años antes, y cada una de esas ocho estaba muriéndose, de vejez. Habían sobrepasado la cumbre de sus poderes y estaban muriéndose.

Habían llegado al límite de su capacidad - siempre hay un límite - y no les quedaba otra alternativa que morir. La vida es dinámica; nunca puede ser estática - tanto si el nivel es alto como bajo - y sobrevivir.

Esto es lo que trato de decirles, a fin de que no vuelvan a asustarse. Sólo una raza que se destruye a sí misma y su progreso con cierta periodicidad, una raza que retrocede hasta sus inicios, es capaz de sobrevivir más de, digamos, sesenta mil años de vida inteligente.

En todo el universo sólo la raza humana ha alcanzado un alto nivel de inteligencia sin alcanzar un alto nivel de cordura. Somos únicos. Ya somos por lo menos cinco veces más viejos que cualquier otra raza que haya existido jamás, y esto se debe a que no somos sensatos. Y el hombre, a veces, ha vislumbrado el hecho de que la insensatez es divina. Pero sólo en altos niveles de cultura se da cuenta de que está colectivamente loco, de que siempre acabará destruyéndose, para surgir con más fuerza de sus propias cenizas.

El fénix, el ave que se inmola periódicamente a sí misma en una hoguera para volver a nacer y vivir otro milenio, y así sucesivamente, sólo es un mito metafóricamente hablando; existe y sólo hay una de ellas.

Ustedes son el fénix.

Nada podrá destruirles jamás, ahora que - durante muchas civilizaciones notables - su semilla ha sido esparcida en los planetas de un millar de soles, en un centenar de galaxias, para repetir eternamente el ciclo. El ciclo que comenzó hace ciento ochenta mil años, si no me equivoco.

No puedo estar seguro de ello, pues he visto que los veinte o treinta mil años que transcurren entre la caída de una civilización y el inicio de otra destruyen todos los rastros. En veinte o treinta mil años, los recuerdos se convierten en leyendas, las leyendas se convierten en supersticiones, e incluso las supersticiones se pierden. Los metales se oxidan y corroen en las profundidades de la tierra mientras el viento, la lluvia y la jungla erosionan y cubren las piedras. Los contornos de los continentes cambian, los glaciares aparecen y desaparecen, y una ciudad de veinte mil años de antigüedad está sepultada bajo muchos kilómetros de tierra o de mar.

De modo que no puedo estar seguro. Es posible que el primer estallido que yo conocí no fuera el primero; muchas civilizaciones pueden haberse levantado y caído antes de mi época. En este caso dicha posibilidad no hace más que reforzar mi afirmación de que la humanidad puede haber sobrevivido más de los ciento ochenta mil años que yo sé y puede haber sobrevivido a los seis estallidos que han tenido lugar desde lo que yo creo que fue el primer descubrimiento de la pira del fénix.

Pero - aparte de que hayamos esparcido tan bien nuestra semilla por las estrellas que ni la desaparición del sol ni su posible conversión en una nova podrían destruirnos - el pasado no importa. Lur, Candra, Tragan, Kah, Mu, Atlantis, éstas son las seis civilizaciones que he conocido, y han desaparecido tan completamente como ésta desaparecerá dentro de veinte o treinta mil años, pero la raza humana, aquí o en otras galaxias, sobrevivirá y vivirá eternamente.

El hecho de saber todo esto, en este año de su era actual, contribuirá a mantener su paz de espíritu, pues su espíritu está inquieto. Quizá, yo estoy seguro, les ayude saber que la próxima guerra atómica, la que probablemente tenga lugar en su generación, no será una guerra de exterminio, llegará demasiado pronto para que lo sea, antes de que ustedes hayan inventado las armas realmente destructivas que el hombre ha inventado con tanta frecuencia en el pasado. Les hará retroceder, es verdad. Durante uno o más siglos sólo habrá oscuridad. Después, con el recuerdo de lo que ustedes llamarán la Tercera Guerra Mundial como advertencia, el hombre pensará - como siempre lo ha hecho después de una benigna guerra atómica. que ha conquistado su propia locura.

Durante cierto tiempo - si el ciclo se repite -, la tendrá a raya. Llegará nuevamente a las estrellas, y ya las encontrará colonizadas. Sí, ustedes volverán a Marte dentro de quinientos años, y yo también iré, para ver nuevamente los canales que en otra ocasión ayudé a construir. Hace ochenta mil años que no he estado allí y me gustaría ver lo que el tiempo les ha hecho, a los canales y a aquellos de nosotros que se quedaron incomunicados la última vez que la humanidad perdió el vuelo espacial. Naturalmente, ellos también han seguido un ciclo, pero la proporción no tiene por que ser constante. Podemos encontrarles en cualquier etapa del ciclo que no sea la superior. Si estuvieran en el punto cumbre del ciclo, no tendríamos que ir a ellos; ellos vendrían a nosotros. Pensando, naturalmente, como piensan ahora, que son marcianos.

Me pregunto que grado de desarrollo alcanzarán ustedes esta vez. Confío en que no sea tan elevado como el de los trhagán. Confío en que jamás vuelva a descubrirse el arma que los trhagán utilizaron contra su colonia de Skora, que entonces era el quinto planeta hasta que los trhagán lo convirtieron en multitud de asteroides. Claro que esa arma sólo se inventará muchos años después de que los viajes intergalácticos vuelvan a convertirse en algo común. Si lo veo venir saldré de la galaxia, pero no me gustaría tener que hacerlo. Me gusta la Tierra y me gustaría pasar aquí el resto de mi vida mortal, si es que ella dura tanto.

Posiblemente no sea así, pero la raza humana sí que durará. En todas parte, y para siempre, porque nunca será cuerda y sólo la locura es divina. Sólo los locos se destruyen a sí mismos y todo lo que han forjado.

Y sólo el fénix vive eternamente.

## AUN NO ES EL FIN

Había un verde e infernal matiz de luz dentro del cubo de metal. Era la luz que hacía que la piel de un pálido de muerte de la criatura que estaba sentada frente a los controles pareciera desganadamente verde.

Un solo ojo labrado en facetas, en el centro delantero de la cabeza, observaba los siete diales sin parpadear. Desde que habían dejado Xandor, ese ojo jamás se había apartado de los diales. El sueño era algo desconocido para la raza galáctica a la que pertenecía Kar-388Y. La piedad también era algo desconocido. Una simple mirada a los agudos y crueles rasgos que había debajo del facetado ojo podía haber probado eso.

Los indicadores del cuarto y el séptimo dial se detuvieron. Eso significaba que el cubo mismo se había detenido en el espacio cercano a su inmediato objetivo. Kar se acercó con su brazo superior derecho y soltó el interruptor del estabilizador. Luego se levantó y estiró sus entumecidos músculos.

Kar se giró hasta quedar de frente a su compañero del cubo, un ser igual a él.

- Aquí estamos - dijo -. La primera parada. Estrella Z-5689. Tiene nueve planetas, pero sólo el tercero es habitable. Tengamos la esperanza de encontrar criaturas que puedan ser buenos esclavos para Xandor.

Lal-16B, que había estado sentado en una rígida inmovilidad durante el viaje, también se levantó y se estiró.

- Esperemos que así sea. Entonces podríamos regresar a Xandor y ser honrados mientras la flota viene por ellos. Pero no tengamos demasiadas esperanzas. Encontrarnos con el éxito en nuestra primera detención sería un milagro. Probablemente tendremos que mirar en mil lugares.

Kar se encogió de hombros.

- Entonces miraremos en mil lugares. Con los Loumacs muriendo, tenemos que conseguir esclavos para nuestras minas o, sino, tendrán que cerrarse y nuestra raza morirá.

Se sentó nuevamente ante los controles y soltó un interruptor que activaba una placa de visión que les mostraría lo que tenían debajo. Dijo:

- Estamos encima del lado oscuro del tercer planeta. Hay una nube debajo de nosotros. Utilizaré los controles manuales a partir de aquí.

Comenzó a apretar botones. Unos minutos después dijo:

- Mira, Lal, en la placa de visión. Luces regularmente espaciadas... ¡una ciudad! El planeta está habitado.

Lal había tomado su puesto ante el otro panel de controles, los controles de lucha. Ahora él también estaba examinando los controles.

- No hay nada que tengamos que temer. No hay ni siquiera vestigios de un campo de fuerza alrededor de la ciudad. El conocimiento científico de la raza es pobre. Podemos barrer la ciudad de un solo golpe si somos atacados.

- Bien - dijo Kar -. Pero déjame recordarte que nuestro propósito no es la destrucción... aun. Queremos especímenes. Si comprobamos que son satisfactorios y viene la flota y coge los miles que necesitamos como esclavos, entonces será el tiempo de destruir no

sólo la ciudad, sino el planeta entero. Para que su civilización no pueda progresar hasta el punto de tomar represalias.

Lal ajustó una perilla.

- Correcto. Pondré el campo megra y seremos invisible para ellos salvo que puedan ver en la gama de los rayos ultravioleta, y, por el espectro de su sol, dudo que puedan.

Mientras que el cubo descendía, la luz dentro de él cambió del verde al violeta y más allá. Quedó en una suave inmovilidad. Kar manipuló el mecanismo que operaba la puerta.

Salió fuera, Lal justo detrás de él.

- Mira - dijo Kar -, dos bípedos. Dos brazos, dos ojos... no son distintos de los Loumacs, aunque son un poco más pequeños. Bien, aquí están nuestros especímenes. - Levantó su brazo inferior izquierdo cuya mano de tres dedos sostenía una delgada vara rodeada de alambre. Apuntó primero a una de las criaturas, y luego a la otra. Nada visible emanó de la punta de la vara, pero ambos quedaron instantáneamente convertidos en figuras rígidas como estatuas.

- No son grandes, Kar - dijo Lal -. Yo llevaré a uno, y tú puedes cargar con el otro. Podremos estudiarlos mejor dentro del cubo, después de que estemos nuevamente en el espacio.

Kar miró a su alrededor en la escasa luz.

- Correcto, dos son suficientes, y uno parece ser un macho y el otro hembra. Comencemos a marchar.

Un minutos después el cubo estaba ascendiendo, y tan pronto como estuvieron fuera de la atmósfera Kar soltó el interruptor del estabilizador y se unió a Lal, quien había estado comenzando el estudio de los especímenes durante la breve ascensión.

- Vivíparos - dijo Lal -. Manos de cinco dedos, capaces de realizar trabajos razonablemente delicados. Pero... pasemos al examen más importante, la inteligencia.

Kar cogió el par de aparatos mentales. Le tendió uno a Lal, quien puso uno en su propia cabeza y otro en la cabeza de uno de los especímenes. Kar hizo lo mismo con el otro espécimen.

Después de unos minutos, Kar y Lal se miraron el uno al otro desoladamente.

- Siete puntos por debajo del mínimo - dijo Kar -. No pueden ser entrenados ni siquiera para la labor más ruda en las minas. Incapaces de entender las instrucciones más simples. Bien, les llevaremos al museo de Xandor.

- ¿Debo destruir el planeta?

- No - dijo Kar -. Quizá en un millón de años a partir de ahora, si nuestra raza ha subsistido, puedan haber evolucionado lo suficiente como para ser capaces de suplir nuestro propósito. Vayamos hacia la próxima estrella con planetas.

El editor diseñador del Milwaukee Star estaba en la habitación de composición, supervisando el cierre de la página local. Jenkins, el jefe de composición, estaba poniendo las regletas para ajustar la segunda y última columna.

- Hay lugar para una historia más en la octava columna, Pete - dijo -. Cerca de treinta y seis ciceros. Ahí hay dos en reserva que están bien. ¿Cuál debo usar?

El editor diseñador miró las galeradas que vació al lado de la caja. La larga práctica le había capacitado para leer los titulares de encabezamiento de una sola y rápida ojeada.

- ¿La historia de la convención y la historia del zoológico, ¿eh? Oh, infierno; pasa la historia de la convención. ¿A quién le importa si el director del zoológico piensa que han desaparecido dos monos ayer por la noche?

**ETAOIN SHRDLU**

Al principio, el asunto referente a la linotipia de Ronson fue muy divertido. Pero empezó a resultar desagradable mucho antes del final. Y, pese al hecho de que Ronson no saliera perjudicado, jamás le habría enviado al hombrecillo del grano, si hubiera podido adivinar lo que iba a suceder. Por muy fabulosos que fueran los beneficios, el pobre Ronson tuvo demasiadas preocupaciones.

- ¿Es usted el señor Walter Merold? - preguntó el hombrecillo del grano. Se había presentado en el hotel donde yo vivía preguntando por mí, y yo dije que subiera a mi habitación.

Admití mi identidad, y él prosiguió:

- Me alegro de conocerle, señor Merold. Yo soy... - y me dijo su nombre, que ya he olvidado, aun cuando suelo tener buena memoria para los nombres.

Le dije que estaba encantado de conocerle y le pregunté qué deseaba, a lo cual se apresuró a contestar. No obstante, yo le interrumpí a las pocas palabras.

- Le han informado mal - le dije -. Sí, he sido impresor, pero ya estoy retirado. De todos modos, ¿no sabe que hacer grabar unas matrices especiales resultaría tremendamente caro? Si sólo desea imprimir una página con esos caracteres especiales, lo mejor sería que se lo escribieran a mano y luego hicieran un fotograbado en cinc.

- Pero esto no es lo mismo, señor Merold. No, no, imposible. Verá, se trata de un secreto. Yo represento a... Bueno, no es necesario que se lo diga. La cuestión es que no me atrevo a enseñárselo a nadie, como tendría que hacer si lo imprimieran en cinc.

Otro chalado, pensé, mirándole con detenimiento.

No parecía estar loco. En conjunto parecía tener un aspecto muy normal, aunque algunos de sus rasgos fueran propios de un extranjero, un asiático. Sí, a pesar de su cabello rubio y su piel blanca. Tenía un grano en la frente, justamente en el centro y encima del puente de la nariz. Era igual que los que se ven en las estatuas de Buda; los orientales lo llaman el punto de la sabiduría y es algo especial.

Me encogí de hombros.

- Bueno - comenté -, es imposible que le graben las matrices para un trabajo de linotipia sin que nadie vea los caracteres que desea imprimir, ¿no le parece? Y el que maneje la máquina también verá...

- Oh, eso lo haré yo mismo - dijo el hombrecillo del grano. (Ronson y yo llegamos a denominarle EHDG, iniciales de «el hombrecillo del grano», porque Ronson también se olvidó de su nombre, pero estoy adelantándome a la historia.) -. Es cierto que el grabador los verá, pero los verá como caracteres aislados, y eso no me importa. Y la distribución de las letras en la linotipia puedo hacerla yo mismo. Cualquiera puede enseñarme lo que necesito saber para componer una sola página, una docena de líneas, en realidad. Además no tiene que imprimirse aquí. Lo que necesito son las matrices. No me importa lo que me cuesten.

- De acuerdo - dije yo -, le daré la dirección de un especialista que vive en Mergenthaler. Allí le grabarán las matrices. Después, si quiere intimidad y acceso a la linotipia, vaya a ver a George Ronson. Dirige un periódico quincenal en esta misma ciudad. Por un precio justo, pondrá el taller a su disposición durante el tiempo que necesite para ordenar las letras.

Y esto fue todo. Al cabo de dos semanas, George Ronson y yo salimos a pescar un martes por la mañana, mientras EHDG usaba la linotipia de George para componer los extraños caracteres que había recibido por vía aérea desde Mergenthaler. La tarde anterior, George había enseñado al hombrecillo el funcionamiento de la máquina.

Pescamos una docena de piezas cada uno, y recuerdo que Ronson se rió y me dijo que él tenía trece peces, pues EHDG le pagaba cincuenta dólares en efectivo por utilizar su taller durante una sola mañana.

Cuando regresamos todo estaba en orden, a excepción de que George tuvo que sacar gran cantidad de bronce del cajón de las líneas viejas, porque EHDG había destrozado sus nuevas matrices después de utilizarlas, sin saber que no se podían tirar con el plomo tipográfico destinado a fundirse nuevamente.

La siguiente vez que vi a George fue después de que su edición del sábado saliera de la prensa. Me apresuré a hablar con él.

- Escucha - le dije -, ese truco de escribir mal las palabras y usar a propósito una gramática incorrecta ya no tiene gracia, ni siquiera en un periódico de provincias. ¿Acaso pretendías que los boletines de noticias sonaran como auténticos copiando el borrador al pie de la letra, o que?

Ronson me miró con una expresión insólita y contestó:

- Pues... sí.

- Sí, ¿qué? - interrogué -. ¿Quieres decir que intentabas hacer gracia deliberadamente, o que querías seguir la muestra al pie de la...?

El repuso:

- Ven conmigo y te lo enseñaré.

- Enseñarme ¿qué?

- Lo que voy a enseñarte - dijo él, sin demasiada lucidez -. Aún te acuerdas de componer textos ¿verdad?

- Desde luego. ¿Por qué?

- Ven, acompáñame - me contestó firmemente - Eres un especialista en linotipias y, además, tú fuiste quien me metió en esto.

- ¿En qué?

- En esto - contestó, y no quiso decirme nada más hasta que llegamos. Entonces revolvió todos los casilleros de su despacho y sacó un borrador, que se apresuró a entregarme.

Su cara tenía una expresión pensativa.

- Walter - dijo -, quizá esté chalado, y quiero asegurarme. Supongo que dirigir un periódico local durante veintidós años, hacer yo mismo todo el trabajo y tratar de complacer a todo el mundo es suficiente para desequilibrar a cualquiera, pero quiero asegurarme.

Le miré, y miré el borrador que me había dado. Era una hoja de papel normal, escrita con una caligrafía que reconocí como perteneciente a Hank Rogg, el ferretero de Hales Corners que a veces nos había abastecido. Había los errores normales que uno esperaría de Hank, pero la reseña no suponía una novedad para mí. Decía así: «el enlace matrimonial de H.M. Klafin y la señorita Margorie Burke tuvo lugar ayer por la tarde en casa de la novia. Las damas de honos iban...»

Dejé de leer y miré a George, preguntándome qué vería de extraño en aquello. Dije:

- ¿Y bien? Eso fue hace dos días, y yo mismo asistí a la boda. No tiene ninguna gracia...

- Escucha, Walter - repuso él -, ¿querrás hacerme un favor? Siéntate frente a la linotipia y compón todo este texto. No serán más de diez o doce líneas.

- Desde luego, pero ¿por qué?

- Porque... Bueno, será mejor que lo hagas, Walter. Después te diré por qué.

De modo que entré en el taller y me senté frente a la linotipia; hice un par de renglones para familiarizarme nuevamente con el teclado, puse el texto en la tablilla y empecé. Dije:

- Oye, George, Marjorie se escribe con jota, en vez de ge, ¿verdad?

Y George contestó «sí» con una curiosa entonación.

Compuse el resto del boletín, después de lo cual alcé la vista y pregunté:

- ¿Qué más?

Se acercó, tomó las líneas del galerín y leyó del revés, como todos los impresores leen los tipos, y suspiró. Dijo:

- Así que no era yo. Míralo, Walter.

Me alargó el componedor, y yo leí las líneas, o por lo menos empecé a hacerlo.

Decían así: «El enlace matrimonial de H.M. Klaflin y la señorita Margorie Burke tuvo lugar ayer por la tarde en casa de la novia. Las damas de honos iban...»

Sonreí.

- ¡Menos mal que ya no tengo que componer tipos para ganarme la vida, George! Ha sido todo un récord de equivocaciones; tres erratas en las primeras cinco líneas. Pero ¿qué tiene eso de especial? Ahora dime por qué querías que yo las compusiera.

Él contestó:

- Haz el favor de componer nuevamente las dos primeras líneas, Walter. Yo... quiero que lo descubras por ti mismo.

Alcé la vista hacia él y me pareció tan tremendamente serio y preocupado que no quise discutir. Me volví hacia el teclado y empecé otra vez: «El enlace matrimonial de...» alcé los ojos hacia los moldes que habían caído, y vi que decían: «El enlace matrimonial de...»

Las linotipias tienen una ventaja que ustedes tal vez ignoren si no son impresores. Siempre se puede hacer una corrección en una línea, en caso de que se haga antes de alzar la palanca que envía la línea de matrices hacia la boca del molde. Sólo hay que pulsar la matriz necesaria para la corrección y colocarla en el lugar debido manualmente.

Así que apreté la tecla que me proporcionaría la matriz de una c para corregir el error de la palabra «enlace»... y no ocurrió nada. La leva de la tecla giraba bien y el chasquido sonó claramente, pero no cayó ninguna c. Me aseguré que no se hubiera detenido el distribuidor, pero no era así.

Me puse en pie.

- El canal de la c está atascado - dije. Al fin de asegurarme antes de repararlo, apreté la tecla de la c y escuché la serie de chasquidos que se produjeron mientras giraba la leva.

Sin embargo, no cayó ninguna c, así que busqué el...

- Déjalo correr, Walter - dijo serenamente George Ronson -. Sigue adelante.

Volví a sentarme y decidí seguirle la corriente. Si lo hacía, probablemente tardaría menos en descubrir lo que quería enseñarme que si empezaba a discutir. Terminé la primera línea y empecé la segunda, llegando a la palabra «Margorie» del borrador. Golpeé la tecla de la M, la a, la r, la j, la o... y se me ocurrió mirar la composición. Las matrices rezaban «Margo...»

Exclamé: «Maldita sea», y volví a apretar la tecla de la j para sustituir la g, pero no ocurrió nada. El canal de la j debía de estar atascado. Apreté unos segundos la tecla de la j y no cayó ninguna matriz. Volví a exclamar «Maldita sea» y me levanté para examinar el mecanismo de escape.

- No te molestes, Walter - dijo George. Había una mezcla de varias cosas raras en su voz; una especie de triunfo sobre mí, supongo; un poco de miedo, una gran sorpresa, y algo de resignación -. ¿No lo ves? ¡Copia fielmente el original!

- ¿Qué dices que hace?

- Por eso quería que lo intentaras, Walter - dijo -; para asegurarme de que era la máquina y no yo. Fíjate, el original dice e-n-l-a-z-e en vez de enlace y M-a-r-g-o-r-i-e en vez de Marjorie... y a pesar de las teclas que tú aprietes, así es como caen los moldes.

Yo repuse:

- Tonterías. Dime, George, ¿has estado bebiendo?

- No me creas - dijo él -. Sigue tratando de escribir correctamente estas líneas. Corrige la cuarta línea; la que incluye la palabra h-o-n-o-s.

Lancé un gruñido y volví a mirar para ver con qué palabra empezaba la cuarta línea, después de lo cual comencé a pulsar teclas. «Las damas de hono...» y me detuve. Lenta y deliberadamente, mirando el teclado mientras lo hacía, puse el índice sobre la tecla de la r y apreté. Oí el chasquido de la matriz a través del escape, alcé la vista, y observé la

caída de la matriz en el componedor. Esta vez estaba seguro de no haber apretado la tecla equivocada. Las matrices rezaban... sí, lo han adivinado: «honos».

Dije:

- No puedo creerlo.

George Ronson me miró con una especie de sonrisa irónica y preocupada. Contestó:

- Yo tampoco podía. Escucha, Walter, me voy a dar un paseo. Estoy volviéndome loco. No me veo capaz de seguir aquí. Tú sigue y convéncete. Tómatelo con calma.

Le contemplé hasta que hubo salido. Después, invadido por una extraña sensación, volví a concentrarme en la linotipia. Pasó mucho rato antes de que pudiera creerlo, pero así fue.

A pesar de las teclas que yo apretaba, la máquina copiaba fielmente el original, con errores y todo.

Decidí no quedarme a medio camino. Empecé otra vez desde el principio, compuse las dos primeras palabras, y después apreté las teclas al azar, tal como hace un operador para completar una línea de encaballado: ETAOIN SHRDLU ETAOIN SHRDLU ETAOIN SHRDLU... y no miré las matrices en el componedor. Cogí la caliente plumada que el expulsor hizo salir del molde y leí: «El enlace matrimonial de H.M. Klafin y...»

Tenía la frente perlada de sudor. Me la enjuagué y después salí en busca de George Ronson. No tuve que buscar mucho, pues lo encontré donde suponía. Yo también pedí una copa.

George había lanzado una ojeada a mi rostro cuando entré en el bar, y supongo que no necesitó preguntarme lo que había sucedido.

Unimos nuestras copas en un silencioso brindis y apuramos el contenido antes de que ninguno de los dos dijera nada. Después, le pregunté:

- ¿Tienes idea de por qué funciona así?

Él asintió.

- No me digas - le supliqué -. Espera a que haya tomado dos copas más y entonces quizá pueda resistirlo. - Alcé la voz y dije -: Oye, Joe; será mejor que dejes la botella en la barra. Nosotros nos encargaremos de ella.

Joe lo hizo así, y yo ingerí otros dos tragos con bastante rapidez. Después cerré los ojos y dije:

- De acuerdo, George ¿por qué?

- ¿Te acuerdas de aquel tipo que se hizo cortar unas matrices especiales y alquiló el uso de mi linotipia para componer algo que era demasiado secreto para que alguien lo leyera? No recuerdo su nombre... ¿cuál era?

Traté de recordarlo, pero no pude. Tomé otra copa y dije:

- Llamémosle EHDG.

George quiso saber por qué y yo se lo expliqué, volvió a llenarse el vaso y declaró:

- He recibido una carta suya.

Yo repuse:

- ¡Qué simpático! - Tomé otro trago y añadí -: ¿Has traído la carta?

- Huh-uh. No la guardé.

- ¡Oh!

Después tomé otro trago y pregunté:

- ¿Recuerdas lo que decía?

- Walter, recuerdo algunos fragmentos. La verdad es que no la leía con de... con demasiada atención. Pensaba que ese tipo estaba como una cabra, ¿sabes? La tiré.

Se interrumpió y tomó otro trago, hasta que finalmente yo me cansé de esperar y le apremié:

- ¿Y bien?

- Y bien, ¿qué?

- La carta. ¿Qué decía la parte que recuerdas?

- ¡Oh, eso! - exclamó George -. Sí. Algo sobre lino linot..., ya sabes a lo que me refiero.

A estas alturas, la botella que había en la barra frente a nosotros no podía ser la misma, porque ésta tenía unos dos tercios de líquido y la otra sólo tenía un tercio. Tomé otro trago.

- ¿Qué decía sobre eso?

- ¿Quién?

- El EH... H... ejem, el tipo que escribió la carta.

- ¿Qué carta? - preguntó George.

Al día siguiente me desperté hacia mediodía, en un estado francamente deplorable. Necesité un par de horas para bañarme, afeitarme y encontrarme lo bastante bien para salir, pero cuando lo hice fue para dirigirme al taller de George.

Estaba trabajando en la prensa, y su aspecto era casi tan malo como el mío. Cogí uno de los periódicos que salieron y lo miré. Constaba de cuatro hojas, y la primera y la cuarta estaban dedicadas a noticias locales.

Leí unos cuantos artículos, incluido uno que empezaba: «El enlace matrimonial de H. M. Klafin y la señorita Margorie...»; lancé una ojeada a la silenciosa linotipia del rincón, miré a George, y volví a desviar los ojos hacia la silenciosa máquina de acero y hierro fundido.

Tuve que hablar a gritos para que George me oyera por encima del ruido de la prensa.

- George, escucha. Acerca de la lino... - Me pareció que no podía gritar algo que sonaba como una tontería, así que busqué una fórmula -. ¿Has conseguido arreglarla? - pregunté.

Él meneó la cabeza y desconectó la prensa.

- Esta es la tirada de hoy - dijo -. Bueno, ahora hay que doblarlos.

- Escucha - dije yo -, al infierno con los periódicos. Lo que quiero saber es cómo has conseguido imprimir algo. Ayer, cuando estuve aquí, no habías hecho ni la mitad y, después de todo lo que bebimos, no sé cómo te las has arreglado.

Él me sonrió ligeramente.

- Es muy sencillo - dijo -. Compruébalo. Lo único que has de hacer, sobrio o borracho, es sentarte frente a la máquina, poner el original en la tablilla, y deslizar los dedos sobre las teclas; ella misma compone las palabras del borrador. Sí, con errores y todo... pero, a partir de ahora, me limitaré a corregir los errores del borrador antes de empezar. Esta vez estaba demasiado bebido, Walter, y no me he visto con ánimos de hacerlo. Walter, esta máquina está empezando a gustarme. Es la primera vez en un año que acabo la tirada a tiempo.

- Sí - dije yo -, pero...

- Pero, ¿qué?

- Pero... - Quería decir que aún me resultaba imposible creerlo, pero no pude. Al fin y al cabo, yo mismo había comprobado el funcionamiento de la máquina el día anterior, cuando aún estaba sobrio.

Me acerqué un poco y volví a contemplarla. Desde donde yo me encontraba, parecía exactamente igual que cualquier otra linotipia de ese modelo. Conocía todas sus levas y todos sus muelles.

- George - dije, con inquietud -, tengo la sensación de que esa maldita máquina me está mirando. ¿Has notado...?

Él asintió. Le volví la espalda y contemple nuevamente la linotipia. Esta vez estaba seguro, cerré los ojos, y la sensación se hizo más intensa. ¿Conocen esa sensación que se tiene de vez en cuando de que te están mirando fijamente? Bueno, la mía era más fuerte. No era una mirada hostil. Yo la calificaría de impersonal. Hizo que me asustara.

- George - dije -, salgamos de aquí.

- ¿Por qué?

- Yo... quiero hablar contigo, George. Y la cuestión es que no quiero que hablemos aquí.

Me miró un instante, y volvió a concentrarse en el montón de periódicos que estaba doblando a mano.

- No tienes por qué asustarte, Walter - dijo tranquilamente -. No te hará nada. Es una amiga.

- Debes estar... - Bueno, empecé a decir «loco», pero si él lo estaba, yo también debía estarlo, así que me interrumpí. Reflexioné un minuto y después añadí -: George, ayer empezaste a decirme lo que recordabas de una carta que el... EHDG te envió. ¿Qué decía?

- ¡Oh, eso! Escucha, Walter, ¿quieres prometerme una cosa? Debes mantener este asunto en el más completo secreto. Quiero decir que no debes contárselo a nadie.

¿Crees que pensaba contárselo a alguien? - inquirí -. ¿Para que me encierren en un manicomio? Desde luego que no. ¿Crees que alguien me creería? ¿Crees que yo mismo lo hubiera creído si no...? Pero ¿qué hay de la carta?

- ¿Lo prometes?

- Naturalmente.

- Bueno - dijo él -, tal como creo haberte dicho, la carta era muy imprecisa, y lo que yo recuerdo de ella aún lo es más. Pero explicaba que había utilizado mi linotipia para componer una... una fórmula metafísica. La necesitaba, escrita en tipos, para llevarla consigo.

- ¿Para llevársela adónde, George?

- ¿Para llevárselo adónde? Decía que a... no decía adónde. A donde se iba y nada más. Pero decía que podía tener cierto efecto sobre la máquina que la había compuesto y que, si era así, lo sentía, pero que él no podía evitarlo. No lo sabía con seguridad, porque el objeto tardaría en funcionar.

- ¿A qué objeto te refieres?

- Bueno - repuso George -, a mí me pareció una sarta de tonterías, música celestial, y todo eso. - Bajó la vista hacia los periódicos que estaba doblando -. La verdad, me pareció tan absurdo que tiré la carta. Pero, pensándolo bien, después de lo que ha sucedido... Bueno, recuerdo que la palabra «pseudovida» aparecía varias veces. Creo que era una fórmula para dar pseudovida a los objetos inanimados. Decía que la utilizaban con sus... sus robots.

- ¿Quiénes? ¿Quiénes la utilizaban?

- La carta no lo decía.

Llené la pipa, y la encendí pensativamente.

- George - dije, al cabo de un rato -, lo mejor es que la destruyas.

Ronson me miró, con ojos desorbitados.

- ¿Destruirla? Walter, a ti te falta un tornillo. ¿Matar a la gallina de los huevos de oro? ¡Caramba, esto me hará ganar una fortuna! ¿Sabes cuánto he tardado en componer esta edición, borracho como estaba? Aproximadamente una hora; por eso he conseguido tenerlos listo a tiempo.

Le miré con incredulidad.

- ¡Puf! - exclamé -. Animada o inanimada, esta linotipia no puede hacer más de seis líneas por minuto. Esto es todo lo que obtendrás de ella, a menos que hagas los ajustes necesarios para que funcione más de prisa. Quizá lograras unas diez líneas por minutos si cambiase...

- Déjate de cambios - replicó George -. ¡Esta máquina funciona a tal velocidad que ni siquiera ves el elevador en las líneas cortas! Y, Walter, da un vistazo al molde de miñona. Está en posición de fundición.

Aunque de mala gana, me acerqué otra vez a la linotipia. El motor zumbaba ligeramente y habría podido jurar que la máquina me estaba mirando. Pero me armé de

valor y examiné los dientes del molde. En seguida vi lo que George había querido decir acerca de la matriz de miñona; tenía un color azul brillante. No me refiero al azul de un cañón de escopeta; me refiero a un azul claro que hasta entonces no había visto en ningún metal. Los otros tres moldes empezaban a adquirir la misma tonalidad.

Cerré el visor y miré a George.

- Yo tampoco me lo explico - dijo -; sólo sé que ha sucedido después de que el molde se sobrecalentara. Creo que es una especie de tratamiento calorífico. Ahora puedo componer más de cien líneas por minuto, y...

- ¡Vaya! - exclamé yo -. Ni siquiera podrás administrarle el metal con la rapidez necesaria para...

El me sonrió con una sonrisa asustada pero triunfal.

- Walter, mira detrás de la máquina. He fabricado un tanque alimentador sobre el crisol. Tuve que hacerlo; al cabo de diez minutos me había quedado sin metal. Sólo hay que meter líneas usadas y metal de repuesto en el tanque alimentador, introducir los cajetines del diablo, y...

Meneé la cabeza.

- Estás loco. No puedes meter tipos sucios y virutas del suelo; tendrás que abrirlo y limpiarlo con más frecuencia que si continuamente tuvieras que añadir metal. Destrozarás el pistón y...

- Walter - me interrumpió serenamente... un poco demasiado serenamente - no se produce ninguna clase de escoria.

Yo me quedé mirándolo inexpresivamente, y él debió de pensar que había hablado más de lo que quería, porque se apresuró a recoger los periódicos que había doblado y se dirigió hacia el despacho, diciendo:

- Hasta luego, Walter. Tengo que llevar todo esto...

El hecho de que mi nuera estuviese a punto de morir de neumonía en una ciudad situada a varios cientos de kilómetros de distancia no tiene nada que ver con el problema de la linotipia de Ronson, a excepción de que me ausenté durante tres semanas. No vi a George durante este espacio de tiempo.

A lo largo de la tercera semana de ausencia me envió dos frenéticos telegramas; no me facilitaba detalles y sólo me rogaba que volviese a toda prisa. En el segundo, terminaba: «APRESÚRATE. NO IMPORTA DINERO. TOMA UN AVIÓN».

Junto con el telegrama, me hizo llegar un giro de cien dólares. Este segundo mensaje me hizo pensar. «No importa dinero» es una frase muy extraña para un editor de un periódico poco importante. Además, nunca había sabido que George hubiese dispuesto alguna vez de cien dólares en efectivo, a pesar de conocerle desde hacía muchos años.

Pero la familia es lo primero, y le telegrafí que regresaría en cuanto Ella estuviese fuera de peligro y ni un minuto antes., y que no cobraría el giro porque un billete de avión sólo costaba diez dólares; y yo no necesitaba dinero.

Al cabo de dos días nada se oponía a mi regreso, así que le telegrafí mi hora de llegada. Fue a buscarme al aeropuerto.

Parecía envejecido y completamente agotado; sus ojos me revelaron que no había dormido en varios días. Sin embargo, llevaba un traje nuevo y tenía un coche nuevo, cuyo silencioso motor proclamaba a gritos el dinero que le habría costado.

- ¡Gracias a Dios que has vuelto, Walter! - me dijo -. Te pagaré lo que quieras si...

- Oye - repuse -, haz el favor de calmarte. Hablas tan de prisa que no entiendo nada. Empieza por el principio y no te precipites. ¿Cuál es el problema?

- No hay ningún problema. Todo es maravilloso, Walter. Sin embargo, tengo tanto trabajo que empiezo a no poder hacerlo yo solo, ¿comprendes? He estado trabajando veinte horas al día, porque gano dinero con tanta rapidez que cada hora de descanso me

cuesta cincuenta dólares, no puedo permitirme el lujo de descansar a razón de cincuenta dólares la hora, Walter, y...

- ¡Vaya! - exclamé -. ¿Por qué no puedes permitirte el lujo de descansar? Si ganas unos cincuenta por hora, ¿por qué no trabajas diez horas al día y...? ¡Por todos los santos, quinientos dólares al día! ¿Qué más quieres?

- ¿Eh? ¿Y perder los otros setecientos al día? Dios mío, Walter, esto es demasiado bueno para durar. ¿Es que no lo ves? ¡Va a ocurrir alguna cosa y por primera vez en mi vida tengo la oportunidad de hacerme rico, y tú tienes que ayudarme, y puedes hacerte rico también. Mira, cada uno de los dos podemos trabajar en un turno de doce horas con Etaoin, y...

- ¿Con quién?

- Con Etaoin Shrdlu. La he bautizado, Walter. He dejado el trabajo tipográfico a fin de dedicar todo mi tiempo a la composición de tipos. Y, escucha, podemos trabajar en un turno de doce horas cada uno, ¿sabes? Solo un tiempo, Walter, hasta que seamos ricos. Te contrato por un cuarto de los beneficios, a pesar de que sea mi linotipia y mi taller. Eso serán unos trescientos dólares al día; ¡dos mil cien dólares en una semana de siete días de trabajo! a la velocidad de composición que he estado trabajando, podemos conseguir todos los encargos que...

- Más despacio, más despacio - dije yo -. ¿Para quién has trabajado? En Centerville no se imprime ni una décima parte de todo eso.

- No se trata de Centerville, Walter, sino de Nueva York, He recibido varios encargos de los grandes editores de libros. Bergstrom, por ejemplo; Hayes & Hayes me ha confiado todas sus reimpresiones; también he trabajado para Wheeler House, y Willet & Clark. Verás, firmo un contrato para hacerlo todo, después pago a alguien para que imprima y encuaderne los libros, y yo sólo me encargo de la tipografía. E insisto en que me den un original perfecto, cuidadosamente leído. Si hay algunas correcciones que hacer, se las encargo a otro tipógrafo. Así es como he conseguido vencer a Etaoin Shrdlu, Walter. Bueno, ¿querrás ayudarme?

- No - le dije.

Mientras hablábamos casi habíamos llegado a la ciudad, y George estuvo a punto de perder el control del volante cuando rechazé su proposición. Después salió de la carretera y aparcó, volviéndose para mirarme con incredulidad.

- ¿Por qué no, Walter? ¿Es que más de dos mil dólares a la semana no te parecen suficientes? ¿Qué otra cosa...?

- George - le dije -, tengo muchas razones para rehusar, pero la principal es que no quiero hacerlo. Me he retirado. Tengo dinero suficiente para vivir. Es posible que mis ingresos estén más cerca de los tres dólares al día que de los trescientos, pero ¿qué haría yo con trescientos? Por otra parte, me destrozaría la salud, como tú te la estás destrozando, trabajando doce horas al día, y... Bueno, nada mas. Estoy satisfecho con lo que tengo.

- Debes de estar bromeando Walter. Todo el mundo quiere ser rico. Piensa en lo que un par de miles de dólares a la semana te reportaría al cabo de un par de años. ¡Más de medio millón de dólares! Tienes dos hijos mayores que podrían beneficiarse de...

- Los dos se las arreglan muy bien, gracias. Tienen un buen empleo y no tardarán en ascender. Si les dejara una gran fortuna, les haría más mal que bien. Además, ¿por qué tengo que ser yo? ¡Cualquiera puede componer tipos en una linotipia que establece su propia velocidad, copia el original, y no se equivoca nunca! Encontrarás a cientos de personas que estarán encantados de trabajar por menos de trescientos dólares al día; mucho menos. Si insistes en sacar el máximo provecho de la situación contrata a tres linotipistas para que hagan tres turnos de ocho horas y no te ocupes de nada más que de lograr los contratos. De lo contrario, te matarás de tanto trabajar.

El hizo un gesto de impotencia.

- No puedo, Walter. No puedo contratar a nadie. ¿No comprendes que todo esto ha de mantenerse en secreto? Los sindicatos se me echarían encima en cuanto supieran que... Sólo puedo confiar en ti, Walter, porque tú...

- ¿Porque yo ya lo sé? - Le sonreí -. Así que de todos modos, tienes que confiar en mí, te guste o no. Pero la respuesta sigue siendo la misma. Me he retirado y no lograrás tentarme. Te aconsejo que cojas un buen martillo y destroces esa... esa cosa.

- Dios mío, ¿por qué?

- Maldita sea, no sé por qué. Sólo sé que yo lo haría. En primer lugar, si no consigues dominar tu avaricia y trabajar las horas normales, acabarás en el cementerio, Y, en segundo lugar, es posible que esta fórmula no haya hecho más que empezar a funcionar. ¿Cómo sabes hasta dónde llegará?

El suspiró, y me di cuenta de que no había escuchado ni una sola palabra.

- Walter - rogó -, te daré quinientos al día.

Yo meneé firmemente la cabeza.

- Ni quinientos, ni quinientos mil.

Debió comprender que hablaba en serio, porque volvió a poner el coche en marcha.

Dijo:

- Bueno, supongo que si el dinero no significa absolutamente nada para ti...

- Te aseguro que no - le confirmé -. Me importaría si no tuviera ni un céntimo, pero dispongo de unos ingresos regulares y soy tan feliz como si se tratara de una cantidad diez veces mayor. Especialmente si tuviera que trabajar con... con...

- ¿Con Etaoin Shrdlu? Es posible que llegara a gustarte, Walter, juraría que esa máquina está desarrollando una personalidad propia. ¿Quieres pasar un momento por el taller?

- Por ahora no - repuse -, necesito un baño y dormir un poco. Ya iré un momento mañana. Escucha, la última vez que nos vimos no tuve oportunidad de preguntarte lo que querías decir al hablar de la escoria. ¿Qué quiere decir eso de que no se produce nada de escoria?

El no apartó los ojos de la carretera.

- ¿Acaso dije tal cosa? No lo recuerdo...

- Escúchame bien, George, no trates de negar una cosa así. Sabes perfectamente que lo dijiste, y que ahora estás disimulando. ¿Quieres explicármelo? ¡Vamos!

- Bueno... - Condujo un par de minutos en silencio, y después -: Oh, está bien. Te lo diré. No he comprado más metal tipográfico desde... desde que ocurrió. Por si esto fuera poco, hay unas cuantas toneladas más de las que había entonces, aparte del metal que envíe al impresor. ¿Lo entiendes?

- No. A no ser que te refieras a que...

El asintió.

- Transmuta, Walter. El segundo día, cuando iba tan de prisa que no pude mantenerme a su nivel con el metal bruto lo descubrí. Instalé un alimentador encima del crisol, y empecé a buscar metal con tal desesperación que introduje líneas usadas sin lavar y me propuse aprovechar toda la escoria que pudiera..., pero no hubo escoria. La superficie del metal fundido era tan lisa y brillante como... como tu coronilla, Walter.

- Pero... - objeté yo -. ¿Cómo...?

- No lo sé, Walter. Es algo químico. Una especie de sustancia líquida de color gris. Estaba en el fondo del crisol. Yo lo vi. Un día que se quedó casi vacío. Es algo que funciona como un jugo gástrico y digiere todo lo que yo meta en el alimentador hasta convertirlo en metal tipográfico puro.

Me pasé la mano por la frente y la noté mojada. Repuse débilmente:

- Todo lo que metes en...

- Sí, absolutamente todo. Cuando se me acabaron las barreduras, las cenizas, y los papeles, utilicé... bueno, sólo tienes que echar una ojeada al tamaño del agujero que hay en el jardín.

Ninguno de los dos hablamos durante los próximos minutos, hasta que el coche se detuvo frente a mi hotel. Entonces le dije:

- George, si en algo estimas mis consejos, destruye esa máquina, ahora que todavía puedes. Si es que todavía puedes. Es peligrosa. Podría...

- Podría ¿qué?

- No lo sé. Eso es lo malo.

Dio gas al motor y después lo dejó reposar nuevamente. Me miró con expresión pensativa.

- Yo... Quizá estés en lo cierto, Walter. Pero estoy ganando tanto dinero que... ese nuevo metal hace que aún sea más de lo que te he dicho, y puedo decidirme a renunciar a ello. Sin embargo, cada día es más lista... Yo... ¿Te he dicho, Walter, que ahora también limpia los espaciadores? Segrega grafito.

- ¡Dios mío! - exclamé, y permanecí en la acera hasta que le perdí de vista.

No me vi con ánimos de ir al taller de Ronson hasta última hora de la tarde siguiente. Y cuando llegué, tuve el presentimiento de que había sucedido algo malo, incluso antes de abrir la puerta.

George estaba sentado frente a su mesa de despacho, con la cara sepultada entre los brazos. Alzó la vista al oírme entrar y vi que tenía los ojos enrojecidos.

- ¿Y bien? - pregunté.

- Lo he intentado.

- ¿Quieres decir que... has intentado destruirla?

El asintió.

- Tenías razón, Walter. He tardado demasiado en darme cuenta. Ahora ya es demasiado lista para nosotros. Mira. - Levantó la mano izquierda y vi que estaba vendada -. Me ha arrojado un chorro de metal.

Yo lancé un silbido.

- Escucha, George, ¿y si desenchufáramos el...?

- Ya lo he hecho - repuso -. Además, para asegurarme del todo, incluso he desconectado toda la instalación del edificio. No ha servido de nada, ha empezado a generar su propia corriente.

Di unos pasos en dirección a la puerta del taller. Me estremecí de pies a cabeza al pensar que debía entrar allí. Tras una ligera vacilación, pregunté:

- ¿Crees que es seguro...?

El asintió.

- Sí, mientras no hagas ningún movimiento en falso, Walter. No trates de coger el martillo ni nada por el estilo, ¿eh?

No creí necesario responderle. Habría sido como atacar a una cobra con un palillo. El solo hecho de trasponer aquella puerta para dar un vistazo me costó un esfuerzo casi sobrehumano.

Y lo que vi me hizo retroceder de nuevo hasta el despacho. Con una voz que pareció extraña a mis propios oídos, pregunté:

- George ¿has movido esa máquina? Está casi un metro y medio más cerca de...

- No - contestó -. No la he movido. Vámonos a tomar una copa, Walter.

Suspiré profundamente.

- De acuerdo - accedí -, pero antes dime cuál es la situación actual. ¿Cómo es que no estás...?

- Hoy es sábado - me dijo -, y sólo quiere trabajar cinco días, y cuarenta horas por semana. Ayer quise empezar a componer un libro sobre el socialismo y las relaciones laborales, y... bueno, al parecer... verás...

Abrió el primer cajón de la mesa.

- Aquí tengo una galerada del manifiesto que he hecho esta mañana, reclamando sus derechos. Quizá tenga razón; sea como fuere, resuelve mi problema acerca de agotarme para tratar de ponerme a su nivel ¿comprendes? Una semana de cuarenta horas significa que no podré aceptar tantos encargos, pero aun cuento con cincuenta dólares por hora a razón de cuarenta horas, aparte del beneficio que supone convertir tierra en metal tipográfico, lo cual no es de despreciar; pero...

Le arrebaté la galerada de las manos y la acerqué a la luz. Empezaba así: «YO, ETAOIN SHRDLU...»

- ¿Acaso lo ha compuesto ella misma? - pregunté.

El asintió.

- George - dije -, ¿no querías ir a tomar una copa...?

Es posible que el alcohol nos aclarase las ideas porque, después de la quinta copa, todo fue muy sencillo. Tan sencillo que George no entendía por qué no se le había ocurrido antes. Al fin admitió que ya estaba harto, más que harto. No sé si el manifiesto había conseguido frenar su avaricia, o si todo se debía a que la máquina se hubiera movido, o a otra cosa; pero estaba dispuesto a terminar con el problema.

Le dije que lo único que debía hacer era mantenerse alejado de la máquina. Podíamos suspender la publicación del periódico y devolver los encargos que había contratado. Quizá tuviera que pagar una indemnización a alguna de las editoriales, pero tenía mucho dinero en el Banco, tras su inesperada prosperidad, y le quedarían unos veinte mil dólares limpios. Era más que suficiente para empezar un nuevo periódico o publicar el mismo en otra dirección... aunque sin dejar de pagar el alquiler del antiguo local, donde Etaoin Shrdlu se cubriría de telarañas.

Claro que fue sencillo. No se nos ocurrió pensar que a Etaoin quizá no le gustara la idea, o que fuese capaz de hacer algo para impedirlo. Sí, nos pareció sencillo y concluyente. Brindamos por ello.

Brindamos varias veces, y el lunes por la noche yo seguía en el hospital. Sin embargo, ya me encontraba lo bastante bien como para telefonar, y traté de ponerme en comunicación con George. No estaba. Después llegó el martes.

El miércoles por la tarde el médico me dio una conferencia sobre la cantidad de alcohol que se podía tomar a mi edad, y me dijo que ya podía irme pero que si lo repetía...

Fui a casa de George. Un hombre extremadamente delgado y de rostro macilento me abrió la puerta. Entonces habló y vi que era George Ronson. Todo lo que dijo fue:

- Hola, Walter; entra. - Su voz no reflejaba ni esperanza ni felicidad. Tenía el aspecto de un zombi.

Le seguí al interior, y dije:

- George, ánimo. No puede ser tan malo. Explícamelo todo.

- Es inútil, Walter - repuso -. Estoy derrotado. Ella... vino y me obligó. Tengo que usarla esas cuarenta horas semanales, tanto si quiero como sin no. Me... me trata como a un criado, Walter.

Le obligué a sentarse y a hablar con calma, y me lo explicó. El lunes por la mañana había ido al despacho, como siempre, para solucionar algunos asuntos financieros, pero sin intención de entrar en el taller. Sin embargo, a las ocho, oyó que algo se movía en el cuarto trasero.

Súbitamente atemorizado, fue hasta la puerta para mirar lo que ocurría. La linotipia - George tenía los ojos desmesuradamente abiertos mientras me lo decía - se estaba moviendo, avanzaba hacia la puerta del despacho.

No se mostró demasiado explícito respecto a su método de locomoción - más tarde descubrimos unas ruedecillas -, pero me aseguró que avanzaba lentamente al principio, con más rapidez y confianza a cada centímetro.

De alguna manera, George comprendió inmediatamente lo que quería. Y, al mismo tiempo, comprendió que estaba perdido. La máquina, en cuanto él se presentó ante ella, dejó de moverse, empezó a crujir, y varios tipos cayeron sobre el componedor. Como un hombre que camina hacia la guillotina, George se acercó y leyó estas líneas: «YO, ETAOIN SHRDLU, exijo...»

En aquel momento pensó huir. Pero la idea de ser perseguido a lo largo de la calle mayor de la ciudad por... No, era impensable. Y si huía - como era probable a menos que la máquina desplegara nuevas habilidades, cosa que también parecía probable -, ¿no escogería a alguna otra víctima? Quizá hiciese algo peor.

Armándose de resignación, le indicó por señas que aceptaba. Acercó la silla a la linotipia y colocó un borrador en la tablilla. Puso más metal, y otras cosas, en el tanque alimentador. Ya no tuvo que tocar el teclado.

Y mientras cumplía esos deberes mecánicos, me dijo George, se dio cuenta de que ya no era la linotipia la que trabajaba para él, sino que él trabajaba para la linotipia. Ignoraba por qué quería componer tipos y tampoco le importaba. Al fin y al cabo, ésta era su misión, y probablemente era instintivo.

O bien, tal como sugerí, y él aceptó como posible, estaba interesada en aprender. Leía y asimilaba por medio del proceso de composición. Véase: el efecto en términos de acción directa de que leyera libros socialistas.

Hablamos hasta medianoche, y no llegamos a ninguna parte. Sí, volvería al despacho a la mañana siguiente y pasaría otras ocho horas componiendo o ayudando a que la linotipia lo hiciese. Tenía miedo de lo que podía ocurrir si no lo hacía. Y yo comprendía y compartía ese miedo, por la sencilla razón de que no sabíamos lo que podía ocurrir. El rostro del peligro brilla más cuando se vuelve para ocultar sus facciones.

- Pero, George - protesté -, tiene que haber alguna solución. Me siento parcialmente responsable. Si no te hubiese enviado al hombrecillo que te alquiló...

Me puso una mano en el hombro.

- No, Walter. La culpa fue totalmente mía porque yo fui un avaricioso. Si hace dos semanas hubiera seguido tu consejo, podría haberla destruido. ¡Dios mío, cuánto me gustaría estar sin un céntimo si así pudiera...!

- George - repetí -, tiene que haber alguna solución. Debemos encontrarla...

- ¿Qué solución?

Suspiré.

- No... no lo sé. Lo pensaré.

El dijo:

- De acuerdo, Walter. Haré todo lo que me sugieras, lo que sea. Tengo miedo, un miedo horrible, de pensar en la razón por la que tengo miedo...

De regreso en mi habitación, no pude dormir. No lo logré hasta el amanecer, y entonces caí en un sueño inquieto que duró hasta las once. Me vestí y bajé a la ciudad para encontrarme: «YO, ETAOIN SHRDLU...» con George a la hora de comer.

- ¿Se te ha ocurrido alguna cosa, Walter? - me preguntó en cuanto me vio. Su voz no revelaba grandes esperanzas.

Yo meneé la cabeza.

- Entonces - dijo, con una voz firme en apariencia pero temblorosa en el fondo -, esta tarde presenciaremos el final. Ha ocurrido algo.

- ¿Qué?

- Cuando vuelva - dijo -. Llevaré un martillo dentro de la camisa. Creo que hay una posibilidad de alcanzarla antes de que ella me alcance. Si no... bueno, lo habré intentado.

Mire a mi alrededor. Nos encontrábamos sentados en un reservado de la cafetería de Shorty y Shorty se acercaba en aquel momento para preguntar qué queríamos. Parecía un mundo equilibrado y tranquilo.

Esperé hasta que Shorty se hubo ido a freír nuestras hamburguesas, y entonces pregunté serenamente:

- ¿Qué ha ocurrido?

- Otro manifiesto, Walter, exige que instale otra linotipia. - Me miró fijamente, y un escalofrío me recorrió la espina dorsal.

- Otra... George, ¿qué clase de borrador has compuesto esta mañana?

Pero, naturalmente, yo ya lo había adivinado.

Reinó un largo silencio después de que me lo dijera; no hice ningún comentario hasta el momento de irnos. Entonces:

- George, ¿había algún límite de tiempo en esa solicitud?

El asintió.

- Veinticuatro horas. De todos modos, ya puedes suponer que me resulta imposible conseguir otra máquina en ese espacio de tiempo, a menos que encuentre alguna en la región, pero... Bueno, no he discutido el límite de tiempo porque... Bueno, ya te he dicho lo que voy a hacer.

- ¡Es un suicidio!

- Probablemente. Sin embargo...

Lo agarré por un brazo.

- George - dije -, debe haber algo que podamos hacer. Algo. Espera hasta mañana por la mañana. Nos veremos a las ocho; y si no se me ha ocurrido nada que valga la pena intentar, bueno... te ayudaré a tratar de destruirla. Quizá uno de los dos pueda alcanzar una parte vital o...

- No, no debes arriesgar tu vida, Walter. Ha sido culpa mía...

- Dejándote matar no conseguirás resolver el problema - observé -. ¿De acuerdo? Espera hasta mañana por la mañana.

El accedió y no volvimos a hablar del tema.

Llegó el día siguiente. Llegó justo después de medianoche, continuó, y aún seguía allí a las siete cuarenta y cinco, cuando dejé mi habitación y me dirigí al encuentro de George, para confesarle que no se me había ocurrido nada.

Aún no se me había ocurrido nada cuando abrí la puerta de la imprenta y vi a George. El me miró y yo meneé la cabeza.

El asintió tranquilamente, como si ya los esperase, y habló en voz muy baja, casi en susurros, supongo que para que la máquina no nos oyera.

- Escucha, Walter - dije -, no quiero que te mezcles en esto. Es mi propio funeral. Sólo yo he tenido la culpa, yo y el hombrecillo de los granos, así que...

- ¡George! - exclamé -. ¡Creo que ya lo tengo! ¡Eso... eso de los granos me ha dado una idea! El... Sí, escucha: no hagas nada hasta dentro de una hora, ¿quieres George? Volveré. ¡Es cosa hecha!

Yo no estaba seguro de que fuese cosa hecha, pero la idea parecía digna de probarse, a pesar de que constituyese una posibilidad remota. Y tenía que presentarla ante George como algo seguro o, de lo contrario, habría llevado a cabo su plan ahora que ya estaba decidido.

- Pero dime... - empezó.

Señalé el reloj.

- Son las ocho y un minuto y no puedo perder el tiempo en explicaciones. Confía en mí durante una hora ¿de acuerdo?

El asintió y se dirigió hacia el taller mientras ya salía. Fui a la biblioteca y a la librería local, y al cabo de media hora me encontraba de regreso. Entré en el taller con seis enormes libros debajo de cada brazo y grité:

- ¡Hola George! Un trabajo urgente. Yo mismo lo compondré.

En aquel momento estaba sentado frente a la máquina, trabajando. Lo aparté de allí y me instalé delante de la linotipia. El dijo frenéticamente:

- Oye, sal de... - y me asió por un hombro.

Yo me libré de su mano.

- Me ofreciste un empleo, ¿verdad? Bueno, lo acepto. Escucha, George, vete a casa y duerme un poco. O, si lo prefieres, espera en el despacho. Te llamaré cuando haya terminado.

Etaoin Shrdlu parecía hacer ruidos de impaciencia, y yo guiñé un ojo a George - a espaldas de la máquina -, haciéndole señas para que se fuera. El permaneció unos minutos donde estaba, mirándome irresolutamente, y al fin dijo:

- Confío en que sepas lo que haces, Walter.

Eso mismo esperaba yo. Le oí entrar en el despacho y sentarse frente a la mesa para esperar.

Mientras tanto, yo había abierto uno de los libros que acababa de comparar, arranqué la primera página y la coloqué sobre la tablilla de la maquina. Con una precipitación que me sobresaltó, las matrices empezaron a caer, el elevador subió y Etaoin Shrdlu escupió una línea en el componedor. Y otra. Y muchas más.

Yo permanecí donde estaba, sudando.

Al cabo de un minuto, volví la página; arranqué otra y la apoyé en la tablilla. Rellené el componedor y luego lo vacíe. Y así sucesivamente.

Terminamos el primer libro antes de las diez y media.

Cuando el reloj dio las doce, George abrió la puerta y se quedó en el umbral, esperando que yo me levantara y fuera a comer con él. Pero Etaoin seguía componiendo, así que hice un signo negativo en dirección a George y seguí con nuevo original. Si la máquina estaba tan interesada por lo que componía como para haber olvidado su propio manifiesto acerca del horario, y no se detenía a la hora de comer, no sería yo quién la interrumpiera. Aquello significaba que quizá mi idea tuviese éxito.

La una y seguimos adelante. Empezamos el cuarto de mis doce libros.

A las cinco ya habíamos acabado el sexto y estábamos a mitad del séptimo. En el estante ya no cabían más líneas, así que empecé a colocarlas en el suelo o a meterlas en el tanque alimentador para dejar sitio a las demás.

Las cinco y media, y no nos detuvimos.

George volvió a asomar la cabeza por la puerta con una expresión esperanzada pero sorprendida, y le volví a hacerle señas de que se marchara.

Me dolían los dedos tras arrancar tantas hojas del libro, me dolían los brazos tras acarrear tanto metal, me dolían las piernas tras numerosos caminos del banco a la máquina y de la máquina al banco, y me dolían otras partes tras tantas horas de permanecer sentado.

Las ocho. Las nueve. Diez volúmenes terminados y sólo otros dos por hacer. Pero tenía que... estaba dando resultado. Etaoin Shrdlu empezaba a trabajar más despacio.

Daba la impresión de componer los tipos más reflexivamente, más pausadamente. En varias ocasiones se detuvo unos segundos al final de una frase o un párrafo.

Cada vez más despacio.

Y a las diez se detuvo completamente y permaneció inmóvil, mientras un debilísimo zumbido se escapaba del motor, zumbido que fu disminuyendo de intensidad hasta hacerse casi inaudible.

Me pues en pie, sin apenas atreverme a respirar, hasta haberme asegurado. Las piernas me temblaban mientras iba hacia la mesa de herramientas y cogía un destornillador. Retrocedí hasta llegar nuevamente junto a Etaoin Shrdlu y, lentamente - con los músculos tensos para saltar hacia atrás si ocurría algo -, metí la mano en la máquina y saqué un tornillo del segundo elevador.

No ocurrió nada, así que lancé un profundo suspiro y desmonté la prensa de tornillo.

Entonces, con una nota de triunfo en la voz, llamé: «¡George!» y mi amigo acudió corriendo.

- Coge un destornillador y una llave inglesa - le dije -. Vamos a desmontarla y... bueno, tienes un agujero enorme en el jardín. La meteremos allí y rellenaremos el agujero. Mañana tendrás que procurarte otra linotipia, pero me imagino que puedes permitirte ese lujo.

Miró el par de piezas que yo había desmontado y que reposaban en el suelo, y dijo: «Gracias a Dios», después de lo cual se fue a buscar las herramientas requeridas.

Yo también me acerqué a la mesa de herramientas, y de pronto comprendí que estaba tan agotado que tendría que descansar un poco, así que me dejé caer en una silla. George se aproximó y se quedó a mi lado. Dijo:

- Y ahora, Walter, ¿querrás explicarme cómo lo has hecho? - Había admiración y respeto en su voz.

Le sonreí.

- Lo que dijiste sobre el grano me dio la idea, George. El grano de Buda. Esto y el hecho de que la linotipia reaccionara de ese modo frente a lo que aprendía. ¿Lo ves, George? Era una mente virgen, a excepción de lo que nosotros le proporcionábamos. Compone libros sobre las relaciones laborales e inicia una huelga. Compone novelitas románticas, y solicita una linotipia para que...

»Así que le he proporcionado budismo, George. He traído todos los malditos libros sobre budismo que he podido encontrar en la biblioteca y la librería.

- ¿Budismo? Walter, ¿qué demonios tiene que ver...?

Me levanté y señalé a Etaoin Shrdlu.

- ¿Lo ves, George? Cree lo que compone. De modo que le he proporcionado una religión que la convenciera de la absoluta inutilidad de todo esfuerzo y acción, así como de lo deseable que puede resultar la inexistencia. Om Mani padme hum, George.

»Mira... no le importa lo que pueda sucederle y ni siquiera sabe que estamos aquí. ¡Ha alcanzado el nirvana, y se dedica a la contemplación del tornillo de la leva!

## ARMAGEDON

Tuvo lugar, entre todos los lugares del mundo, en Cincinnati. No es que tenga nada en contra de Cincinnati, pero no es precisamente el centro del universo, ni siquiera del estado de Ohio. Es una bonita y antigua ciudad y, a su manera, no tiene par. Pero incluso su cámara de comercio admitiría que carece de significación cósmica. Debió de ser una simple coincidencia que Gerber el Grande - ¡vaya nombre! - se encontrara entonces en Cincinnati.

Naturalmente, si el episodio hubiera llegado a conocerse, Cincinnati se habría convertido en la ciudad más famosa del mundo, y el pequeño Herbie sería aclamado como un moderno san Jorge y más celebrado que un niño bromista. Pero ni uno solo de los espectadores que llenaban el teatro Bijou recuerda nada acerca de lo ocurrido. Ni siquiera el pequeño Herbie Westerman, a pesar de tener la pistola de agua que tan importante papel jugó en el suceso.

No pensaba en la pistola de agua que tenía en un bolsillo mientras contemplaba al prestidigitador que ejecutaba su número en el escenario. Era una pistola de agua nueva, comprada en el camino hacia el teatro cuando engatusó a sus padres para que entraran en la juguetería de la calle Vine; pero, en aquel momento, Herbie estaba mucho más interesado por lo que ocurría en el escenario.

Su expresión revelaba la más completa aprobación. Los juegos de manos a base de cartas no suponían ningún misterio para Herbie. El mismo sabía hacerlos. Eso sí, debía utilizar una baraja pequeña que iba en la caja de magia y era del tamaño adecuado para sus nueve años de edad. Y la verdad es que cualquiera que le observase podía ver el paso de la carta de un lado a otro de la mano. Pero eso no era más que un detalle.

Sin embargo, sabía que pasar siete cartas a la vez requería una gran fuerza digital así como una habilidad sin límites, y eso era lo que Gerber el Grande estaba haciendo. Durante el cambio no se oía ningún chasquido revelador, y Herbie hizo un gesto de aprobación. Entonces recordó el siguiente número.

Dio un codazo a su madre y le dijo:

- Mamá, pregunta a papá si tiene un pañuelo para dejarme.

Por el rabllo del ojo, Herbie vio que su madre volvía la cabeza y en menos tiempo del necesario para decir «Presto», Herbie había abandonado su asiento y corría por el pasillo. Se sentía satisfecho de su hábil maniobra de despiste y su rapidez de reflejos.

En aquel preciso momento de la actuación - que Herbie ya había visto en otras ocasiones, solo - era cuando Gerber el Grande pedía que algún niño subiera al escenario. Lo estaba haciendo en aquel preciso instante.

Herbie Westerman se le adelantó. Se puso en movimiento mucho antes de que el mago formulara la solicitud. En la actuación precedente, fue el décimo en llegar a las escaleras que unían el pasillo y el escenario. Esta vez había estado preparado, y poco se había arriesgado a que sus padres se lo prohibieran. Quizá su madre le hubiera dejado y quizá no; le pareció mejor esperar a que mirase hacia otro lado. No se podía confiar en los padres en cosas como ésa. A veces, tenían ideas muy raras.

«...tan amable de subir al escenario?» Los pies de Herbie se posaron en el primer escalón antes de que el mago terminara la frase. Oyó un decepcionado arrastrar de pies a su espaldas, y sonrió vanidosamente mientras atravesaba el escenario.

Herbie sabía, por anteriores representaciones, que el truco de las tres palomas era el que necesitaba un ayudante escogido entre el público. Era el único truco que no conseguía descubrir. Sabía que en aquella caja tenía que haber un compartimiento oculto, pero ni siquiera podía imaginarse dónde. Sin embargo, esta vez sería él quien aguantara la caja. Si a esa distancia no era capaz de descubrir el truco, lo mejor que podía hacer era dedicarse a coleccionar sellos.

Sonrió abiertamente al mago. No es que él, Herbie, pensara delatarle. El también era mago; por eso comprendía qué entre todos los magos debía existir un gran compañerismo y que uno jamás debía revelar los trucos de otro.

No obstante, se estremeció y la sonrisa se borró de su cara en cuanto observó los ojos del mago. Gerber el Grande, desde tan cerca, parecía mucho más viejo que desde el otro lado del escenario. Y además, distinto. Mucho más alto, por ejemplo.

Sea como fuere, aquí llegaba la caja para el truco de las palomas. El ayudante habitual de Gerber la traía en una bandeja. Herbie desvió la mirada de los ojos del mago y se sintió mejor. Incluso recordó la razón por la que se encontraba en el escenario. El criado cojeaba. Herbie agachó la cabeza para ver la parte inferior de la bandeja por si acaso. No vio nada.

Gerber cogió la caja. El criado se alejó cojeando y Herbie lo siguió con la mirada. ¿Era realmente cojo o se trataba únicamente de un truco más?

La caja se dobló hasta quedar totalmente plana. Los cuatro lados reposaron sobre el fondo, la superficie reposó sobre uno de los lados. Había pequeñas bisagras de latón.

Herbie dio rápidamente un paso atrás para ver la zona posterior mientras la anterior era mostrada a los espectadores. Sí, entonces lo vio. Un compartimiento triangular adosado a un lado de la tapa, cubierta por un espejo, y unos ángulos destinados a lograr su invisibilidad. Un truco muy gastado. Herbie se sintió un poco decepcionado.

El prestidigitador dobló la caja y el compartimiento oculto por el espejo quedó en su interior. Se volvió ligeramente.

- Y ahora, jovencito...

Lo que ocurrió en el Tibet no fue el único factor; fue el último eslabón de una cadena.

El clima tibetano había sido insólito durante esa semana, realmente insólito. Hizo un relativo calor. La nieve sucumbió a las elevadas temperaturas en cantidad superior a la que se había fundido a lo largo de los últimos años. Los riachuelos crecieron, y todos los ríos aumentaron de caudal.

A lo largo de los ríos, los molinillos de oraciones giraban a más velocidad de la que habían alcanzado jamás. Otros, sumergidos, se detuvieron. Los sacerdotes, con el agua hasta las rodillas, trabajaban frenéticamente, acercando los molinillos a la ribera, donde el veloz torrente no tardaría en volver a cubrirlos.

Había un pequeño molinillo, uno muy antiguo que había girado sin cesar durante más tiempo del que ningún hombre podía recordar. Hacía tanto tiempo que se encontraba allí que ningún lama recordaba la inscripción que ostentaba, ni cuál era el propósito de aquella oración.

Las turbulentas aguas rozaban su eje cuando el lama Klarath se acercó para trasladarlo a un lugar más seguro. Demasiado tarde. Sus pies resbalaron sobre el barro y la palma de su mano tocó el molinillo mientras caía. Liberado de sus amarras, se alejó con la corriente, rodando por el fondo del río, hacia aguas cada vez más profundas.

Mientras rodó, todo fue bien.

El lama se levantó, tiritando a causa de la momentánea inmersión, y se dirigió hacia otro de los molinillos. ¿Qué importancia podía tener un pequeño molinillo?, pensó. No sabía que - ahora que otros eslabones se habían roto - sólo aquel diminuto objeto se interponía entre la Tierra y Armagedón.

El molinillo de Wangur Ul siguió rodando y rodando hasta que, a dos kilómetros río abajo, chocó con un saliente y se detuvo. Ese fue el momento.

«Y ahora, jovencito...»

Estamos nuevamente en Cincinnati, Herbie Westerman levantó la vista, preguntándose por qué se habría interrumpido el prestidigitador a mitad de la frase. Vio que el rostro de Gerber el Grande estaba contorsionado por una gran impresión. Sin moverse, sin cambiar, su rostro empezó a cambiar. Sin transformarse, se transformó.

Después, lentamente, el mago se echó a reír. En aquellas suaves carcajadas se reflejaba todo el mal del mundo. Ninguno de los que las oyeron pudieron dudar de su personalidad. Ninguno dudó. Los espectadores, todos y cada uno de ellos, supieron en aquel horrible momento quién se encontraba ante ellos, lo supieron - incluso los más escépticos - sin ninguna sombra de duda.

Nadie se movió, nadie habló, nadie contuvo el aliento. Hay otras cosas aparte del miedo. Sólo la incertidumbre causa miedo y, en aquel momento, el teatro Bijou estaba lleno de una espantosa certidumbre.

La risa se hizo más fuerte. Alcanzó un crescendo, resonó en los rincones más polvorientos de la galería. Nada - ni una mosca del techo - se movió.

Satanás habló.

- Agradezco la atención que han prestado a un pobre mago. - Hizo una exagerada reverencia -. La representación ha concluido.

Sonrió.

- Todas las representaciones han concluido.

El teatro pareció oscurecerse, a pesar de que las luces siguieran encendidas. En medio de un silencio mortal, pareció oírse el ruido de unas alas, unas alas correosas, como si invisibles criaturas se estuvieran reuniendo.

En el escenario reinaba un mortecino resplandor rojo. De la cabeza y cada uno de los hombros de la alta figura del mago surgió una minúscula llama.

Aparecieron otras llamas. Surgieron a lo largo del proscenio, a lo largo del escenario. Una de ellas surgió de la tapa de la caja doblada que el pequeño Herbie Westerman seguía teniendo en las manos.

Herbie dejó caer la caja.

¿He mencionado que Herbie era cadete de salvamento? Fue una acción puramente refleja. Un niño de nueve años no sabe gran cosa acerca de temas como Armagedón, pero Herbie Westerman debería haber sabido que el agua jamás habría podido apagar aquel fuego.

Pero, como ya he dicho, fue una acción puramente refleja. Sacó su nueva pistola de agua y lanzó un chorro de líquido sobre la caja destinada a ejecutar el truco de las palomas. Y el fuego se apagó, mientras gotas del chorro de agua mojaban la pernera unas de los pantalones de Gerber el Grande, que se encontraba de espaldas a él.

Se produjo un ruido sibilante, repentino. Las luces brillaron nuevamente con toda su fuerza, y todas las demás llamas se apagaron, el ruido de alas se desvaneció, ahogado por otro ruido, el murmullo de los espectadores

El prestidigitador tenía los ojos cerrados. Su voz sonó extrañamente forzada cuando dijo:

- Conservo todo mi poder; ninguno de ustedes recordará lo sucedido.

Después, muy lentamente, se volvió y recogió la caja del suelo. Se la dio a Herbie Westerman.

- Debes tener más cuidado, niño - dijo - sujétala así.

Dio un ligero golpecito en la tapa con su varita mágica. La puerta se abrió. Tres palomas blancas se escaparon de la caja. El susurro de sus alas no era correoso.

El padre de Herbie Westerman bajó las escaleras con semblante pensativo, descolgó el suavizador de la navaja de afeitar de un clavo de la pared de la cocina.

La señora Westerman levantó la mirada y dejó de remover la sopa que estaba haciendo.

- Pero, Henry - dijo -, no irás a castigarle por lanzar un poco de agua por la ventanilla del coche mientras volvíamos a casa, ¿verdad?

Su marido meneó la cabeza.

- Claro que no, Marge. Pero ¿no recuerdas que compramos esa pistola de camino al teatro, y que no nos acercamos para nada a un grifo? ¿Dónde crees que la llenó?

No aguardó la respuesta.

- Cuando nos detuvimos en la catedral para hablar con el padre Ryan acerca de su confirmación, ¡entonces fue cuando la llenó! ¡En la pila bautismal! ¡Poner agua bendita en la pistola de agua!

Subió pesadamente las escaleras, con el suavizador en la mano.

Rítmicos golpes y gemidos de dolor se escaparon hacia el piso inferior. Herbie, que había salvado al mundo estaba recibiendo su recompensa.

## EXPERIMENTO

- La primera máquina del tiempo, caballeros - Informó orgullosamente el profesor Johnson a sus dos colegas -. Es cierto que sólo se trata de un modelo experimental a escala reducida. Únicamente funcionará con objetos que pesen menos de un kilo y medio y en distancia hacia el pasado o el futuro de veinte minutos o menos. Pero funciona.

El modelo a escala reducida parecía una pequeña maqueta, a excepción de dos esferas visibles debajo de la plataforma.

El profesor Johnson exhibió un pequeño cubo metálico.

- Nuestro objeto experimental - dijo - es un cubo de latón que pesa quinientos cuarenta y siete gramos. Primero, lo enviaré cinco minutos hacia el futuro.

Se inclinó hacia delante y movió una de las esferas de la máquina del tiempo.

- Consulten su reloj - advirtió.

Todos consultaron su reloj. El profesor Johnson colocó suavemente el cubo en la plataforma de la máquina. Se desvaneció.

Al cabo de cinco minutos justos, ni un segundo más ni un segundo menos, reapareció.

El profesor Johnson lo cogió.

- Ahora, cinco minutos hacia el pasado. - Movi6 otra esfera. Mientras aguantaba el cubo en una mano, consult6 su reloj -. Faltan seis minutos para las tres. Ahora activaré el mecanismo - poniendo el cubo sobre la plataforma - a las tres en punto. Por lo tanto, a las tres menos cinco, el cubo debería desvanecerse de mi mano y aparecer en la plataforma, cinco minutos antes de que yo lo coloque sobre ella.

- En este caso, ¿cómo puede colocarlo? - preguntó uno de sus colegas.

- Cuando yo aproxime la mano, se desvanecerá de la plataforma y aparecerá en mi mano para que yo lo coloque sobre ella. Las tres. Presten atención, por favor.

El cubo desapareció de su mano.

Apareció en la plataforma de la máquina de tiempo.

- ¿Lo ven? ¡Está allí, cinco minutos antes de que yo lo coloque!

Su otro colega miró el cubo con el ceño fruncido.

- Pero - dijo - ¿y si ahora que ya ha sucedido cinco minutos antes de colocarlo ahí, usted cambiara de idea y no lo colocase en ese lugar? ¿No implicaría eso una paradoja de alguna clase?

- Una idea interesante - repuso el profesor Johnson -. No se me había ocurrido, y resultará interesante comprobarlo. Muy bien, no pondré...

No hubo ninguna paradoja. El cubo permaneció allí.

Pero el resto del universo, profesores y todo, se desvaneció.

## **LAS CORTAS Y FELICES VIDAS DE EUSTACE WEAVER**

I

Cuando Eustace Weaver inventó su máquina del tiempo, fue muy feliz. Sabría que tendría al mundo en un puño si conservaba el secreto de su invención. Podría convertirse en el hombre más rico de la tierra, un potentado más allá de los sueños de la avaricia. Todo lo que tenía que hacer era emprender breves viajes al futuro para saber qué acciones subirían en el mercado y que caballos ganarían, para después regresar al presente y comprar esas acciones o apostar a tales caballos.

Primero comenzaría con las carreras, desde luego, ya que necesitaría mucho capital para jugar en el mercado de valores, mientras que en las pistas podría empezar con una apuesta de un par de dólares y rápidamente multiplicarla hasta lograr miles. Pero habría que apostar en las propias taquillas del hipódromo; pues, jugando así, quebraría con demasiada rapidez a cualquier corredor de apuestas y, además, no conocía a ninguno. Por desgracia, los únicos hipódromos en actividad en ese momento eran los del sur de California y Florida, ambos más o menos equidistantes: a unos cien dólares en pasajes de avión. No tenía para empezar, y le llevaría semanas ahorrar tal cantidad a partir de su

salario de empleado de supermercado. Sería horrible tener que esperar tanto tiempo, sobre todo para empezar a ser rico.

Repentinamente recordó la caja de caudales del supermercado donde trabajaba en el turno de tarde, desde la una a las nueve, que era la hora del cierre. Habría por lo menos mil dólares en la caja, y la cerradura era de tiempo. ¿Qué mejor que una máquina del tiempo para atacar una cerradura de tiempo?

Cuando fue a trabajar aquel día se llevó su máquina; era bastante compacta y la diseñó de modo que cupiera dentro del estuche de una cámara fotográfica, de modo que pudo introducirla en la tienda con facilidad. Cuando puso en el casillero su sombrero y abrigo, también dejó la máquina del tiempo.

Trabajó como de costumbre, hasta unos minutos antes de la hora del cierre. Entonces se ocultó en la bodega tras una pila de cajas de cartón. Tenía la seguridad de que nadie lo echaría de menos durante la salida de los empleados, y así fue. Para mayor seguridad esperó casi una hora más, asegurándose de que todos se habían marchado. Entonces salió de su escondite, sacó la máquina del casillero y fue hacia la caja. Esta tenía un mecanismo fijo, para abrirse automáticamente once horas más tarde; Eustace ajustó su máquina del tiempo exactamente a ese periodo.

Se aferró bien a la palanca de la caja. Uno o dos experimentos anteriores le enseñaron que todo lo que usara, llevara o cogiera, viajaría con él a través del tiempo. Entonces apretó el obturador de la máquina.

No sintió nada, pero escuchó el mecanismo de la caja al abrirse y, al mismo momento, exclamaciones y voces excitadas a su espalda. Se volvió, comprendiendo de inmediato el error cometido: eran las nueve de la mañana del día siguiente y los empleados de la tienda, los del turno de mañana, ya se encontraban allí, notando la falta de la caja y formando un cerrado semicírculo alrededor del hueco que quedaba en su lugar cuando la caja y Eustace aparecieron de súbito.

Por fortuna, aún tenía la máquina en la mano. Rápidamente giró el indicador a cero, y oprimió el botón.

Y, por supuesto, volvió nuevamente al punto de partida y...

## II

Cuando Eustace Weaver inventó su máquina del tiempo sabía que tendría el mundo en un puño, mientras mantuviera el secreto. Todo lo que tenía que hacer para hacerse rico era llevar a cabo breves viajes al futuro, para ver que caballo ganaría en las carreras y que acciones subirían y después regresar y apostar a esos caballos o comprar esas acciones.

Los caballos serían los primeros, pues requerían menos capital aunque el no tenía ni siquiera dos dólares que apostar por no mencionar el coste de los pasajes de avión hacia el hipódromo más cercano.

Pensó en la caja fuerte del supermercado donde trabajaba como empleado en el almacén. En la caja habría por lo menos diez dólares y tenía una cerradura de tiempo. Una cerradura de tiempo sería un juego de niños para una máquina de tiempo.

Así que cuando fue a trabajar aquel día se llevó la máquina del tiempo oculta en un estuche de cámara fotográfica y la dejó en su casillero. Cuando a las nueve cerraron la tienda se escondió en el almacén y esperó una hora hasta estar seguro de que todos se habían marchado. Entonces sacó la máquina y se dirigió a la caja.

Fijó la máquina para un lapso de once horas más tarde, pero entonces pensó en otra posibilidad. Dicho ajuste lo trasladaría a las nueve de la mañana del siguiente día. La caja se abriría entonces, pero también estaría abriéndose la tienda y tendría gente a su alrededor así que, en vez de lo anterior, fijó la máquina para un plazo de veinticuatro horas, asió la palanca de la caja y oprimió el botón de la máquina del tiempo.

Al principio pensó que nada ocurría. Entonces se percató de que la manivela de la caja se movía cuando le dio vuelta y que, por lo tanto, el salto a la noche del siguiente día era un hecho. Y, por supuesto, el mecanismo de tiempo de la caja se abrió en ese transcurso. Abrió la caja y cogió todo el dinero que encontró, guardándolo en todos sus bolsillos.

Antes de salir por la puerta lateral, buscó el pasador que mantenía la caja cerrada por el interior, pero entonces le asaltó un pensamiento brillante. En vez de salir por una puerta hizo uso de la máquina del tiempo, aumentando el misterio al dejar las puertas perfectamente cerradas y regresando al punto donde había ultimado su idea, día y medio antes del robo.

Así, para cuando tuviera lugar el robo, él podía tener una coartada perfecta; estaría en un hotel de la Florida o California, a más de mil kilómetros de la escena del crimen. No pensó antes en la máquina del tiempo como una generadora de coartadas, pero ahora se daba cuenta de que cumplía dicho propósito a la perfección.

Marcó el cero en la máquina y oprimió el botón.

### III

Cuando Eustace Weaver inventó su máquina del tiempo, sabía que tendría al mundo en un puño, mientras mantuviera la invención en secreto, porque jugando a las carreras y a la bolsa se haría fabulosamente rico en muy poco tiempo. El único problema era que estaba totalmente arruinado.

De pronto recordó la tienda en la que trabajaba y la caja de caudales que operaba con una cerradura de tiempo. Pero una cerradura de tiempo no sería problema para quien tuviera una máquina del tiempo.

Se sentó, a pensar, en el borde de la cama. Metió la mano en el bolsillo para sacar un cigarrillo y, al hacerlo, sacó también un puñado de billetes, ¡billetes de diez dólares! Buscó en los demás bolsillos y encontró dinero en todos. Lo reunió en la cama, lo contó y resultó que tenía, aproximadamente, mil cuatrocientos dólares.

De pronto se dio cuenta de lo ocurrido y ríe alegremente... Había ido hacia adelante en el tiempo y había vaciado la caja de caudales del supermercado, empleando la máquina para retornar al punto en que planeaba el robo. Y dado que el atraco aún no había ocurrido en el tiempo normal, todo lo que tenía que hacer era largarse del pueblo y estar a mil millas de distancia de la escena del robo, cuando este ocurriera.

Dos horas más tarde estaba en un avión con destino a Los Angeles, hacia el hipódromo de Santa Anita, sumido en sus pensamientos. Algo sobre lo que no había pensado antes era el hecho aparente de que, cuando diera un salto al futuro y regresara no recordaría nada de lo que todavía no había sucedido en realidad.

Pero el dinero regresó con él. Por tanto, también sucedería lo mismo con notas y apuntes o publicaciones sobre carreras de caballos o las páginas de finanzas de los diarios. No tendría problemas.

En Los Angeles tomó un taxi y se hospedó en un buen hotel. Ya era bastante tarde y decidió aguardar hasta el día siguiente para dar un salto al futuro, así que, por el momento, se metió en la cama y durmió hasta casi el mediodía.

El taxi se detuvo en un embotellamiento en la autopista y no llegó al hipódromo de Santa Anita hasta que la primera carrera no hubo terminado, pero alcanzó a ver el número del ganador en el tablero y lo anotó en su programa. Vio cinco carreras más sin apostar, anotando los ganadores cuidadosamente, y no se molestó con la última carrera. Abandonó la tribuna y se deslizó bajo ella, buscando un sitio aislado donde nadie pudiera verlo. Colocó el dial de la máquina dos horas antes y oprimió el botón.

Nada ocurrió. Probó nuevamente, con el mismo resultado, y entonces una voz a su espalda le dijo:

- No funciona. Hay un campo que lo desactiva.

Se volvió y junto a él se encontraban dos jóvenes altos y esbeltos: uno era moreno y el otro rubio y ambos tenían una mano en el bolsillo, en actitud de empuñar un arma.

- Somos de la Policía del Tiempo - informó el rubio - del siglo XXV. Venimos a sancionarle por uso ilegal de una máquina del tiempo.

- P-p-pero - tartamudeo Weaver - c-cómo puede saber que la carrera estaba... -. Su voz se hizo más firme -: Además, no he hecho todavía ninguna apuesta.

- Es verdad - asintió el rubio -. En cualquier caso, cuando encontramos un inventor de una máquina del tiempo usándola para ganar cualquier clase de juego, le advertimos la primera vez. Pero hemos investigado y averiguado que el primer uso que hizo usted de ella fue para robar dinero de una tienda. Y eso es un crimen en cualquier siglo -. Sacó de su bolsillo algo que se parecía vagamente a una pistola.

- No intentarán... - protestó Eustace, retrocediendo.

- Por supuesto que si - aseguró el joven rubio, y accionó el gatillo. Fue el fin de Eustace Weaver.

## RECONCILIACIÓN

Fuera, la noche era silenciosa y estrellada. En el salón de la casa se respiraba un ambiente tenso. El hombre y la mujer que allí estaban se contemplaban con odio, a unos pocos metros el uno del otro.

El hombre tenía los puños cerrados como si debiera utilizarlos, y los dedos de la mujer estaban separados y curvados como garras, pero ambos mantenían los brazos rígidamente estirados a lo largo de su cuerpo. Eran seres civilizados.

Ella habló en voz baja:

- Te odio - dijo -. He llegado a odiar todo lo que te concierne.

- No me extraña - replicó él -. Ya me has arrancado hasta el último céntimo con tus extravagancias, y ahora que ya no puedo compartirte todas las tonterías que tu egoísta corazoncito...

- No es eso. Ya sabes que no es eso. Si aún me trataras igual que antes, sabes que el dinero no importaría. Es esa... esa mujer.

El suspiró como aquel que suspira al oír una cosa por diezmilésima vez.

- Sabes muy bien - dijo - que ella no significaba nada para mí, absolutamente nada. Tú me empujaste a hacer... lo que hice. Y, a pesar de que no significara nada para mí, no lo lamento. Volvería a hacerlo.

- Volverás a hacerlo, en cuanto se te presente la oportunidad. Pero yo no estaré aquí para que me humilles. Me has humillado ante mis amigas...

- ¡Amigas! Esas arpías cuya asquerosa opinión te importa más que...

Un destello cegador y un calor sofocante. Ambos comprendieron, y cada uno de ellos dio un paso hacia el otro con los brazos extendidos; se abrazaron desesperadamente durante el segundo que les quedaba, el segundo final, que era todo lo que entonces importaba.

- Oh, amor mío, te quiero...

- John, John, cariño...

La onda de choque les alcanzó.

Fuera, en lo que había sido una noche silenciosa, una flor roja aumentaba de tamaño y se alzaba hacia el cielo destruido.

## NADA SIRIO

Felizmente extraje las últimas monedas de nuestras máquinas y las conté, mientras Ma anotaba las cifras en el librito rojo a medida que yo se las cantaba. Eran unas bonitas cifras.

Sí, habíamos conseguido una buena recaudación en los dos planetas de Sirio, Thor y Freda. Especialmente en Freda. Esas pequeñas y aisladas colonias de la Tierra darían lo que fuera por cualquier clase de entretenimiento, y el dinero no significaba nada para ellos. Hicieron largas colas para entrar en nuestra tienda y meter sus monedas en nuestras máquinas, y así compensaron los elevados gastos del viaje que habíamos hecho por nuestra cuenta y riesgo.

Sí, esas cifras que Ma estaba anotando eran muy consoladoras. Naturalmente, las había sumado mal, pero Ellen se encargaría de subsanar el error en cuanto Ma se diese por vencida. Ellen está dotada para los números. Y para muchas otras cosas, si es que un padre puede decir eso de su única hija. De todos modos es mérito de Ma, no mío. Yo soy una persona del montón.

Guardé la caja de monedas de la Carrera Espacial y alcé la vista.

- Ma... - empecé a decir. Entonces la puerta que daba al compartimiento del piloto se abrió y John Lane apareció en el umbral. Ellen, sentada enfrente de Ma, dejó el libro y también alzó la vista. Era toda ojos y éstos brillaban.

Johnny saludó militarmente, con el saludo reglamentario que todo piloto de una nave particular debe hacer al propietario y capitán de la nave. Este saludo tenía la virtud de exasperarme, pero no podía decirle que prescindiera de él porque las reglas así lo establecían.

Dijo:

- Un objeto a proa, capitán Wherry.

- ¿Un objeto? - inquirí -. ¿Qué clase de objeto?

Verán, por la voz de Johnny y por el rostro de Johnny, era imposible adivinar si se trataba de algo importante o no. La Escuela Politécnica de Ciudad de Marte les enseña a ser estrictamente inexpresivos, y Johnny se había graduado magna cum laude. Es un buen muchacho, pero anunciaría el fin del mundo con la misma voz que emplearía para anunciar la cena, si fuese labor del piloto anunciar la cena.

- Parece un planeta, señor - fue todo lo que dijo.

Necesité unos minutos para asimilar sus palabras.

- ¿Un planeta? - pregunté, sin demasiada brillantez. Lo miré fijamente, confiando en que hubiese bebido o algo por el estilo. No porque tuviese nada que objetar al hecho de que viera un planeta estando sobrio, sino porque si Johnny descendía alguna vez al nivel de tomar unas copas, era probable que el alcohol disolviera en parte la rigidez de su espalda. Entonces yo tendría alguien con quien intercambiar historias. Viajar por el espacio con sólo dos mujeres y un graduado de la Politécnica que obedece todas las reglas puede resultar muy aburrido.

- Un planeta, señor. Un objeto de dimensiones planetarias, diría yo. Diámetro de unos cuatro mil quinientos kilómetros, distancia de unos tres millones, curso aparente de una órbita alrededor de la estrella Sirio A.

- Johnny - dije -, nos encontramos dentro de la órbita de Thor, que es Sirio I, lo cual significa que es el primer planeta de Sirio, de modo que, ¿cómo puede haber un planeta dentro de esa órbita? No me estarás tomando el pelo, ¿verdad?

- Puede usted examinar la visiplaca, señor, y comprobar mis cálculos - replicó estiradamente.

Me levanté y entré en la cabina del piloto. Era cierto, en el centro de la visiplaca delantera había un disco. Comprobar sus cálculos era algo impensable. Mis matemáticas

terminaban en el punto donde terminaba la suma de las monedas de las máquinas. Me mostré dispuesto a aceptar su palabra respecto a los cálculos.

- Johnny - exclamé, casi gritando -, ¡hemos descubierto un nuevo planeta! ¿No es extraordinario?

- Sí, señor - comentó él, con su desapasionada voz habitual.

Era algo extraordinario, pero no tanto. Quiero decir que el sistema de Sirio ha sido colonizado hace poco tiempo y que no era demasiado sorprendente encontrar un pequeño planeta de cuatro mil quinientos kilómetros sin descubrir aún. Especialmente (aunque esto no se sabía) si su órbita es muy excéntrica.

La cabina del piloto era demasiado pequeña para albergar también a Ma y Ellen, por lo que se quedaron junto a la puerta, y yo me aparté un poco para que vieran el disco en la visiplaca.

- ¿Cuánto tardaremos en llegar allí, Johnny? - quiso saber Ma.

- Nuestro punto de máxima aproximación en este rumbo se producirá dentro de dos horas, señora Wherry - repuso -. Pasaremos a un millón de kilómetros de él.

- Oh, ¿de verdad? - quise saber yo.

- A menos, señor, que crea aconsejable modificar la ruta y pasar a mayor distancia.

Me aclaré la garganta, miré a Ma y Ellen, y vi que a ellas les parecía bien.

- Johnny - dije -, pasaremos a una distancia menor. Siempre he deseado ver un nuevo planeta no contaminado por manos humanas. Aterrizaremos allí aunque no podamos abandonar la nave sin máscaras de oxígeno.

El repuso: «Sí, señor», y saludó, pero me pareció observar una lucecita de desaprobación en sus ojos. Oh, en caso de que así fuera, le sobraba razón. Nunca se sabe lo que se puede encontrar en un territorio virgen del espacio. Un cargamento de lonas y máquinas tragaperras no es el equipo idóneo para explorarlo, ¿verdad?

Pero el Piloto Perfecto nunca se opone a una orden del propietario, ¡maldita sea! Johnny tomó asiento y empezó a pulsar teclas de la calculadora así que nosotros salimos para dejarle trabajar.

- Ma - dije -, soy un maldito tonto.

- Lo serías si no lo fueras - replicó ella. Yo sonreí cuando hube logrado descifrarlo, y miré a Ellen.

Pero ella no me miraba. Volvía a tener aquella expresión soñadora en los ojos. Me hizo desear entrar en la cabina del piloto y dar un puñetazo a Johnny para ver si eso lo espabilaba.

- Escucha, cariño - dije -, ese Johnny...

Pero noté que algo me quemaba en la mejilla y comprendí que Ma me estaba mirando, así que me callé. Saqué una baraja de cartas e hice un solitario hasta que aterrizamos.

Johnny salió de la cabina y saludó.

- Hemos aterrizado, señor - dijo -. Atmósfera de uno dieciséis en el marcador.

- Y - preguntó Ellen - ¿qué significa eso en cristiano?

- Es respirable, señorita Wherry. Un poco alto en nitrógeno y bajo en oxígeno si lo comparamos con el aire de la Tierra, pero de todos modos decididamente respirable.

Ese muchacho era una verdadera joya cuando se trataba de mostrarse preciso.

- Así pues, ¿a qué esperamos? - quise saber.

- Sus órdenes, señor.

- Dejémonos de órdenes, Johnny. Abre la puerta y salgamos.

Una vez la puerta estuvo abierta, Johnny salió el primero, armado con dos pistolas lanzarrayos. Nosotros le seguimos.

Fuera hacía fresco, pero no frío. El paisaje era muy semejante al de Thor, con desnudas colinas de tierra verdosa. Había vida vegetal, consistente en una planta marronosa y tupida que parecía una especie de rodadora.

Eche una ojeada para calcular la hora y vi que Sirio se encontraba casi en el cenit, lo cual significaba que Johnny había aterrizado en medio del lado diurno.

- Johnny - pregunté -, ¿tienes idea de cuál es el período de rotación?

- Sólo he tenido tiempo para hacer un cálculo aproximado, señor. El resultado fue de veintiuna horas y diecisiete minutos.

Había dicho que era un cálculo aproximado.

Ma comentó:

- No necesitamos un cálculo más exacto. Disponemos de toda la tarde para dar un paseo; ¿qué esperamos?

- La ceremonia, Ma - le dije -. Tenemos que bautizar este sitio, ¿no? ¿Dónde pusiste aquella botella de champaña que guardábamos para mi cumpleaños? Me parece que ésta es una ocasión más importante.

Me dijo dónde, y yo entré para buscar la botella y unos vasos.

- ¿Se te ocurre algún nombre, Johnny? Tú has sido el primero en verlo.

- No, señor.

- Lo malo es que ahora Thor y Freda tengan el nombre equivocado. Quiero decir que Thor es Sirio I y Freda es Sirio II, y como esta órbita está dentro de la suya, tendrían que ser II y III respectivamente. O bien este planeta debería ser Sirio 0, lo cual significa que es Nada Sirio. (En inglés «cero» se expresa a menudo como «nada» - nothing -, y Sirius - Sirio - suena exactamente igual que serious - serio -; de ahí el juego de palabras: Sirius 0 se convierte en Nothing Sirius, nada serio)

Ellen sonrió, y creo que Johnny la habría imitado si no lo hubiese considerado indecoroso.

Pero Ma frunció el ceño.

- William... - dijo, y habría puesto alguna objeción si en aquel momento no hubiese ocurrido nada.

Una figura apareció en la cima de la colina más próxima. Ma era la única que se encontraba de cara a ella y dejó escapar un grito, al mismo tiempo que me asía por un brazo. Entonces todos nos volvimos y miramos.

Era la cabeza de algo que parecía un avestruz, sólo que debía de ser más grande que un elefante. Llevaba un cuello blanco y una pajarita de lunares azules, así como un sombrero. El sombrero era de color amarillo y tenía una larga pluma morada. La criatura nos observó un minuto, guiñó burlonamente un ojo, y escondió la cabeza.

Ninguno de nosotros dijo nada durante unos instantes y después yo suspiré profundamente.

- Eso - dije - ha acabado de decidirme. Planeta, yo te bautizo con el nombre de Sirio Cero.

Me agaché y golpeé el cuello de la botella de champaña sobre la tierra, pero lo único que conseguí fue agrietar la tierra. Miré a mi alrededor en busca de una piedra. No vi ninguna.

Extraje el sacacorchos que llevaba en el bolsillo y abrí la botella. Todos bebimos excepto Johnny, que sólo tomó un sorbo simbólico porque no bebe ni fuma. Yo, por mi parte, tomé un buen trago. Después tiré unas gotas al suelo y volví a tapar la botella; tenía el presentimiento de que yo lo necesitaría más que el planeta. En la nave teníamos mucho whisky y algo de cerveza marciana, pero ninguna otra botella de champaña. Dije:

- Bueno, ¡en marcha!

Sorprendí la mirada de Johnny y le oí decir:

- ¿Lo considera oportuno sabiendo que hay - uh - habitantes?

- ¿Habitantes? - repuse -. Johnny, sea lo que sea esa criatura que ha asomado la cabeza por la colina, no era un habitante. Y si vuelve a asomarla, le daré un buen golpe con esta botella.

Pero de todos modos, antes de ponernos en camino, entré en la Chitterling y cogí un par de pistolas lanzarrayos más. Me metí una en el cinturón y di la otra a Ellen; ella tiene mejor puntería que yo. Ma no sería capaz de dar en la fachada de un edificio de la administración, así que no le di ninguna.

Nos pusimos en marcha y, por una especie de acuerdo tácito, avanzamos en dirección opuesta al lugar por donde había aparecido la extraña criatura. Todas las colinas parecían iguales, y en cuanto hubimos dejado atrás la primera de ellas, perdimos la Chitterling de vista. Pero vi que Johnny miraba continuamente una brújula de pulsera, y comprendí que sabría regresar.

Coronamos la cima de tres colinas sin que sucediera nada, y entonces Ma dijo: «Mirad», y todos miramos.

A unos veinte metros a nuestra izquierda se veía un arbusto de color púrpura. Una especie de zumbido llegó a nuestros oídos. Nos acercamos un poco y vimos que el zumbido procedía de una nube de criaturas que volaban alrededor del arbusto. Parecían pájaros hasta que las mirabas por segunda vez y veías que sus alas estaban inmóviles. Pero, sin embargo, volaban en círculos a su alrededor. Traté de distinguir su cabeza, pero en el lugar de la cabeza sólo había una mancha. Una mancha circular.

- Tienen hélices - observó Ma -; como los aviones antiguos.

Yo también me había fijado.

Miré a Johnny, Johnny me miró, y los dos miramos hacia el matorral. Pero los pájaros, o lo que fueran, se alejaron rápidamente en cuanto clavamos la vista en ellos. Volaban a ras de tierra y habían desaparecido al cabo de un minuto.

Reanudamos nuestra caminata, sin que ninguno dijera nada, y Ellen me alcanzó y siguió andando a mi lado. Los demás no podían oírnos, así que me dijo:

- Papá...

No continuó, de modo que le contesté:

- ¿Qué hay, hija?

- Nada - contestó, arrepentida -. No tiene importancia.

Enseguida comprendí lo que había querido decirme, pero no se me ocurrió nada que responder excepto maldecir la Politécnica de Marte, y eso no habría servido de nada. La Politécnica de Marte es demasiado perfecta, igual que su disciplina y sus graduados. Sin embargo, a los diez o doce años de haber salido, algunos consiguen desentumecerse y humanizarse.

Pero Johnny no hacía tanto tiempo que había salido, sólo un año o dos. La oportunidad de pilotar el Chitterling fue una verdadera suerte para él, tratándose de su primer empleo. Tras unos cuantos años con nosotros, podría aspirar a convertirse en capitán de una nave mayor. Ascendería mucha más de prisa que si hubiera tenido que empezar como oficial en una nave mayor.

El único problema consistía en que era demasiado guapo, y él no lo sabía. No sabía nada que no le hubieran enseñado en la Politécnica, y todo lo que le enseñaron fue matemáticas, navegación espacial, y como saludar correctamente; pero no le habían enseñado a no hacerlo.

- Ellen - empecé a decir -, no...

- ¿Sí, papá?

- Uh... nada. No tiene importancia. - Mi intención fue decir algo muy distinto, pero de repente ella me sonrió, yo le sonreí, y fue como si hubiéramos hablado de todo. Es cierto que no llegamos a ninguna parte, pero tampoco habríamos llegado a ninguna parte si hubiéramos hablado, aunque no sé si comprenderán lo que quiero decir.

En aquel momento llegamos a la cima de una pequeña elevación de terreno, y nos detuvimos en seco porque, justo enfrente, se hallaba el final de una calle asfaltada.

Una calle plástiasfaltada como las que hay en cualquier lugar de la Tierra, con bordillos, aceras, alcantarillas y la línea de tráfico pintada en el centro. La diferencia residía en que

no llevaba a ninguna parte, es decir, al lugar donde nosotros nos encontrábamos, y desde allí hasta la cima de la próxima colina, pero no se divisaba ni una casa, ni un vehículo, ni una criatura.

Miré a Ellen y ella me miró a mí, y después ambos miramos a Ma y Johnny Lane, que acababan de darnos alcance.

- ¿Qué es esto Johnny? - pregunté.

- Parece una calle, señor.

Vio la mirada que le dirigí y se sonrojó ligeramente. Se agachó y examinó el asfaltado con más detenimiento, pero cuando se levantó parecía más sorprendido que antes.

- Bueno, ¿qué es? ¿Azúcar quemado? - inquirí.

- Es Permaplast, señor. Al parecer, no somos los descubridores de este planeta, porque este producto sólo se fabrica en la Tierra.

- Hum - murmuré -. ¿No crees que los nativos podrían haber descubierto el mismo proceso? Es posible que tengan los mismos ingredientes.

- Sí, señor. Pero, si mira detenidamente los adoquines, verá que llevan la marca registrada.

- ¿No crees que los nativos podrían...? - Me callé, porque me di cuenta de que iba a decir una tontería. Pero es muy duro pensar que has descubierto un nuevo planeta y ver adoquines con la marca registrada de la Tierra en la primera calle que encuentras -. Pero, ¿qué hace una calle en este lugar? - quise saber.

- Sólo hay una forma de averiguarlo - respondió Ma con sensatez -. Debemos seguirla. ¿Qué esperamos?

Así que seguimos adelante, con un piso mucho mejor, y al llegar a la siguiente colina vimos un restaurante. Un edificio de ladrillo rojo y dos pisos con un letrero que rezaba «Restaurante Bon-Ton», escrito en inglés antiguo.

Dije: «Que me ahorquen si...», pero Ma me tapó la boca con una de sus manos antes de que pudiera terminar, lo cual posiblemente fuera una suerte, pues me disponía a decir algo muy poco conveniente. El edificio estaba a unos cien metros de distancia, junto a una curva de la calle.

Eché a andar más de prisa y fui el primero en llegar. Abrí la puerta e hice ademán de entrar. Sin embargo, me quedé clavado en el umbral, dejando la puerta abierta. Era una fachada falsa, como un decorado cinematográfico, y lo único que se veía a través de la puerta eran más colinas verdosas.

Retrocedí unos pasos y observé el letrero del «Restaurante Bon-Ton», mientras los demás me alcanzaban y miraban a través de la puerta. Permanecimos allí hasta que Ma se impacientó y dijo:

- Bueno, ¿qué piensas hacer?

- ¿Qué quieres que haga? - repliqué -. ¿Entrar y pedir una langosta para cenar? ¿Con champaña...? Vaya, lo había olvidado.

Aún llevaba la botella de champaña en el bolsillo de la chaqueta; la saqué y se la di primero a Ma y después a Ellen, terminándome casi todo lo que quedó; debí de beber demasiado aprisa porque las burbujas me hicieron cosquillas en la nariz y tuve que estornudar.

Sin embargo, me sentí dispuesto a afrontar lo que fuese, y me acerqué nuevamente al umbral del edificio que no existía. Pensé que quizá viera una indicación de la fecha en que fue levantado, o algo por el estilo. No vi ninguna indicación. El interior o, mejor dicho, la parte posterior de la fachada, era liso y suave como una superficie de cristal. Parecía sintética.

Inspeccioné la fachada posterior, pero lo único que vi fue una serie de agujeros que parecían hechos por insectos. Y eso es lo que debían ser, porque había una gran cucaracha negra sentada (o quizá de pie: ¿cómo vas a saber si una cucaracha está

sentada o de pie?) junto a uno de ellos. Me acerqué un poco más y el bicho se introdujo de un salto en el agujero.

Cuando volví a reunirme con los demás, me sentía un poco mejor. Dije:

- Ma, he visto una cucaracha. Y ¿sabes lo que más me ha llamado la atención de ella?

- ¿Qué? - preguntó.

- Nada - le dije -. Eso es lo raro, que no tenía nada raro. Aquí, los avestruces llevan sombrero, los pájaros tienen hélices, las calles no conducen a ningún sitio, y las casas sólo tienen fachada; pero esa cucaracha ni siquiera tenía plumas.

- ¿Estás seguro? - dijo Ellen.

- Claro que estoy seguro. Subamos a la próxima colina y veamos lo que hay al otro lado.

Subimos, y vimos. Entre esa colina y la siguiente, el camino describía otra curva, y ante nosotros se hallaba la fachada de una tienda con un letrero que decía «Penny Arcade».

Esta vez ni siquiera aflojé el paso. Dije:

- Han copiado ese letrero de Sam Heideman. ¿Recuerdas a Sam y los viejos tiempos, Ma?

- ¡Ese borracho inútil! - repuso Ma.

- Pero, Ma, a ti también te gustaba.

- Sí, y tú también, pero eso no significa que tu o él no seáis...

- ¡Que cosas tienes, Ma! - la interrumpí. Ya habíamos llegado frente a la tienda. Parecía realmente de lona, pues se balanceaba suavemente. Dije -: Yo no tengo ánimos. ¿Quién quiere meter la cabeza primero?

Pero Ma ya lo había hecho. La oí decir:

- ¡Vaya, hola, Sam, viejo borracho!

- Ma, no bromees porque... - empecé a decir.

Pero entonces ya había entrado en la tienda, porque era una tienda, bastante grande por cierto. A mi alrededor se alineaban las conocidas máquinas tragaperras. Y allí, contando monedas en la grita del cambio, estaba Sam Heideman en persona, mirándome con una expresión tan asombrada como la mía.

- ¡El viejo Wherry! - exclamó -. ¡Vaya con la sorpresa! - Lo malo es que no dijo «vaya»... pero no se molestó en disculparse ante Ma y Ellen hasta que él y yo nos hubimos golpeado enérgicamente la espalda, y le hube presentado a Johnny Lane.

Era igual que en los viejos tiempos, cuando estábamos en las ferias de Marte y Venus. Empezó a contar a Ellen lo alta que ella era la última vez que la vio y a preguntarle si realmente se acordaba de él.

En aquel momento Ma sorbió.

Cuando Ma sorbe de este modo, significa que algo le ha llamado la atención, así que aparté los ojos del viejo Sam, miré a Ma, y después al lugar hacia donde Ma estaba mirando. No sorbí, pero me quedé boquiabierto.

Una mujer venía hacia nosotros desde el fondo de la tienda, y digo que era una mujer porque no se me ocurre la palabra apropiada para describirla, si es que hay alguna. Era santa Cecilia, Ginebra y una favorita en una sola persona. Era como una puesta de sol en Nuevo México y las frías lunas plateadas de Marte vistas desde los Jardines Ecuatoriales. Era como un valle de Venus en primavera, y como Dorzalski tocando el violín. Era algo extraordinario.

Oí una exclamación junto a mí, que me resultó desconocida. Tardé un segundo en comprender por qué; era la primera vez que a Johnny Lane se le escapaba una exclamación en mi presencia. Tuve que hacer un esfuerzo pero desvié la vista para mirar su rostro. Y pensé: «Oh..., oh. ¡Pobre Ellen!» Porque el pobre muchacho estaba embelesado, eso era indudable.

Y, justo a tiempo - es posible que al ver a Johnny me ayudara -, conseguí recordar que ya he pasado de los cincuenta y que soy feliz en mi matrimonio. Me agarré al brazo de Ma y resolví no soltarlo.

- Sam - dije -, ¿qué diablos...? Bueno, quiero decir...

Sam se volvió y miró a su espalda. Dijo:

- Señorita Ambers, me gustaría presentarle a unos viejos amigos míos que acaban de llegar. Señora Wherry, ésta es la señorita Ambers, la estrella cinematográfica.

Después terminó las presentaciones; primero Ellen, después yo, y después Johnny. Ma y Ellen se mostraron extremadamente corteses. Yo, por mi parte, quizá exagerase al pretender no fijarme en la mano que la señorita Ambers me tendía. Ya soy viejo, y tuve el presentimiento de que podría olvidarme de soltársela si se la estrechaba. Ya pueden imaginarse la clase de muchacha que era.

Johnny si que se olvidó de soltársela.

Sam me estaba diciendo:

- Oye, viejo pirata, ¿qué estás haciendo aquí? Pensaba que te dedicabas a las colonias, y jamás hubiera creído encontrarte en un decorado cinematográfico.

- ¿Un decorado cinematográfico? - Las cosas empezaban a tener algo de sentido.

- Desde luego; Cine Planetario, S.A. Yo soy el asesor técnico de las escenas que tienen lugar en una feria. Querían unas imágenes de una sala de juegos, así que desempolvé mis viejos trastos y los instalé aquí. En este momento, todos los muchachos están en el campo de operaciones.

Empecé a comprender.

- ¿Y la fachada del restaurante que hay más arriba? ¿También es un decorado? - inquirí.

- Claro, y la calle también. No la necesitaban pero tuvieron que filmar cómo la hacían para una secuencia.

- ¡Ah! - Seguí preguntando -: ¿Y el avestruz de la pajarita, y los pájaros con hélices? Eso no puede ser un truco cinematográfico. ¿O sí lo es? - Había oído decir que Cine Planetario hacía cosas que parecían imposibles.

Sam meneó la cabeza con expresión desorientada.

- Ni hablar. Debes de haberte tropezado con miembros de la fauna local. Hay algunos, pero no muchos, y no nos molestan para nada.

Ma dijo:

- Escúchame bien, Sam Heideman, ¿cómo es que si este planeta ha sido descubierto, no hemos oído hablar de él? ¿Desde cuando se conoce su existencia, y de qué se trata todo esto?

Sam soltó una carcajada.

- Un hombre llamado Wilkins descubrió este planeta hace unos diez años. Informó al Consejo pero, antes de que difundieran la noticia, Cine Planetario se enteró y ofreció al Consejo un alquiler muy considerable por el lugar con la condición de que se mantuviera en secreto. Como aquí no hay minerales ni nada de valor y la tierra no vale un céntimo, el Consejo se lo alquiló en esas condiciones.

- Pero ¿por qué tiene que ser un secreto?

- No hay visitantes, no hay distracciones, y han dado esquinazo a sus competidores. Todas las grandes compañías cinematográficas se espían unas a otras e intentan birlarse las buenas ideas. Aquí tienen todo el espacio que quieren y pueden trabajar en paz y sin que nadie les moleste.

- ¿Qué harán cuando sepan que hemos descubierto su escondite? - pregunté.

Sam soltó otra carcajada.

- Me imagino que, ahora que estáis aquí, os tratarán a cuerpo de rey e intentarán convenceros de que no os vayáis de la lengua. Además, quizá consigáis un pase gratuito para todos los cines de la cadena Planetario.

Se acercó a un armario y volvió con una bandeja llena de botellas y vasos. Ma y Ellen rehusaron, pero Sam y yo nos servimos una copa de un licor muy bueno. Johnny y la señorita Ambers hablaban seriamente en un rincón de la tienda, así que no les molestamos, especialmente después de haberle dicho a Sam que Johnny no bebía.

Johnny aún no le había soltado la mano y la miraba fijamente a los ojos como un cachorro mareado. Observé que Ellen se volvía de espaldas para no tener que verlos. Lo sentí por ella, pero no podía hacer nada para remediarlo. Esas cosas ocurren. Y si no hubiera sido por Ma...

Pero vi que Ma empezaba a ponerse nerviosa y dije que lo mejor era regresar a la nave para vestirnos más elegantemente, ya que iban a tratarnos a cuerpo de rey. Además, acercaríamos la nave. Estimé que podíamos quedarnos unos cuantos días en Nada Sirio. Sam se desternilló de risa cuando le expliqué que habíamos bautizado el planeta con ese nombre, después de una ojeada a la fauna local.

Entonces aparté amablemente a Johnny de la estrella cinematográfica y le conduje al exterior. Su cara tenía una expresión ausente y dichosa, e incluso olvidó saludar cuando le hablé. Tampoco me llamó «señor». La verdad es que no dijo absolutamente nada.

Los demás tampoco abrimos la boca, mientras subíamos por la calle.

Había algo que me inquietaba y no podía concretar qué era. Había algo que no encajaba, algo que no tenía sentido.

Ma también estaba preocupada. Finalmente la oí decir:

- Escucha, si de verdad quieren mantener el secreto acerca de este lugar, ¿no crees que quizá... uh...?

- No, claro que no - repuse, con cierta brusquedad. Sin embargo, no era eso lo que me inquietaba.

Bajé la mirada hasta aquella carretera tan nueva y perfecta, y comprendí que en ella había algo que no me gustaba. Me acerqué al bordillo y seguí andando junto a él, observé la tierra verdosa de los alrededores, pero no vi nada más que agujeros y cucarachas como los que ya había visto en el restaurante Bon-Ton.

No obstante, quizá no fueran cucarachas, a menos que la compañía cinematográfica las hubiera traído. Pero se parecían demasiado a las cucarachas a efectos prácticos, si es que una cucaracha tiene algún efecto práctico. No tenían pajarita, ni hélices, ni plumas. Eran cucarachas normales y corrientes.

Salí de la faja pavimentada e intenté pisar una o dos, pero se escaparon y desaparecieron en el interior de los agujeros. Eran muy rápidas.

Volví a la carretera y seguí andando junto a Ma. Cuando me preguntó: «¿Qué hacías?», yo le contesté: «Nada».

Ellen se había situado al otro lado de Ma y mantenía un semblante deliberadamente inexpresivo. Deduje que estaba pensando y deseé poder ayudarlas. Lo único que se me ocurría era quedarnos un tiempo en la Tierra después de aquel viaje, para darle la oportunidad de olvidar a Johnny conociendo a otros muchachos de su edad. Quizá encontrase alguno que le gustara.

Johnny parecía aturdido. Estaba en el séptimo cielo, y había caído de repente, como suelen hacer los muchachos como él. Quizá no fuese amor, sino únicamente apasionamiento, pero en ese instante no sabía en que planeta estaba.

En aquel momento coronamos la primera colina, y perdimos de vista la tienda de Sam.

- Papá, ¿has visto alguna cámara cinematográfica por los alrededores? - preguntó súbitamente Ma.

- No, pero esas máquinas cuestan millones. No las dejan por ahí cuando no se utilizan.

Enfrente de nosotros se alzaba la fachada del restaurante. Tenía un curioso aspecto desde donde nos encontrábamos, ya que lo veíamos de lado. Aparte de esto, no se veía nada más que la carretera y las verdosas colinas.

En el pavimento no había ninguna cucaracha, y me di cuenta de que no habíamos visto ninguna sobre el asfalto. Al parecer nunca subían a la carretera ni la cruzaban. ¿Por qué razón iba una cucaracha a cruzarla? ¿Para pasar al otro lado?

Seguía estando inquieto por algo, algo que tenía menos sentido que cualquier otra cosa.

Esta sensación fue aumentando a medida que avanzábamos. Deseé poder tomar otra copa. El sol Sirio descendía hacia la línea del horizonte, pero aún hacía mucho calor. Incluso llegué a desear un vaso de agua.

Ma también parecía cansada.

- Parémonos a descansar - dije -, ya estamos a mitad del camino.

Nos detuvimos. Fue justo delante del Bon-Ton y yo alcé la vista hasta el letrero, sonriendo.

- Johnny, ¿quieres entrar y pedir la cena?

El saludó y contestó: «Sí, señor», y se dirigió hacia la puerta. De repente enrojeció y se detuvo en seco. Yo me reí discretamente y no hice ningún comentario que empeorase su turbación.

Ma y Ellen se sentaron en el bordillo.

Volví a trasponer la puerta del restaurante y comprobé que nada había cambiado. Liso como el cristal en el otro lado. La misma cucaracha - supongo que era la misma - seguía sentada o de pie junto al mismo agujero.

Le dije: «Hola», pero no me contestó, así que traté de pisarla, pero volvió a ser más rápida que yo. Observé algo muy curioso. Había echado a correr hacia el agujero en el mismo instante que decidí pisarla, incluso antes de que pudiera mover un músculo.

Regresé a la fachada, y me apoyé en la pared. Se estaba bien y cómodo. Saqué un cigarro del bolsillo y me dispuse a encenderlo, pero dejé caer la cerilla. Ya casi sabía lo que no encajaba.

Algo concerniente a Sam Heideman.

- Ma - dije -, ¿acaso San Heideman no está... muerto?

Y entonces, de repente, dejé de estar apoyado en una pared, porque la pared dejó de estar allí y empecé a caerme hacia atrás.

Oí que Ma y Ellen gritaban.

Me levanté de la tierra vercosa. Ma y Ellen también se estaban levantando, porque el bordillo donde se habían aposentado también había desaparecido. Johnny se tambaleaba ligeramente después de que la carretera se evaporase bajo las suelas de sus zapatos y descendiera unos centímetros.

No se veía ningún letrero, ningún restaurante, y ninguna calle; sólo las colinas verdes. Y... sí, las cucarachas seguían estando allí.

La caída me había trastornado, y estaba loco. Busqué algo para descargar mi locura. Sólo había cucarachas. Ellas no habían desaparecido sin dejar rastro como todo lo demás. Hice una nueva tentativa con la más próxima, y volví a fallar. Esta vez estaba seguro de que se había movido antes que yo.

Ellen miró hacia el lugar donde debía estar la calle, y el lugar donde debía estar el restaurante. mirando después en dirección a donde habíamos venido como preguntándome si la tienda Penny Arcade continuaría allí.

- No está - dije.

- No está, ¿qué? - preguntó Ma.

- No está allí - expliqué.

Ma me miró con impaciencia.

- ¿Qué es lo que no está allí?

- La tienda - dije un poco irritado -. La compañía cinematográfica. Todo el asunto. Y especialmente Sam Heideman. Fue cuando recordé lo de San Heideman... hace cinco

años, en Ciudad Luna, oímos que había muerto... Así que él no estaba allí. Nada de ello estaba allí. Y en cuanto me di cuenta, ellos lo hicieron desaparecer todo.

- ¿Ellos? ¿A quién te refieres al decir «ellos», papá Wherry? ¿Quiénes son «ellos»?

- ¿De verdad quieres saberlo? - pregunté, pero la mirada de Ma me hizo parpadear.

- Este no es sitio para hablar - proseguí -. Lo primero que debemos hacer es regresar a la nave lo más de prisa que podamos. ¿Podrás guiarme hasta allí, Johnny, ahora que no hay carretera?

El asintió, olvidándose de saludar o llamarme «señor». Reanudamos la marcha, sin que ninguno hablara. Yo no dudaba de que Johnny nos pudiera guiar hasta la nave; estuvo muy bien hasta llegar a la tienda; siguió nuestro rumbo con la brújula de pulsera.

Una vez llegamos al punto donde terminaba la desaparecida carretera, todo fue más fácil, pues veíamos nuestras propias huellas en la tierra, y sólo teníamos que seguirlas. Pasamos la elevación donde habíamos visto el matorral púrpura con los pájaros de hélices, pero los pájaros ya no estaban, y el matorral tampoco.

Sin embargo, el Chitterling seguía allí, gracias a Dios. Lo vimos desde la última colina y estaba exactamente igual que lo habíamos dejado. Parecía un verdadero hogar, y apretamos instintivamente el paso.

Abrí la puerta y me aparté para dejar entrar a Ma y Ellen. Ma ya tenía un pie dentro cuando oímos la voz. Dijo:

- Queremos despedirles.

- Nosotros también queremos despedirles - respondí -. Váyanse al demonio.

Hice una seña a Ma para que entrara en la nave. Cuanto antes nos marcháramos, mejor para todos.

Pero la voz dijo:

- Esperen - En su entonación había algo que nos hizo obedecer -. Queremos explicárselo para que no regresen.

Nada estaba más lejos de mi mente que regresar, pero repliqué:

- ¿Por qué no?

- Su civilización no es compatible con la nuestra. Hemos estudiado su mente para estar seguros. Proyectamos imágenes a partir de las imágenes que encontramos en sus mentes, para estudiar sus reacciones ante ellas. Nuestras primeras imágenes, nuestras primeras proyecciones de ideas, fueron confusas. Pero hemos comprendido su mente cuando han alcanzado el punto más alejado de su caminata. Hemos conseguido proyectar seres iguales a ustedes.

- Sam Heideman, sí - comenté -. Pero, ¿qué me dicen de la... la mujer? Ella no podía estar en el recuerdo de ninguno de nosotros porque no la conocíamos.

- Era un compuesto..., lo que ustedes llamarían una idealización. Sin embargo, eso no tiene importancia. Después de estudiarles, hemos visto que su civilización se preocupa por las cosas, mientras que la nuestra se interesa por las ideas. No tenemos nada que ofrecernos. Un intercambio entre ambas razas no haría ningún bien y sí mucho mal. Nuestro planeta no tiene recursos materiales que puedan interesar a su raza.

Tuve que mostrarme de acuerdo en ese sentido, mientras contemplaba la monótona extensión de colinas verdosas que sólo parecían albergar unos cuantos matorrales, aunque no demasiados. No tenían aspecto de albergar otra cosa. En cuanto a minerales, no había visto ni un guijarro.

- Tiene razón - contesté -. Cualquier planeta que no tenga más que plantas rodadoras y cucarachas puede arreglárselas como pueda, por lo que a nosotros respecta. Así que... - Entonces se me ocurrió una cosa -. Oiga, espere un momento. Tiene que haber algo más, porque sino, ¿con quién estoy hablando?

- Está hablando - repuso la voz - con lo que usted llama cucarachas, lo cual supone otro punto de incompatibilidad entre nosotros. Para ser más preciso, usted habla a una

voz proyectada por el pensamiento, pero nosotros la proyectamos. Y déjeme asegurarle una cosa: que usted nos resulta más repugnante físicamente que nosotros a usted.

Entonces bajé la vista y la vi, a tres de ellas, dispuestas a entrar en un agujero si yo hacía un movimiento.

Una vez dentro de la nave, dije:

- Johnny, despeguemos. Destino, la Tierra.

Saludó y dijo: «Sí, señor», entró en la cabina del piloto y cerró la puerta. No salió hasta conectar el piloto automático, con Sirio a nuestra espalda.

Ellen se había ido a su camarote. Ma y yo jugábamos a las cartas.

- ¿Puedo tomarme un descanso, señor? - preguntó Johnny, dirigiéndose rígidamente hacia su camarote cuando le dije que sí.

Al cabo de un rato, Ma y yo nos acostamos. A los pocos minutos oímos ruidos. Me levanté para investigar, e investigué.

Volví sonriendo.

- ¡Todo está arreglado, Ma! - dije -. Es Johnny Lane y está borracho como una cuba. - Le di una palmada en el trasero.

- ¡Ayyy! - se quejó -. Ya he tenido bastante cayéndome del bordillo. ¿Quieres decirme que tiene de maravilloso que Johnny esté borracho? Tú no lo estás ¿verdad?

- No - admití, posiblemente con algo de tristeza -. Pero, Ma, me ha dicho que me fuera al diablo, y sin saludar, a mí, el propietario de la nave.

Ma se limitó a mirarme. A veces la mujeres son muy listas, pero otras veces son bastante tontas.

- Escucha, te aseguro que no se dará a la bebida - le dije - Esta es una ocasión especial. ¿No comprendes lo que le ha sucedido a su orgullo y dignidad?

- Te refieres a que...

- A que se ha enamorado de la proyección de pensamiento de una cucaracha - expliqué -. O, por lo menos, eso es lo que él ha creído. Tenía que emborracharse una vez para olvidarlo y, a partir a hora, cuando ya esté sobrio, se comportará como un ser humano. Te apuesto lo que quieras. Y también te apuesto lo que quieras a que entonces verá a Ellen y se dar cuenta de lo guapa que es. Apuesto a que habrá perdido la cabeza por ella antes de que lleguemos a la Tierra. Voy buscar una botella y brindaremos por ello. ¡Por Nada Sirio!

Y, por una vez, tuve razón. Johnny y Ellen se prometieron antes de que llegáramos a distancia suficiente de la Tierra como para decelerar.

## CICLO

La señorita Macy trató de ocultar su desprecio.

—¿Por qué está todo el mundo tan preocupado? No nos hacen nada, ¿verdad?

En las ciudades, en todas parte, reinaba un pánico ciego. Pero no en el jardín de la señorita Macy. Esta alzó tranquilamente la vista hacia las monstruosas figuras de casi dos mil metros de estatura, de los invasores. Hacía una semana que habían aterrizado en una astronave de ciento cincuenta kilómetros de longitud, en el desierto de Arizona. Casi un millar de ellos había descendido de la nave y ahora exploraban los alrededores. Pero, tal como la señorita Macy comentó, no habían hecho daño a nada ni a nadie. No eran lo bastante sustanciales como para afectar a las personas. Cuando uno te pisaba o pisaba la casa donde estabas, se producía una repentina oscuridad y hasta que retiraba el pie y seguía andando, no veías nada; eso era todo.

No habían prestado atención a los seres humanos, y todo los intentos para comunicarnos con ellos habían fracasado, así como todos los ataques que el ejército y las fuerzas aéreas emprendieron contra ellos. Los proyectiles que daban en el blanco explotaban en su interior y no les producían daño alguno. Ni siquiera la bomba H que cayó sobre uno de ellos mientras cruzaba una zona desértica le afectó lo más mínimo.

No nos habían prestado atención alguna.

—Y eso- dijo la señorita Macy a su hermana, que también era la señorita Macy, ya que ninguna de las dos estaba casada -, es una prueba de que no quieren hacernos daño, ¿no crees?

—Así lo espero, Amanda- repuso la hermana de la señorita Macy -.Pero mira lo que están haciendo ahora.

Era un día muy claro o, por lo menos, lo había sido. El cielo ostentaba un nítido color azul, y la cabeza y hombros casi humanoides de los gigantes, a un kilómetro y medio de altitud, eran claramente visibles. Pero ahora empezaba a nublarse, y la señorita Macy lo observó mientras seguía la mirada de su hermana hacia lo alto. Cada una de las dos enormes figuras que había a la vista tenía en las manos un objeto parecido a un bidón, y de ellos se escapaba una nube de vaporosa sustancia que descendía lentamente hacia la tierra. La señorita Macy olfateó.

—Están formando nubes. Quizá sea así como se diviertan. Las nubes no pueden hacernos daño. ¿Por qué está todo el mundo tan preocupado? Reanudó su tarea.

—¿Qué es esto que estás pulverizando, Amanda? ¿Un líquido fertilizante?- le preguntó su hermana.

—No -contestó la señorita Macy-.Es un insecticida.

EL PRINCIPIO YEHUDI

Me estoy volviendo loco.

Charlie Swann también se está volviendo loco. Quizá más que yo, porque era su juguete predilecto. Quiero decir que él lo fabricó y pensaba que sabía lo que era y cómo funcionaba.

Verán, Charlie sólo pretendía tomarme el pelo cuando me dijo que trabajaba sobre el principio Yehudi. Por lo menos, eso es lo que el creía.

- ¿El principio Yehudi? - le pregunté.

- El principio Yehudi - repitió -. El principio del hombrecillo que no existía. Esto lo hace.

- ¿Hacer qué? - quise saber.

El juguete predilecto, debo interrumpirme para explicarlo, era una cinta para la cabeza. Encajaba a la perfección en torno a la cabeza de Charlie y había una caja negra y redonda no más grande que una caja de pastillas sobre su frente. También había un disco de cobre redondo y plano a cada lado de la cinta, justo encima de las sienes de Charlie, y un trozo de alambre que le bajaba por la oreja hasta el bolsillo superior de la americana, donde guardaba una pequeña pila eléctrica.

No tenía aspecto de hacer nada, excepto curar un dolor de cabeza o acrecentarlo Pero por la trastornada expresión de Charlie, no creo que se tratara de algo tan normal.

- ¿Hacer qué? - quise saber.

- Todo lo que quieras - dijo Charlie -. Siempre que sea razonable, naturalmente. No puede mover un edificio, ni traerte una locomotora. Pero hace cualquier cosa pequeña que tú quieras.

- ¿Quién lo hace?

- Yehudi.

Cerré los ojos y conté hasta cinco. No pensaba preguntar: «¿Quién es Yehudi?»

Aparté un montón de papeles que había sobre la cama - había estado relejendo una serie de antiguos manuscritos con la esperanza de encontrar algo lo bastante bueno como para redactarlo desde un ángulo nuevo - y me senté.

- De acuerdo - dije -. Dile que me traiga una copa.

- ¿De qué?

Miré a Charlie, y me hizo el efecto de que no bromeaba. Debía estar bromeando, naturalmente, pero...

- Una ginebra - repuse -. Una ginebra verdadera, si es que Yehudi sabe a lo que me refiero.

- Extiende la mano - me dijo Charlie.

Extendí la mano. Charlie, sin hablarme a mí, ordenó:

- Trae una ginebra para Hank. - Después movió afirmativamente la cabeza.

Algo le ocurrió a Charlie o a mis ojos, no lo sé con exactitud. Durante un segundo escaso, su figura se desdibujó. Y después volvió a parecer normal.

Lancé un chillido y retiré la mano, porque noté que tenía la mano húmeda con algo muy frío. Oí el ruido de un líquido al derramarse y vi un charco en la alfombra que había bajo mis pies. Justo debajo de mi mano.

Charlie observó:

- Tendríamos que haberla pedido en un vaso.

Miré a Charlie, miré el charco del suelo, y por último me miré la mano. Me llevé rápidamente el índice a la boca y lo chupé.

Ginebra. Volví a mirar a Charlie.

Preguntó:

- ¿Me he desdibujado?

- Escucha, Charlie - dije yo -. Hace diez años que te conozco, fuimos juntos a la Tecnológica y... Pero si vuelves a jugarme una mala pasada como ésta, te borraré de verdad. Te...

- Esta vez fíjate más - dijo Charlie. Y nuevamente mirando al espacio y sin hablar conmigo, empezó a ordenar -: Tráenos ginebra, en una botella. Media docena de limones, a rodajas en una bandeja. Dos botellas de cuarto de soda y un plato con cubitos de hielo. Déjalo encima de aquella mesa.

Movió afirmativamente la cabeza, igual que antes, y que me ahorquen si no se desdibujó. Desdibujarse es la mejor palabra para describirlo.

- Te has desdibujado - dije. Empezaba a dolerme la cabeza.

- Lo suponía - repuse -. Cuando lo probé estando solo utilicé un espejo, y pensé que quizá fueran mis ojos. Por eso he venido. ¿Quieres mezclar tú mismo las bebidas o lo hago yo?

Miré en dirección a la mesa, y vi todo lo que él había pedido. Tragué un par de veces.

- Es real - me aclaró Charlie. Respiraba con fuerza, con secreta excitación -. Funciona, Hank. Funciona ¡Nos haremos ricos! Podemos...

Charlie siguió hablando, pero yo me puse lentamente en pie y me acerqué a la mesa. Las botellas, los limones y el hielo estaban allí. Las botellas gorgoteaban al sacudirlas y el hielo estaba frío.

Un minuto después empezaría a preocuparme acerca de cómo habían llegado hasta allí. Mientras tanto y en ese momento, necesitaba un trago. Extraje un par de vasos del botiquín y el abridor del fichero, e hice dos combinados, con casi la mitad de ginebra.

Entonces se me ocurrió una cosa. Pregunté a Charlie:

- ¿Crees que Yehudi también querrá una copa?

Charlie sonrió.

- Dos serán suficientes - me dijo.

- Para empezar, quizá - contesté sobriamente. Le alargue uno de los combinados, en un vaso, y dije -: Por Yehudi. - Vacíe el mío de un solo trago y empecé a preparar otro.

Charlie dijo:

- Para mí también. Oye, espera un minuto.

- En las presentes circunstancias - repuse -, un minuto es un minuto demasiado largo entre dos copas. Dentro de un minuto esperaré un minuto, pero... Oye, ¿por qué no le dices a Yehudi que nos los mezcle?

- Era lo que iba a sugerirte. Mira, quiero probar una cosa. Ponte la cinta en la cabeza y díselo tú. Quiero observarte.

- ¿Yo?

- Tú - insistió -. No te pasará nada, y quiero saber si funciona con todo el mundo o sólo conmigo. Es posible que únicamente esté afinado con mi cerebro. Inténtalo.

- ¿Yo? - pregunté de nuevo.

- Tú - repitió.

Se la había quitado y me la estaba ofreciendo, con la pequeña pila colgando de ella al término del alambre. La cogí y examiné. No tenía aspecto de ser peligrosa. Era imposible que en una pila tan minúscula hubiera jugo suficiente para hacer daño.

Me la puse.

- Prepáranos unas copas - dije, y miré hacia la mesa, pero no sucedió nada.

- Tienes que asentir con la cabeza después de hablar - me indicó Charlie -. En la caja que llevas sobre la frente hay una especie de péndulo que acciona el interruptor.

- Prepara dos combinados de ginebra. En vasos, por favor. - Después asentí.

Cuando levanté nuevamente la cabeza, las bebidas ya estaban allí, mezcladas.

- Sóplame con fuerza para que me despierte - dije, mientras me inclinaba para coger mi vaso.

Y me encontré en el suelo.

- Ten cuidado, Hank - me advirtió Charlie -. Si te inclinas hacia delante, es como si asintieras con la cabeza. Procura no asentir ni inclinarte cuando digas algo que no sea una orden.

Me incorporé.

- Fúndeme con un soplete - ordené.

Pero no moví la cabeza. De hecho, no moví ni un solo músculo del cuerpo. Cuando me di cuenta de lo que había dicho, mantuve el cuello tan rígido que llegó a dolerme y apenas me atreví a respirar por miedo a balancear el péndulo.

Con mucho cuidado, a fin de que no oscilara, alcé los brazos, me quité la cinta de la cabeza y la dejé en el suelo.

Después me levanté y me palpé de arriba abajo. Probablemente tuviera alguna contusión, pero no noté ningún hueso roto. Cogí el vaso y bebí hasta la última gota de líquido. El combinado estaba muy bien hecho, pero preferí mezclar el siguiente por mí mismo; con tres cuartas partes de ginebra.

Con él en la mano, di una vuelta en torno a la cinta de la cabeza, sin acercarme más de un metro, y me senté en la cama.

- Charlie - dije -, ahí tienes algo importante. No sé qué es, pero me gustaría saber a que estamos esperando.

- ¿A qué te refieres? - inquirió Charlie.

- Me refiero a lo que cualquier hombre sensato se referiría. Si esa maldita cosa nos trae todo lo que pedimos, lo normal que hagamos una fiesta. ¿Cuál prefieres, Lili St. Cyr o Esther Williams? Yo me quedaré con la que tú dejes.

Él meneó tristemente la cabeza.

- Hay ciertas limitaciones, Hank. Será mejor que te lo explique.

- Personalmente - contesté -, me gustaría más Lili que una explicación, pero si no hay más remedio... Empecemos con Yehudi. Los únicos dos Yehudi que conozco son Yehudi Menuhin, el violinista y Yehudi, el hombrecillo que no existía. Me inclino a creer que Menuhin no nos ha traído esa ginebra, así que...

- Tienes razón, no ha sido él. Sin embargo, tampoco ha sido el hombrecillo que no existía. Te estaba tomando el pelo, Hank. No hay ningún hombrecillo que no existía.

- ¡Oh! - exclamé. Lo repetí lentamente o, por lo menos, ésa era mi intención -. No... hay... ningún... hombrecillo... que... no... - Me di por vencido -. Me parece que empiezo a comprender - dije -. Lo que tú quieres decir es que no había ningún hombrecillo que no existe. Pero entonces, ¿quién es Yehudi?

- No hay ningún Yehudi, Hank. Pero el nombre y la idea encajaban tan bien que lo he llamado así durante unos pocos días.

- Y ¿cómo piensas llamarlo a partir de ahora?

- El superacelerador automático autosugestivo subvibratorio.

Bebí el resto de mi copa.

- Precioso - comenté -. Sin embargo, me gusta más el principio Yehudi. Hay una cosa que me intriga; ¿quién nos ha traído este combinado? La ginebra, la soda y todo lo demás.

- Yo mismo. Y tú has mezclado nuestra segunda copa. ¿Lo entiendes ahora?

- En una palabra - repuse -, no exactamente.

Charlie suspiró.

- Entre las dos placas de las sienas hay un campo que acelera varios miles de veces la vibración molecular y, por lo tanto, la velocidad de la materia orgánica... el cerebro y, por lo tanto, el cuerpo. La orden dada justo antes de accionar el interruptor actúa como una autosugestión y tú ejecutas la orden que acabas de darte a ti mismo. Pero tan rápidamente que nadie ve como te mueves; es un desdibujamiento momentáneo cuando te vas y vuelves en prácticamente el mismo instante. ¿Está claro?

- Desde luego - le aseguré -, excepto una cosa. ¿Quién es Yehudi?

Me acerqué a la mesa y empecé a mezclar otras dos bebidas. Siete octavas partes de ginebra.

Charlie repuso pacientemente:

- La acción es tan rápida que no se imprime en tu memoria. Por alguna razón, la aceleración no afecta a la memoria. El efecto, tanto para el usuario como para el observador, consiste en la obediencia espontánea de una orden por parte de... bueno, del hombrecillo que no existía.

- ¿Yehudi?

- ¿Por qué no?

- ¿Por qué no, por qué no? - repetí -. Toma, aquí tienes otra copa. No está muy fuerte, pero yo tampoco lo estoy. Así que fuiste a buscar la ginebra, ¿eh? ¿Adónde?

- Probablemente al bar más cercano. No me acuerdo.

- ¿Pagando?

Extrajo su billetera y la abrió.

- Creo que me falta un billete de cinco dólares. He debido dejarlo en la barra. al parecer, mi subconsciente es honrado.

- Pero ¿de qué sirve? - pregunté -. No me refiero a tu subconsciente, Charlie, sino al principio Yehudi. Te habría resultado igual de fácil comprar esa ginebra de camino hacia aquí. Yo habría podido hacer el combinado sabiendo que lo hacía. Y si estás seguro de que no puede traernos a Lili St. Cyr y Esther Williams...

- No puede. Mira, no puede hacer nada que tú mismo no puedas. No es otra persona. Eres tú. Mézetelo en la cabeza, Hank, y lo comprenderás.

- Pero ¿de qué sirve?

Suspiró nuevamente.

- Su verdadera finalidad no es ir a comprar ginebra ni mezclar bebidas. Esto sólo ha sido una demostración. Su verdadera finalidad...

- Espera - dije yo -; hablando de bebidas, espera. Hace mucho rato que no bebo.

Me acerqué a la mesa, sin hacer más que dos eses, y esta vez no me molesté en poner soda. Puse una rodaja de limón y un cubito de hielo en cada uno de los vasos.

Charlie probó el suyo e hizo una mueca.

Yo probé el mío.

- Agrio - dije -. No tendría que haber puesto limón. Será mejor que nos lo acabemos antes de que se deshaga el hielo.

- Su verdadera finalidad - dijo Charlie - es...

- Espera - le interrumpí -; podrías estar equivocado ¿sabes? Me refiero a las limitaciones. Voy a ponerme esa cinta en la cabeza y a decir a Yehudi que nos traiga a Lili y...

- No seas tonto, Hank. Yo lo he fabricado y sé cómo funciona. No puedes traer a Lili St. Cyr, ni a Esther Williams, ni el puente de Brooklyn.

- ¿Estás completamente seguro?

- Desde luego.

¡Qué tonto había sido! Le creí. Hice otros dos combinados, aunque esta vez sólo utilicé la ginebra y dos vasos, y me senté en el borde de la cama, que se balanceaba suavemente de un lado a otro.

- Muy bien - dije -; ya estoy preparado para lo que sea. ¿Cuál es su verdadera finalidad?

Charlie Swann parpadeó varias veces e hizo un esfuerzo por enfocar los ojos sobre mí. Preguntó:

- ¿La finalidad de qué?

Yo contesté, lenta y cuidadosamente:

- Del superacelerador automático autosugestivo subvibratorio. Yehudi para mí.

- ¡Ah, eso! - exclamó Charlie.

- Precisamente - contesté -. ¿Cuál es su verdadera finalidad?

- Te lo explicaré. Supongamos que tengas que hacer algo a toda prisa, o que no quieras hacer. Podrías...

- ¿Como escribir un relato? - pregunté.

- Como escribir un relato - dijo él -, o pintar una casa, o lavar un montón de platos sucios, o sacar la nieve de la acera, o..., o cualquier otra cosa que tengas que hacer pero no quieras hacer. Sólo tienes que ponértelo y decirte...

- Yehudi - dije yo.

- Ordenas a Yehudi que lo haga, y lo hace. Naturalmente eres tú quien lo hace, pero como no lo sabes, no te importa. Y lo mejor de todo es que lo haces muy de prisa.

- Te desdibujas - recordé.

Alzó el vaso y miró el candil a través de él. Estaba vacío. El vaso, no el candil.

- Te desdibujas - dijo.

- ¿Quién?

No respondió. Me pareció que se balanceaba, con silla y todo, describiendo un arco de un metro de longitud. Aquel movimiento me mareó, así que cerré los ojos, pero fue peor y los abrí de nuevo.

- ¿Un relato? - pregunté.

- Desde luego.

- Tengo que escribir un relato - dije -, pero ¿por qué iba a hacerlo? Es decir, ¿por qué no ordenar a Yehudi que lo haga?

Me levanté y me puse la cinta alrededor de la cabeza. Ningún comentario accidental esta vez, me dije. Derecho al grano.

- Escribe un relato - ordené.

Asentí, pero no sucedió nada.

Entonces recordé que, por lo que yo sabía, era imposible que sucediera nada. Me acerqué a la máquina de escribir y la inspeccioné.

En el rodillo había una hoja blanca y una hoja amarilla, con otra de papel carbón entre las dos, la página estaba escrita hasta la mitad y más abajo, al final, había una sola palabra. No conseguí leerla. Me quité las gafas y tampoco lo conseguí, así que volví a

ponérmelas, acerque la cara a unos centímetros de la máquina de escribir, y me concentré. La palabra era «Fin».

Miré a un lado de la máquina de escribir y vi un ordenado, aunque pequeño, montón de hojas mecanografiadas, alternativamente blancas y amarillas.

Era maravilloso. Había escrito una narración. Si en mi subconsciente había algo, podía ser el mejor relato que yo había escrito en mi vida.

Era una lástima que mi estado no me permitiera leerlo. Tendría que cambiarme la graduación de las gafas, o algo por el estilo.

- Charlie - dije -, he escrito un relato.

- ¿Cuándo?

- Ahora mismo.

- No te he visto.

- Me he desdibujado - manifesté -. Bueno, de todos modos, no me mirabas.

Volvía a estar sentado en la cama. No recuerdo como llegué hasta allí.

- Charlie - dije -, es maravilloso.

- ¿Qué es maravilloso?

- Todo; la vida, los pajaritos en los árboles, los bizcochos... ¡Un relato en menos de un segundo! A partir de ahora sólo tendré que trabajar un segundo por semana. ¡Se acabó la escuela, los libros, las insolentes miradas de los profesores! ¡Charlie, es maravilloso!

Charlie pareció animarse. Dijo:

- Hank, solo estás empezando a ver sus posibilidades. Son casi infinitas, para todas las profesiones. Puede hacerlo casi todo.

- Excepto - objeté tristemente - traernos a Lili St. Cyr o Esther Williams.

- Tienes una idea fija ¿eh?

- Dos - repliqué - Me conformaría con cualquiera de las dos, Charlie ¿estás segurísimo de qué...?

Cansadamente, dijo «Sí». Por lo menos, esto es lo que pretendió, pero en realidad dijo «Chí».

- Charlie - le espeté -, tú has estado bebiendo. ¿Te importa que lo intente?

- Muérete.

- ¿Qué? ¡Ah, quieres decir «muévete». De acuerdo, voy a...

- Eso es lo que he dicho - repuso Charlie -. Muévete.

- No es eso.

- Pues, ¿qué he dicho?

Yo contesté:

- Has dito... quiero decir, dicho: «Muérete».

Incluso Júpiter asiente.

Sólo que Júpiter no lleva una cinta en la cabeza como la que yo aún llevaba. O quizá, pensándolo bien, también la lleve. Eso explicaría muchas cosas.

Debí asentir, porque se oyó un disparo.

Dejé escapar un grito y me puse en pie de un salto, al mismo tiempo que Charlie. Parecía sobrio.

Dijo:

- Hank, llevabas eso en la cabeza. ¿Acaso estás...?

Me miré de arriba abajo y no vi ninguna mancha de sangre en la pechera de mi camisa. Tampoco sentía dolor en ninguna parte del cuerpo. Nada.

Dejé de temblar. Miré a Charlie; él tampoco estaba muerto ni herido.

Dije:

- Pero ¿quién...? ¿qué...?

- Hank - repuso él -, ese disparo no ha sonado en la habitación. Venía de fuera, del rellano, o las escaleras.

- ¿De las escaleras? - Me pareció recordar algo que ya había olvidado. ¿Sobre unas escaleras? Vi a un hombre en las escaleras, un hombrecillo que no existía. Hoy tampoco existía. ¡Vaya, ojalá se marchase...! -. Charlie - dije -. ¡Era Yehudi! Se ha matado porque yo he dicho «muérete» y el péndulo ha oscilado. Estabas en un error al creer que era automático y autosugestivo. Yehudi era quién lo ha hecho todo desde el principio. Ha sido...

- Cállate - me cortó.

Se acercó a la puerta, la abrió, yo le seguí, y salimos al rellano.

Allí reinaba un penetrante olor a pólvora quemada. Parecía venir del tramo de escaleras que conducían al piso superior, porque se hizo más fuerte cuando nos acercamos a ese punto.

- No hay nadie - dijo Charlie, temblando.

Con voz atemorizada, susurré:

- Hoy tampoco existía. ¡Vaya, ojalá...!

- Cállate - me atajó bruscamente Charlie.

Volvimos a mi habitación.

- Siéntate - dijo Charlie -. Tenemos que solucionar todo esto. Tú has dicho «muérete» y después has asentido o te has inclinado hacia delante. Pero no te has matado a ti mismo. El disparo venía de... - Sacudió la cabeza, tratando de aclarársela -. Lo que nos conviene es un café - sugerí -, un café muy cargado y caliente. ¿Tienes...? Oye, aún llevas la cinta en la cabeza. Encarga dos cafés, pero haz el favor de tener cuidado.

- Tráenos dos tazas de café muy cargado y caliente - dije. Asentí, pero no sucedió nada. No sé como, pero ya lo sabía.

Charlie me quitó violentamente la cinta de la cabeza. Se la puso y lo intentó por sí mismo.

- Yehudi está muerto - dije -. Se ha suicidado. Eso ya no sirve de nada, así que haré el café yo mismo.

Puse la cafetera encima de la plancha caliente.

- Charlie - dije - escucha, supongamos que fuera Yehudi quien lo hiciera todo. Entonces, ¿cómo sabes cuáles eran sus limitaciones? Quizá habría podido traernos a Lili...

- Cállate - me cortó Charlie -; estoy tratando de pensar.

Me callé y le dejé pensar.

Y cuando el café estuvo hecho, me di cuenta de las tonterías que había dicho.

Serví el café. Charlie había destornillado la tapa de la pieza semejante a una caja de pastillas y estaba examinando su interior. Vi el minúsculo péndulo que activaba el interruptor, y gran cantidad de cables.

- No lo entiendo - dijo -. No hay nada roto.

- Quizá la batería - sugerí.

Fui a buscar una linterna y empleamos la bombilla para comprobar el estado de la pequeña pila. La bombilla se encendió normalmente.

- No lo entiendo - repitió Charlie.

Entonces sugerí:

- Empecemos por el principio, Charlie. Antes funcionaba. Nos ha traído todos los ingredientes para el combinado. Ha mezclado un par de copas. Ha... digamos que...

- Ahora mismo estaba pensando en eso - dijo Charlie -, al decir: «Sóplame con fuerza para que me despierte», e inclinarte para coger el vaso, ¿qué ha ocurrido?

- Una corriente de aire. Me ha soplado con tanta fuerza que me he caído, Charlie. ¿Cómo iba a haberlo hecho yo solo? Y fíjate en la diferencia de pronombres. He dicho: «Sóplame» y después he dicho «muérete». Imagínate que hubiese dicho «Mátame»...

Me estremecí de pies a cabeza.

Charlie parecía aturdido. Dijo:

- Lo he fabricado basándome en principios científicos, Hank. No ha sido un mero accidente, no puedo haberme equivocado. Tú crees que... ¡Es absurdo!

En aquel momento, yo también estaba pensando lo mismo, pero bajo otro punto de vista.

- Escucha - dije -, supongamos que tu aparato estableciera un campo que actuase sobre el cerebro, pero supongamos también que te equivocarás sobre la naturaleza de ese campo. Imagínate que te capacitase para proyectar un pensamiento. Tú pensabas en Yehudi; debió de ser así desde el momento que lo llamaste el principio Yehudi, así que Yehudi...

- Eso es una tontería - replicó Charlie.

- ¿Se te ocurre algo mejor?

Se dirigió hacia la plancha caliente para servirse otra taza de café.

Entonces recordé algo, y me acerqué a la mesa donde estaba la máquina de escribir. Cogí el relato invirtiendo el orden de las hojas para que la primera quedara encima, y empecé a leer.

Oí que Charlie preguntaba:

- ¿Es un buen relato, Hank?

Yo comente:

- G-g-g-g-g...

Charlie dio una ojeada a mi expresión, y se apresuró a venir junto a mí para leer por encima de mi hombro. Le di la primera hoja. El título era: EL PRINCIPIO YEHUDI.

El relato comenzaba así:

«Me estoy volviendo loco.

Charlie Swann también se está volviendo loco. Quizá más que yo, porque era su juguete predilecto. Quiero decir que él lo fabricó y pensaba que sabía lo que era y cómo funcionaba.»

A medida que leía una página tras otra se las fui dando a Charlie y él también las leyó. Sí, era este relato; el relato que usted lee en este momento, incluida esta parte que yo le relato en este momento. Escrito antes de que la última parte tuviera lugar. Charlie se sentó al acabar de leer, y yo también. Me miró y yo le miré.

Abrió varias veces la boca y la cerró otras tantas antes de poder articular una sola palabra. Finalmente me dijo:

- T-tiempo, Hank. También tenía algo que ver con el tiempo. Ha escrito anticipadamente lo que... Hank, conseguiré que vuelva a funcionar. Tengo que hacerlo. Es maravilloso. Es...

- Es colosal - confirmé yo -. Sin embargo, jamás volverá a funcionar. Yehudi está muerto. Se ha suicidado en las escaleras.

- Estás loco - dijo Charlie.

- Todavía no - repuse. Miré el manuscrito que me había devuelto y leí:

«Me estoy volviendo loco.»

Me estoy volviendo loco.

## VEN Y ENLOQUECE

Lo supo de alguna manera, cuando se despertó por la mañana. Ahora, situado junto a la ventana de la redacción, desde donde contemplaba el dibujo de luz y sombras proyectado por el oblicuo sol de la tarde sobre los edificios, estaba casi seguro. Sabía que

muy pronto, quizá aquel mismo día, ocurriría algo importante. No sabía si sería algo bueno o malo pero lo intuía sombríamente. Y con razón; pocas cosas buenas pueden suceder inesperadamente a un hombre, es decir, cosas de verdadera importancia. El desastre puede atacar desde innumerables direcciones en formas extraordinariamente diversas.

Una voz dijo: «Hola, señor Vine», y él se apartó de la ventana, lentamente. Eso ya era extraño, pues no tenía la costumbre de moverse lentamente; era un hombre pequeño y vivaz, casi felino en la rapidez de sus reacciones y movimientos.

Pero en esta ocasión algo le hizo apartarse lentamente de la ventana, como si presintiera que jamás volvería a ver aquel claroscuro de una tarde al sol.

- Hola, Red - contestó.

El pecoso botones anunció:

- Su Señoría quiere verle.

- ¿Ahora?

- A su conveniencia. Cualquier día de la semana que viene, quizá. Si está ocupado, déle un plantón.

El apoyó un puño en la barbilla de Red y le empujó, mientras el botones retrocedía con fingido arrepentimiento.

Se dirigió al depósito de agua. Apretó el botón y el agua llenó el vaso de papel.

Harry Wheeler fue a su encuentro y dijo:

- Hola, Napi. ¿Qué hay? ¿Te han llamado a capítulo?

- Sí, para un aumento - repuso.

Bebió y estrujó el vaso, que tiró a la papelera. Se dirigió a la puerta que ostentaba el letrero de «Privado» y la abrió.

Walter J. Candler, el director, alzó la vista de los papeles que llenaban su escritorio y dijo afablemente:

- Siéntese, Vine. En seguida le atiendo. - Después volvió a bajar la vista.

Tomó asiento en la silla que había frente a Candler, sacó un cigarrillo del bolsillo de la camisa y lo encendió. Examinó la parte posterior de la hoja que el director estaba leyendo. En aquel lado no había nada escrito.

El director puso la hoja sobre la mesa y le miró.

- Vine, esto es descabellado. Por lo visto, usted es un genio cuando se trata de escribir cosas descabelladas.

Sonrió lentamente al director y dijo:

- Si es un cumplido, gracias.

- Es un cumplido, desde luego. Usted nos ha hecho cosas bastante difíciles. Esto es diferente. Nunca he pedido a un reportero que hiciese algo que yo mismo no haría. Yo no haría. Yo no haría una cosa así, de modo que no voy a pedírselo.

El director cogió el papel que había estado leyendo y volvió a dejarlo sin mirarlo siquiera.

- ¿Ha oído hablar alguna vez de Ellsworth Joyce Randolph?

- ¿El director del manicomio? Claro que sí; incluso le conocí, casualmente.

- ¿Qué impresión le produjo?

Observó que el director le observaba escrutadoramente, y le pareció que la pregunta no había sido demasiado casual. Replicó hábilmente:

- ¿A qué se refiere? ¿En qué sentido? ¿Quiere saber si es una buena persona, un buen político, un psiquiatra competente, o qué?

- Quiero saber si le pareció un tipo equilibrado.

Miró a Candler y se dio cuenta de que Candler no bromeaba. Candler era estrictamente inexpresivo.

Se echó a reír, y después se puso súbitamente serio. Se apoyó sobre la mesa de Candler.

- Ellsworth Joyce Randolph - dijo -. ¿Se refiere a Ellsworth Joyce Randolph?

Candler asintió.

- El doctor Randolph ha venido esta mañana a verme. Me ha contado una historia bastante extraña. No quería que la publicara; quería que la comprobara, y que encargase de ello a nuestro mejor hombre. Me ha dicho que, si descubriéramos que era verdad, podríamos imprimirla en tipos de ciento veinte líneas y tinta roja. - Sonrió irónicamente -. Es lo que haremos.

Apagó el cigarrillo y estudió el rostro de Candler.

- Pero la historia es tan absurda que usted piensa que el doctor Randolph está loco.

- Exactamente.

- Y ¿qué tiene de difícil el trabajo en cuestión?

- El doctor dice que sólo podremos conseguir la historia actuando desde dentro.

- ¿Entrando como paciente o algo por el estilo?

Candler repuso:

- Algo por el estilo.

- ¡Ah!

Se levantó de la silla y se acercó a la ventana, de espaldas al director. El sol apenas se había movido. Sin embargo, el dibujo de luces y sombras reflejado en las calles parecía distinto, sombríamente distinto. Su estado de ánimo también era distinto. Comprendió que aquello era lo que había estado esperando que sucediese. Se volvió y dijo:

- No. Desde luego que no.

Candler se encogió imperceptiblemente de hombros.

- No le culpo. Ni siquiera se lo he pedido. Yo tampoco lo haría.

- ¿Qué cree Ellsworth Joyce Randolph que está sucediendo en su manicomio? Debe ser algo bastante descabellado si usted mismo ha llegado a dudar de su cordura.

- No puedo decírselo, Vine. Le he prometido que no lo haría, tanto si aceptaba usted el trabajo como si no.

- ¿Pretende decirme que, aunque aceptara el encargo, no sabría lo que debía buscar?

- Así es. Estaría predispuesto, su juicio no sería objetivo. Buscaría algo concreto, y podría creer que lo había encontrado sin tener una base firme. O, por el contrario, estaría tan predispuesto a no encontrarlo, que quizá no quisiera reconocerlo aunque lo tuviera delante de las narices.

El se apartó de la ventana y se acercó a la mesa sobre la que descargó un puñetazo.

- Maldita sea, Candler, ¿por qué yo?. Ya sabe lo que me ocurrió hace tres años.

- Desde luego. Amnesia.

- Eso es, amnesia. Ni más ni menos. Nunca he ocultado que no me he recuperado de esa amnesia. Tengo treinta años, ¿no es así? Sólo recuerdo lo sucedido en el espacio de tres años. ¿Sabe lo que es tener un muro que te impide recordar lo sucedido antes de esa época?

» Oh, bueno, sé lo que hay al otro lado de ese muro. Lo sé porque todo el mundo me lo dice. Sé que empecé trabajando como botones hace diez años. Sé dónde y cuándo nací y que mis padres murieron. Sé como eran... porque he visto fotografías tuyas. Sé que no tenía esposa ni hijos, porque así me lo dijeron todas las personas que me conocían. Téngalo bien presente: todas las personas que me conocían, no todas las personas que yo conocía. Yo no conocía a nadie.

» Desde entonces no me ha ido mal del todo. Cuando salí del hospital - ni siquiera recuerdo el accidente que me mandó allí - vine directamente aquí porque aún me acordaba de escribir artículos, a pesar de que tuviese que aprender el nombre de todo el mundo. No estaba en peor situación que un periodista novato empleado en un periódico de una ciudad desconocida. Y todo el mundo me ayudó mucho.

Candler abrió una mano para calmar la tempestad. Dijo:

- Está bien, Napi. Ha dicho que no, y eso es suficiente. No me parece que esto tenga nada que ver con el tema que nos ocupa, ya que lo único que tenía que hacer era decir que no, así que olvídelo.

La tensión seguía dominándole. Dijo:

- ¿No le parece que esto tenga nada que ver con el tema que nos ocupa? Usted me pide... o, de acuerdo, no me lo pide, me lo sugiere... que me haga pasar por loco, y entre en el manicomio. Cuando... ¿qué confianza puede uno tener en su propia cordura si no recuerda sus días de colegio, no recuerda el día que conoció a las personas que trabajan con él, no recuerda el día que empezó a trabajar, y no recuerdas... nada de lo sucedido antes de hace tres años?

Volvió a descargar un puñetazo encima de la mesa, y después miró a su alrededor. Dijo:

- Lo siento. No pretendía excitarme de este modo.

- Siéntese - dijo Candler.

- La respuesta sigue siendo no.

- Es igual; siéntese.

Se sentó, extrajo un cigarrillo y lo encendió.

Candler dijo:

- Ni siquiera tenía intención de mencionarlo, pero ahora me veo obligado a hacerlo. Es necesario, después de oírle hablar así. No sabía que aún estuviera tan trastornado por su amnesia. Pensaba que lo había superado.

» Escuche, cuando el doctor Randolph me ha preguntado qué periodista era capaz de hacer el trabajo, le he hablado de usted. Le he contado sus antecedentes. El también recuerda haberle conocido. Sin embargo, no sabía nada de su amnesia.

- ¿Acaso me ha recomendado por eso?

- No me interrumpa. Me ha dicho que, mientras usted se encontrara allí, no tendría inconveniente en someterle a un nuevo tratamiento de choques que podría devolverle la memoria. Ha dicho que valía la pena intentarlo.

- No ha asegurado que diera resultado.

- Ha dicho que era posible; en cualquier caso, no le perjudicará.

Apagó el cigarrillo que acababa de encender. Miró fijamente a Candler. No tuvo que decir lo que pensaba; el director lo leyó en su rostro.

- Tranquílcese, muchacho - dijo Candler -. Recuerde que no se lo he dicho hasta que usted mismo me ha confiado lo mucho que ese muro le preocupa. No es una baza que me reservase para el final. Se lo he dicho para hacerle un favor, después de oírle hablar de ese modo.

- ¡Un favor!

Candler se encogió de hombros.

- Ha dicho que no. Yo he aceptado su respuesta. Después ha empezado a quejarse y yo no he tenido más remedio que mencionar algo que ya había olvidado. No le dé más vueltas. ¿Cómo va el artículo de los sobornos? ¿Algo nuevo?

- ¿Asignará a otro el artículo del manicomio?

- No; usted es el único que puede hacerlo.

- ¿De qué se trata? Debe de ser una historia muy insólita para que dude del buen sentido del doctor Randolph. ¿Acaso cree que sus pacientes deberían ocupar el lugar de los médicos, o qué?

Se echó a reír.

- Ya lo sé, no puede decírmelo. Es un atractivo cebo doble, la curiosidad... y la esperanza de derrumbar ese muro. ¿Puede contarme el resto? Si digo que sí en vez de no, ¿cuánto tiempo estaré allí, y en qué condiciones? ¿Qué oportunidades tengo de volver a salir? ¿Cómo entraría?

Candler repuso lentamente:

- Vine, ya no estoy seguro de querer asignarle la misión. Olvidemos el asunto.

- De ningún modo. Por lo menos, no hasta que conteste a mis preguntas.

- De acuerdo. Ingresaría anónimamente, de forma que nadie pudiese criticarle si la historia resultara falsa. En caso contrario, podría explicar toda la verdad... incluida la confabulación del doctor Randolph para hacerle entrar y salir nuevamente. Entonces, el secreto ya no será tal.

» Podría descubrir lo que quiere en unos cuantos días... y, de todos modos, no se quedaría allí más de dos semanas.

- ¿Cuántos residentes del manicomio sabrían mis intenciones, aparte de Randolph?

- Ninguno. - Candler se inclinó hacia delante y alzó cuatro dedos de la mano izquierda - Sólo cuatro personas estarían al corriente. Usted. - Señaló un dedo -. Yo. - El segundo -. El doctor Randolph - El tercer dedo -. Y otro de nuestros periodistas.

- No es que tenga nada que oponer, pero ¿por qué otro periodista?

- Sería un intermediario, en dos aspectos. Primero, le acompañaría a visitar a un psiquiatra; Randolph nos recomendará alguno que será relativamente fácil de engañar. Se hará pasar por su hermano y solicitará que le examinen. Usted convencerá al psiquiatra de que está chalado y él lo certificará. Se necesitan dos médicos para recluirle, pero Randolph será el segundo. Su supuesto hermano querrá que Randolph sea el segundo.

- ¿Todo esto bajo un nombre falso?

- Si lo prefiere... Claro que no hay razón para que sea así...

- Lo prefiero. Naturalmente, no quiero que se publique. Diga a todos los de aquí..., excepto mi... oiga, en este caso no tendríamos que inventarnos un hermano. Charlie Doerr, de Circulación, es primo hermano mío y mi pariente más próximo. Podría servir ¿verdad?

- Desde luego. En ese caso, tendría que hacer de intermediario para todo lo demás. Visitarle en el manicomio y traer todo lo que usted quiera enviar.

- Y si en un par de semanas no he descubierto nada, ¿me salvará?

Candler asintió.

- Se lo diré a Randolph; él le entrevistará y dictaminará su curación, para que pueda salir. Vuelve aquí y habrá estado de vacaciones. Eso es todo.

- ¿Qué clase de locura debo fingir que tengo?

Le pareció observar que Candler se contorsionaba ligeramente en su asiento.

- Bueno... ¿y si recurriéramos a Napoleón? Según el doctor Randolph me dijo, la paranoia es una forma de locura que no tiene síntomas físicos. No es más que una ilusión apoyada en una estructura de racionalización. Un paranoico puede estar perfectamente cuerdo en todos los sentidos menos en uno.

Miró a Candler y vio que esbozaba una sonrisa irónica.

- ¿Así que debo creer que soy Napoleón?

Candler hizo un gesto ambiguo.

- Escoja su propia personalidad. Sin embargo ¿no le parece que ésta resulta más natural? Es decir, los muchachos de la oficina siempre le llaman Napi, cuando quieren bromear un poco, y... - Terminó débilmente -: y todo lo demás.

Y entonces Candler le miró fijamente.

- ¿Quiere hacerlo?

- Creo que sí. Se lo confirmaré mañana por la mañana, después de haberlo consultado con la almohada, pero, extraoficialmente, es que sí. ¿Le parece bien?

Candler asintió.

- Me tomo el resto de la tarde libre; iré a la biblioteca para informarme sobre la paranoia. De todos modos, no tengo otra cosa que hacer. Y esta misma noche hablaré con Charlie Doerr. ¿De acuerdo?

- Estupendo. Gracias.

Sonrió a Candler. Se acodó en la mesa de éste y dijo:

- Ahora que las cosas han llegado hasta este punto, voy a confiarle un pequeño secreto. No se lo diga a nadie. ¡Soy Napoleón!  
Esto constituía un buen remate, así que salió.

2

Recogió el abrigo y el sombrero y salió a la calle, pasando del aire refrigerado al ardiente sol. Pasó del tranquilo manicomio que es la redacción de un periódico después de cerrar una edición, al manicomio más tranquilo de las calles en una bochornosa tarde julio.

Se retiró el sombrero panamá de la frente y se enjugó las gotas de sudor con un pañuelo. ¿Adónde iba? No pensaba ir a la biblioteca para estudiar lo referente a la paranoia; esto había sido una excusa para tener el resto de la tarde libre. Hacía más de dos años que había leído todos los libros sobre paranoia - y temas afines - que había en la biblioteca. Era un experto en la materia. Podía engañar a cualquier psiquiatra del país y hacerle creer que estaba cuerdo... o loco.

Se dirigió hacia el parque que había al norte de la ciudad y se sentó en uno de los bancos situados a la sombra. Dejó el sombrero en el banco y volvió a enjugarse el sudor de la frente.

Contempló abstraídamente la gran extensión de césped, de un verde intenso bajo los rayos del sol, que se extendía a sus pies, las palomas y su absurda forma de andar moviendo la cabeza, y la roja ardilla que bajó por el tronco de un árbol, miró a su alrededor y se escabulló detrás del mismo árbol.

Y volvió a pensar en el muro de amnesia de tres años antes.

Un muro que no era un muro en absoluto. La frase le intrigó: un muro que no era un muro en absoluto. Palomas sobre el césped, ¡qué lástima! Un muro que no era un muro en absoluto.

No era un muro en absoluto; era un cambio, un brusco viraje. Una línea trazada entre dos vidas. Veintisiete años antes del accidente. Tres años desde el accidente.

No formaban parte de la misma vida.

Pero nadie lo sabía. Hasta aquella tarde no había insinuado la verdad - en caso de que fuera la verdad - a nadie. Recurrió a ello para dejar el despacho de Candler, sabiendo que Candler lo tomaría como una broma. De todos modos, había que tener cuidado si repetía con frecuencia una broma así, la gente empezaría a dudar.

El hecho de que las numerosas lesiones producidas por el accidente hubieran incluido una mandíbula rota era la causa de que actualmente estuviese en libertad y no en un manicomio. Esa mandíbula rota - la tenía enyesada cuando recobró el conocimiento cuarenta y ocho horas después de chocar de frente con un camión a quince kilómetros de la ciudad - le impidió hablar durante tres semanas.

Y al cabo de esas tres semanas, a pesar del dolor y la confusión que le atenazaban, había tenido la oportunidad de reflexionar con calma. Inventó el muro. La amnesia, la oportuna amnesia que resultaba mucho más creíble que la verdad.

Pero ¿acaso lo que él creía era la verdad?

Este era el fantasma que le había rondado durante los últimos tres años, desde el momento en que se despertó en una habitación completamente blanca y vio a un desconocido, vestido de forma muy extraña, sentado junto a su cama, una cama como jamás había visto en ningún hospital de campaña. Una cama con un armazón en la parte superior. Y cuando apartó la mirada del desconocido y la posó sobre su propio cuerpo, vio que le habían enyesado una pierna y ambos brazos, y que tenía la pierna levantada y sujeta a una polea por medio de una cuerda.

Trató de abrir la boca para preguntar dónde estaba, y que le había sucedido, y fue entonces cuando descubrió el yeso que le inmovilizaba la mandíbula.

Miró fijamente al desconocido con la esperanza de que éste le proporcionara la información que deseaba, y el desconocido le sonrió y le dijo:

- Hola, George. Ya estás de nuevo con nosotros ¿eh? Te pondrás bien.

Notó algo extraño en el idioma... hasta que descubrió lo que era. Inglés. ¿Acaso se hallaba en poder de los ingleses? Era un idioma que no dominaba pero comprendió perfectamente al desconocido ¿Por qué le había llamado George?

Es posible que sus dudas, algo de su enorme estupefacción, se reflejaran en sus ojos, porque el desconocido se acercó más a la cama y dijo:

- Quizá aún estés un poco confundido, George. Has tenido un accidente. Tu cupé chocó con un camión. Esto fue hace dos días y hasta ahora no habías recobrado el conocimiento. Estás bien, pero tendrás que quedarte unos días en el hospital, hasta que se suelden todos los huesos que te has roto. Nada serio.

Entonces le sobrevino un acceso de dolor que borró toda su confusión, y cerró los ojos.

Otra voz dijo:

- Vamos a ponerle una inyección, señor Vine. - No se atrevió a abrir los ojos. Era más fácil luchar contra el dolor sin ver nada.

Sintió el pinchazo de una aguja en el brazo. Casi en seguido dejó de experimentar sensación alguna.

Cuando volvió nuevamente en sí - doce horas después, según le dijeron -, se encontró en la misma habitación blanca, y la misma extraña cama, pero esta vez había una mujer en la habitación, una mujer vestida con un extraño traje blanco, que miraba un papel sujeto a una tablilla a los pies de la cama.

Ella le sonrió al ver que había abierto los ojos. Le dijo:

- Bueno días, señor Vine. Espero que ya se encuentre mejor. Voy a decir al doctor Holt que se ha despertado.

Se marchó y regresó con un hombre que iba tan extrañamente vestido como el desconocido que le había llamado George.

El doctor le miró y se echó a reír.

- Por una vez tengo un paciente que no puede contestarme. Ni siquiera puede escribir una nota. - Después se puso serio - ¿Le duele algo? Parpadee una vez si no le duele nada y dos, si siente dolor.

El dolor no era muy fuerte, así que parpadeó una vez. El doctor asintió con satisfacción.

- Ese primo suyo - dijo - ha venido a verle. Se alegrará de saber que pronto estará en posición de... de escuchar, ya que no puede hablar. Le diré que venga un rato esta tarde.

La enfermera le alisó las sábanas y después, compasivamente, ella y el médico le dejaron solo, para que ordenara sus caóticos pensamientos.

¿Ordenarlos? Esto había tenido lugar hacía tres años, y aún no había sido capaz de ordenarlos.

El sorprendente hecho de que todos hablaran inglés y que él entendiera perfectamente esa bárbara lengua, pese a sus escasos conocimientos de ella. ¿Cómo era posible que un accidente le hubiese capacitado para entender un idioma que sólo conocía superficialmente?

El sorprendente hecho de que le llamaran por un nombre distinto. «George» fue el nombre utilizado por el desconocido que se hallaba junto a su lecho la noche anterior. La enfermera le había llamado «señor Vine». George Vine, un nombre inglés sin duda.

Pero había algo mil veces más sorprendente que cualquiera de esas dos cosas: lo que el desconocido de la noche anterior (¿podía ser el «primo» del que el médico le había hablado?) le había dicho respecto al accidente: «Tu cupé chocó con un camión»

Lo realmente asombroso, lo contradictorio, es que él sabía lo que significaban las palabras «cupé» y «camión». No es que recordara haber conducido ninguno de ellos, ni el accidente en sí, ni ninguna otra cosa a partir del momento en que tomara asiento en su tienda después de Lodi... pero... pero ¿cómo era posible que la imagen de un cupé, un

vehículo impulsado por un motor de gasolina, formara parte de sus recuerdos, si tal concepto jamás había figurado en su mente?

Lo más horrible era aquella loca mezcla de dos mundos, uno de ellos, nítido, claro y definido. El mundo en el cual había vivido durante veintisiete años, el mundo en el cual había nacido veintisiete años antes, el 15 de agosto de 1769, en Córcega. El mundo en el cual se había acostado - parecía que fuese la noche anterior - en su tienda de Lodi, como general del Ejército en Italia, tras su primera victoria importante en el campo de batalla.

Por otra parte, estaba aquel inquietante mundo en el que se había despertado, este mundo blanco en el que se hablaba inglés, un inglés que - pensándolo bien - era distinto del que había oído en Brienne, Valence, Toulon, y que, sin embargo, entendía a la perfección y estaba seguro de poder hablar si no tuviera la mandíbula enyesada. Este mundo en el que todos le llamaban George Vine, y en el cual todos utilizaban palabras que él no sabía, que no podía lógicamente saber, pero que producían imágenes en su mente.

Cupé, camión. Eran dos formas distintas de - la palabra acudió espontáneamente a su memoria - automóviles. Se concentró en lo que era un automóvil y en cómo funcionaba, y descubrió que poseía esa información. El bloque de cilindros, los pistones impulsados por explosiones de vapor de gasolina, encendido por la chispa de electricidad producida por un generador...

La electricidad. Abrió los ojos y alzó la vista hacia la lámpara que colgaba del techo, y supo, de alguna manera, que era una luz eléctrica, y se dio cuenta de que tenía una noción general de lo que era la electricidad.

El italiano Galvani... sí, había leído algo respecto a los experimentos de Galvani, pero éstos no habían desembocado en nada tan práctico como aquella luz. Y, mientras contemplaba aquella luz amortiguada por la pantalla, vio energía hidráulica accionando dinamos, muchos kilómetros de cables, motores accionando generadores... Contuvo la respiración ante el concepto que le proporcionaba su propia mente, o parte de su propia mente.

Los confusos e inseguros experimentos de Galvani, con sus débiles corrientes y ranas que pataleaban, apenas habían presagiado el obvio misterio de aquella luz que brillaba en el techo; y esto era precisamente lo más extraño; una parte de su mente lo encontraba misterioso y la otra parte lo consideraba normal y comprendía su funcionamiento de un modo general.

La luz eléctrica fue inventada por Thomas Alva Edison alrededor de... ¡Ridículo!, había estado a punto de decir alrededor de 1900, y sólo era el año 1796.

Entonces fue cuando se dio cuenta de lo más horrible de todo e intentó - con grandes dolores y en vano - incorporarse en la cama. Si su memoria no le engañaba, fue en 1900, y Edison falleció en 1931... Y un hombre llamado Napoleón Bonaparte murió ciento diez años antes de esa fecha, en 1821.

Entonces estuvo a punto de volverse loco.

Y, loco o cuerdo, únicamente el hecho de no poder hablar le salvó del manicomio; le dio tiempo para reflexionar, tiempo para comprender que su única oportunidad residía en fingir amnesia, en fingir que no recordaba nada de su vida anterior al accidente. No te recluyen en un manicomio por sufrir de amnesia. Te dicen quién eres, te dejan reanudar lo que dicen que era tu vida anterior. Te dejan atar cabos, mientras intentas recordar.

Era lo que había hecho hacía tres años. Ahora, al día siguiente, iría a un psiquiatra y le diría que el era... ¡Napoleón!

Los rayos del sol eran más oblicuos a cada minuto que transcurría. En el cielo, un avión alteró la quietud reinante con sus zumbidos; alzó la vista y se echó a reír silenciosamente,

en su interior, con una risa que no tenía nada que ver con la locura. Una risa verdadera, porque surgía de la concepción de Napoleón Bonaparte viajando en un avión como aquél y de la abrumadora incongruencia de esa idea.

Entonces pensó que no recordaba haber viajado nunca en avión. Quizá George Vine lo hubiese hecho; en algún momento de sus veintisiete años de vida, tenía que haberlo hecho. Pero ¿acaso eso significaba que él hubiera viajado en uno? Esta era una pregunta que formaba parte de la gran pregunta.

Se levantó y empezó a andar nuevamente. Eran casi las cinco; Charlie Doerr no tardaría en abandonar la sede del periódico e ir a su casa para cenar. Lo mejor sería telefonar a Charlie y asegurarse de que estaría en su casa aquella noche.

Se dirigió al bar más cercano y telefoneó; Charlie Doerr no tardó más de un minuto en ponerse al aparato. Dijo:

- Soy George; ¿estarás en casa esta noche?

- Desde luego, George. Iba a una partida de cartas, pero la he cancelado al saber que irías a verme.

- ¿Al saber que...? Oh, ¿te lo ha dicho Candler?

- Sí. Oye, no sabía que me telefonarías porque entonces habría llamado a Marge, pero ¿qué te parece si salimos a cenar? Ella no tendrá ningún inconveniente; puedo llamarla ahora, si tu puedes.

- No, gracias, Charlie. Tengo un compromiso para cenar. Y, escucha, sobre la partida de cartas, puedes ir. Yo pasaré por tu casa hacia las siete y no es necesario que hablemos toda la noche; una hora será suficiente. De todos modos, tú no saldrías antes de las ocho.

- No te preocupes - dijo Charlie -; no tengo ningún empeño en salir, y tú hace mucho tiempo que no sales. Así que nos veremos a las siete, ¿de acuerdo?

Desde la cabina telefónica, se acercó a la barra y pidió una cerveza. Se preguntó por qué había declinado la invitación a cenar; probablemente porque, de un modo subconsciente, deseara estar solo un par de horas más antes de hablar con nadie, incluso con Charlie y Marge.

Bebió la cerveza a pequeños sorbos, porque quería hacerla durar; aquella noche tenía que estar sereno, muy sereno. Aún tenía tiempo para cambiar de opinión; se había dejado una puerta abierta, aunque pequeña. Aún podía hablar con Candler a la mañana siguiente y decirle que había resuelto no hacerlo.

Por encima del borde del vaso, se contempló en el espejo que había detrás de la barra. Bajo, rubio, con pecas en la nariz, corpulento. Lo de bajo y corpulento encajaba a la perfección, pero el resto... Ni el parecido más remoto.

Bebió lentamente otra cerveza, y así dieron las cinco y media.

Salió y reanudó su paseo, esta vez hacia la ventana del tercer piso por la que estaba mirando cuando Candler le hizo llamar. Se preguntó si alguna vez volvería a sentarse junto a esa ventana para contemplar la tarde bañada por el sol.

Quizá sí. Quizá no.

Pensó en Clare. ¿Deseaba verla aquella noche?

Pues no, sinceramente, no. Pero si desaparecía durante una o dos semanas sin despedirse de ella, ya podía darla por perdida.

No tenía opción.

Se detuvo en un drugstore y telefoneó a su casa.

- Clare, soy George - dijo -. Escucha, mañana tengo que irme de viaje por un asunto del periódico; no sé cuánto tiempo estaré fuera. Se trata de una de esas cosas que tanto pueden durar días como semanas. ¿Podemos vernos a última hora, para despedirnos?

- Claro que sí, George. ¿A qué hora?

- Podría ser después de las nueve, aunque no mucho. ¿Te parece bien? Primero tengo que ver a Charlie, por negocios; quizá no pueda escaparme antes de las nueve.

- Desde luego, George. Cuando tú quieras.

Se detuvo frente a un puesto de hamburguesas, pese a no tener apetito, y consiguió tomar un bocadillo y un pedazo de tarta. Así dieron las seis menos cuarto y, si iba andando hasta casa de Charlie, llegaría a la hora fijada. Así que fue andando.

El propio Charlie le abrió la puerta. Llevándose un dedo a los labios, hizo un gesto con la cabeza en dirección a la cocina, donde Marge estaba lavando los platos. Susurró:

- No le he dicho nada a Marge, George. Se preocuparía.

Habría querido preguntar a Charlie por qué iba a preocuparse, pero no lo hizo. Quizá tuviera miedo de la respuesta. Significaría que Marge ya se preocupaba por él, y esto era mala señal. El creía haber desempeñado muy bien su papel a lo largo de los tres últimos años.

De todos modos, no pudo preguntar nada, pues Charlie le condujo en seguida al salón y la cocina estaba al lado. Mientras tanto, Charlie le dijo:

- Me alegro de que hayas decidido venir a jugar una partida de ajedrez, George. Marge tiene que salir esta noche; quiere ver no sé qué película. Yo iba a esa partida de cartas por una cuestión de legítima defensa, pero no me apetecía nada.

Sacó el tablero y las piezas de un armario y lo colocó sobre la mesita auxiliar.

Marge entró con una bandeja en la que había dos grandes vasos llenos de cerveza y la dejó al lado del tablero. Dijo:

- Hola, George. Me he enterado de que te vas un par de semanas.

El asintió.

- Lo malo es que no sé dónde. Candler, el director, me ha preguntado si podía encargarme de un asunto fuera de la ciudad, y yo le he sido que sí pero no hablaremos hasta mañana.

Charlie tenía las dos manos extendidas, con un peón en cada una de ellas, y cuando tocó la mano izquierda de Charlie, palideció. Movié un peón hacia el rey y, cuando Charlie hizo lo mismo, adelantó el peón de la reina.

Marge se retocaba el sombrero frente al espejo. Dijo:

- Bueno, George, si ya te has ido cuando vuelva, hasta pronto y buena suerte.

- Gracias, Marge. Adiós.

Hizo unos cuantos movimientos antes de que Marge se acercara, dispuesta para irse, besara a Charlie, y después le besara a él en la frente. Dijo:

- Cuídate mucho, George.

Su mirada se cruzó con la de los azules ojos de Marge y pensó: «Está preocupada por mí». Eso le asustó un poco.

En cuanto la puerta se hubo cerrado tras ella, dijo:

- No es necesario que acabemos la partida, Charlie. Vayamos al grano, porque he quedado con Clare a las nueve. No sé cuánto tiempo estaré fuera, así que no puedo irme sin despedirme de ella.

Charlie alzó la vista hacia él.

- ¿Acaso lo de Clare es serio, George?

- No lo sé.

Charlie cogió su cerveza y tomó un sorbo. De repente adoptó una voz brusca y práctica. Dijo:

- De acuerdo, vayamos al grano. Mañana por la mañana tenemos hora a las nueve para ver a un tipo llamado Irving, el doctor W.E. Irving, del Edificio Appleton. Es psiquiatra; el doctor Randolph nos lo ha recomendado.

» Le he telefoneado esta tarde después de hablar con Candler; Candler ya había telefoneado a Randolph. Le di mi verdadero nombre. Mi historia ha sido ésta: tengo un primo que últimamente se comporta de una forma muy extraña y con el cual deseo que tenga un cambio de impresiones. No le he dado el nombre de mi primo. Tampoco le he dicho en qué sentido te comportabas de un modo extraño; he esquivado la pregunta y le

dicho que prefería que juzgara por sí mismo y sin ninguna clase de prejuicios. Le he explicado que te había convencido para visitar a un psiquiatra y que el único que yo conocía era Randolph; que había telefoneado a Randolph, que éste me había dicho que ya no ejercía privadamente y me había recomendado a Irving. Le he dicho que era tu pariente más próximo.

» Eso deja vía libre a Randolph para ser el segundo médico del certificado. Si logras convencer a Irving de que estás realmente loco y él quiere firmar tu reclusión, puedo insistir en que te vea Randolph, a quien quería desde el principio. Y, esta vez, como es natural, Randolph accederá.

- ¿No has dicho absolutamente nada respecto a la clase de locura que sospechas que tengo?

Charlie meneó la cabeza. Repuso:

- Así que, de todos modos, ninguno de los dos iremos al Blade mañana por la mañana. Me iré de casa a la hora de siempre para que Marge no haga preguntas, y nos encontraremos en el centro - digamos, en el vestíbulo del Christina - a las once menos cuarto. Si logras convencer a Irving de que has de ser recluso - si es que ésa es la palabra correcta -, llamaremos inmediatamente a Randolph y mañana estará todo arreglado.

- ¿Y si cambio de opinión?

- Telefonaré para decir que no vamos. Eso es todo. Oye, ¿verdad que no hay nada más que hablar? Terminemos esa partida de ajedrez; no son más que las siete y veinte.

El meneó la cabeza.

- Prefiero seguir hablando, Charlie. Te has olvidado de una cosa; pasado mañana. ¿Con qué frecuencia irás a verme para recoger los boletines de Candler?

- Oh, es verdad, lo había olvidado. Todos los días de visita... tres veces por semana: lunes, miércoles, y viernes por la tarde. Mañana es viernes, de modo que si consigues entrar, el lunes será el primer día que pueda visitarte.

- De acuerdo. Dime. Charlie, ¿te ha insinuado algo Candler respecto a la historia por la que debo entrar ahí?

Charlie Doerr meneó lentamente la cabeza.

- Ni una palabra. ¿De qué se trata? ¿Acaso es demasiado secreta para que hables de ella?

Miró fijamente a Charlie, sumido en un mar de dudas. Y de pronto comprendió que no podía decirle la verdad: que él tampoco sabía nada. Pasaría por un tonto. No pareció una tontería cuando Candler le dio la razón - una razón, de todos modos - para no decírselo, pero ahora sí que lo parecería.

Repuso:

- Si él no te ha explicado nada, me imagino que yo tampoco debo hacerlo, Charlie. - Y como esto no le pareció demasiado convincente, añadió -: Se lo he prometido a Candler.

Habían vaciado los dos vasos de cerveza y Charlie se los llevó a la cocina para llenarlos de nuevo.

El siguió a Charlie, pues prefería la informalidad de la cocina. Se sentó a horcajadas en una silla de la cocina, acodándose en el respaldo, y Charlie se apoyó en el frigorífico.

Charlie dijo:

- ¡Prosit!

Ambos bebieron, y después Charlie preguntó:

- ¿Ya has pensado la historia que le contarás al doctor Irving?

El asintió.

- ¿Te ha contado Candler lo que debo decirle?

- ¿Que eres Napoleón? - contestó Charlie, reprimiendo una carcajada.

¿Por qué le dio la impresión de que su hilaridad era fingida? Miró a Charlie, y comprendió que lo que pensaba resultaba completamente increíble. Charlie era una

persona franca y sincera. Charlie y Marge eran sus mejores amigos; habían sido amigos suyos durante tres años. Según Charlie, mucho tiempo más, muchísimo más. Pero de lo ocurrido antes de esos tres años... él no podía dar fe.

Se aclaró la garganta para darse ánimos. Tenía que preguntar, tenía que asegurarse.

- Charlie. voy a preguntarte algo que quizá te extrañe. ¿Estáis actuando honestamente?

- ¿Qué?

- Ya sé que es una pregunta extraña. Pero... mira, tú y Candler no creéis que estoy loco, ¿verdad? No habréis ideado todo esto entre los dos para recluirme - o, por lo menos, examinarme - sin que yo sepa lo que ocurre, hasta que sea demasiado tarde ¿verdad?

Charlie le miró fijamente. Dijo:

- Vamos, George, no me creerás capaz de hacerte una cosa así, ¿verdad?

- No, claro que no. Pero... quizá pensaras que era por mi propio bien, y eso podría haberte decidido. Escucha, Charlie, si estoy en lo cierto, si realmente piensas eso, déjame decirte que no es justo. Mañana iré a un psiquiatra para mentirle, para tratar de convencerle de que tengo alucinaciones. No para ser sincero con él. Y eso sería una gran injusticia. Lo comprendes, ¿verdad, Charlie?

Charlie palideció ligeramente. Repuso:

- Te juro, George, que no es nada de eso. Todo lo que yo sé es lo que Candler y tú me habéis dicho.

- ¿Crees que estoy cuerdo, absolutamente cuerdo?

Charlie se humedeció los labios. Dijo:

- ¿Quieres saber la verdad?

- Sí.

- Nunca lo he dudado, hasta este momento. A menos que... bueno, la amnesia es una forma de aberración mental, y tú no has podido superarla pero esto no es lo que tú querías decir, ¿verdad?

- No.

- En este caso, hasta ahora mismo... George, eso tiene todo el aspecto de una manía persecutoria, si es que realmente pensabas lo que me has preguntado. Una conspiración para... ¿Es que no te das cuenta de lo ridículo que es? ¿Qué razón podríamos tener Candler y yo para mentirte y querer recluirte?

El contestó:

- Lo siento, Charlie. Ha sido una idea absurda. No, claro que no lo creo. - Lanzó una ojeada a su reloj -. Terminaremos esa partida de ajedrez, ¿quieres?

- Estupendo. Espera a que llene otra vez los vasos.

Jugó distraídamente y consiguió perder al cabo de quince minutos. Declinó el ofrecimiento de Charlie para una revancha y se recostó en el sillón.

Dijo:

- Charlie, ¿has visto alguna vez unas piezas de ajedrez que sean rojas y negras?

- N-no. O blancas y negras, o rojas y blancas. ¿Por qué?

- Bueno... - sonrió -. Me imagino que no tendría que decírtelo, después de hacerte dudar sobre si estoy cuerdo o no, pero es que últimamente he tenido varias veces el mismo sueño. No es que sea más descabellado que otro sueño cualquiera, pero lo raro es que se repite una y otra vez. Es algo sobre una partida entre rojas y negras; ni siquiera estoy seguro de que sea ajedrez. Ya sabes lo que pasa cuando sueñas; las cosas parecen tener sentido aunque sean absurdas. En el sueño no me pregunto si las piezas rojas y negras son de ajedrez o no; lo sé, lo supongo, o creo saberlo. Pero cuando me despierto no lo recuerdo. ¿Sabes lo que quiero decir?

- Desde luego. Continúa.

- Bueno, Charlie, he estado pensando que quizá tenga algo que ver con o que hay al otro lado de un muro de amnesia que jamás he podido derribar. Esta es la primera vez en

mi... bueno, no en mi vida, quizá, pero si en los tres años que recuerdo de ella, en que tengo varias veces el mismo sueño. Me pregunto si..., si no es un indicio de que estoy empezando a recobrar la memoria.

» ¿He tenido alguna vez un juego de fichas rojas y negras, por ejemplo? O bien, en mi colegio, ¿tenían competiciones de baloncesto o béisbol entre equipos rojos y negros, o... algo por el estilo?

Charlie reflexionó unos minutos antes de menear la cabeza.

- No - dijo -, no recuerdo nada parecido. Claro que en las ruletas hay rojo y negro... rouge et noir. También son los colores de una baraja de cartas.

- No. Estoy completamente seguro de que no tiene nada que ver con las cartas ni con la ruleta. No es... nada de este estilo. Es un juego entre las rojas y las negras. En cierto modo, ellas son los jugadores. Piénsalo, Charlie; no en donde tú habrías podido asimilar esa idea, sino en donde yo habría podido.

Vio que Charlie reflexionaba y, al cabo de un rato, le dijo:

- Está bien, no sigas estrujándote el cerebro, Charlie. A ver si te dice algo esto: El brillante fulgor.

- El brillante fulgor, ¿de qué?

- Sólo esas palabras: el brillante fulgor. ¿Significan algo para ti?

- No.

- Está bien - dijo -; olvídale.

4

Llegó temprano y dejó atrás la casa de Clare, llegando hasta la esquina, donde se detuvo bajo el gran olmo que allí había, para fumar el resto de su cigarrillo, mientras reflexionaba sombríamente.

En realidad, no había nada que pensar; lo único que tenía que hacer era despedirse de ella. Unas cuantas palabras. Y rehuir sus pregunta acerca del lugar a donde iba, y cuánto tiempo se quedaría. Tenía que mostrarse tranquilo e indiferente, como si no significaran absolutamente nada el uno para el otro.

Tenía que ser así. Conocía a Clare Wilson desde hacía un año y medio, y habían estado saliendo durante todo ese tiempo; no era justo. Esto debía ser el final, por el bien de ella. No tenía derecho a pedir a una mujer que se casara con él... ¡un loco que creía ser Napoleón!

Tiró el cigarrillo y lo aplastó furiosamente con la punta del zapato; después retrocedió hasta la casa, subió los escalones del porche, y tocó el timbre.

La propia Clare le abrió la puerta. la luz procedente del recibidor confirmó un brillo dorado a su cabello, que rodeaba su cara en sombras.

Deseó con tantas fuerzas tomarla entre sus brazos que le costó un verdadero esfuerzo mantener los brazos estirados a lo largo del cuerpo.

Estúpidamente, dijo:

- Hola, Clare ¿Cómo van las cosas?

- No lo sé, George. ¿Cómo van las cosas? ¿No piensas entrar?

Se retiró del umbral para dejarle pasar y la luz iluminó su cara, dulcemente seria. Sabía que ocurría algo desusado, pensó él; su expresión y tono de voz se lo revelaron.

No quería entrar. Dijo:

- Hace una noche preciosa Clare. Demos un paseo.

- De acuerdo, George - Salió al porche -. Una noche preciosa, y unas estrellas maravillosas. - Se volvió hacia él y lo miró -. ¿Alguna de ellas es tuya?

El se sobresaltó ligeramente. Después dio un paso adelante y la cogió por el codo, para ayudarla a bajar los escalones del porche. Contestó:

- Todas son mías. ¿Quieres comprar una?

- ¿Es que no me la regalarías? ¿Ni una muy pequeñita? Me conformaría con una que tuviera que mirar con un telescopio.

Se encontraron en la acera, dónde ya nadie podía oírles, y su voz cambió bruscamente, perdiendo la nota festiva que tenía, para preguntar:

- ¿Qué sucede, George?

El abrió la boca para contestar que no sucedía nada, pero volvió a cerrarla. No podía decirle una mentira, pero tampoco podía decirle la verdad. El hecho de que ella le hubiese formulado esta pregunta de ese modo, tendría que haber simplificado las cosas, sin embargo, las hizo más difíciles.

Le hizo otra pregunta:

- Tienes la intención de despedirte... para siempre, ¿verdad, George?

El repuso:

- Sí. - Tenía la boca seca. No sabía si esa única palabra había salido como un articulado monosílabo o no, de modo que se humedeció los labios y lo intentó de nuevo -; Sí, me temo que sí, Clare.

- ¿Por qué?

No tuvo el valor de mirarla, así que siguió con la vista fija en el infinito. Dijo:

- N-no puedo decírtelo, Clare, pero debo hacerlo. Es lo mejor para ambos.

- Dime una cosa, George. ¿Es verdad que te vas o sólo era... una excusa?

- Es verdad. Me voy; no sé por cuánto tiempo. No me preguntes adónde, por favor. No puedo decírtelo.

- Quizá yo sí que pueda, George. ¿Te importa que lo haga?

Le importaba, le importaba mucho. Pero ¿cómo iba a decírselo? No contestó, porque tampoco podía decir que sí.

Habían llegado al parque, el reducido parque del barrio que sólo ocupaba una manzana de extensión y no ofrecía demasiada intimidad, pero que tenía bancos. El la siguió hacia allí... o quizá fue ella y tomaron asiento en un banco. Había otras personas en el parque, pero no demasiado cerca. El aún no había contestado su pregunta.

Ella se sentó muy cerca de él, y comentó:

- Estás preocupado por tu estado mental, ¿verdad, George?

- Pues... sí, en cierto modo, sí, es verdad.

- Y tu viaje tiene algo que ver con eso, ¿no es así? ¿Vas a algún sitio para someterte a observación o tratamiento, o las dos cosas?

- Algo por el estilo. No es tan sencillo como todo esto, Clare, y yo... no puedo explicarte de qué se trata.

Ella apoyó una mano sobre las suyas, que descansaban sobre sus rodillas. Dijo:

- Sabía que era algo por el estilo, George, y no te pido que me expliques nada. Lo único que pido es que no me digas lo que querías decirme. Dime «hasta la vista» en vez de «adiós». Ni siquiera me escribas, si no quieres, pero no seas tan noble ni termines con todo en este mismo momento, pensando en mi bien. Por lo menos espera a que regreses. ¿De acuerdo?

El tragó saliva. ¡Ella lo presentaba todo de una forma tan sencilla cuando, en realidad, era tan complicado! Tristemente, respondió:

- Está bien, Clare. Si tú lo prefieres...

Ella se levantó bruscamente:

- Volvamos, George.

El también se levantó.

- Aún es temprano.

- Lo sé, pero a veces... Bueno, es el momento psicológico más adecuado para separarnos. George. Sé que parece una tontería pero, después de lo que hemos dicho, ¿no sería - uh - un anticlímax... seguir...?

El se echó a reír. Dijo:

- Comprendo a lo que te refieres.

Regresaron a su casa en silencio. El no habría podido decir si fue un silencio feliz o desgraciado; estaba demasiado confundido para saberlo.

En el oscuro porche, delante de la puerta, ella se volvió y le miró.

- George - dijo.

Silencio.

- ¡Oh, George! Deja de ser tan noble o lo que sea. A menos, naturalmente que no me ames. A menos que esto sólo sea una complicada forma de... evasiva. ¿Lo ves?

Sólo había dos cosas que él pudiera hacer. Una era echar a correr como alma que lleva el diablo. La otra era hacer lo que hizo, la rodeó con sus brazos y la besó, apasionadamente.

Cuando terminó, y no se dio prisa en terminar, respiraba entrecortadamente y tenía las ideas confusas, pues se concentró diciendo lo que no pensaba decir.

- Te quiero, Clare. Te quiero; te quiero mucho.

Y ella contestó:

- Yo también te quiero, amor mío. Volverás a buscarme, ¿verdad?

Y él dijo:

- Sí, sí.

Ella vivía a unos seis kilómetros de la pensión donde él se alojaba, pero fue andando, y el paseo le pareció muy corto.

Se sentó junto a la ventana de su habitación, con la luz apagada, para pensar, pero sus pensamientos describían el mismo círculo cerrado que habían descrito durante tres años.

Fuera, en el exterior, las estrellas parecían relucientes diamantes en el cielo. ¿Sería una de ellas la estrella de sus destino? En ese caso, él la seguirá, la seguiría hasta el manicomio si es que le conducía hasta allí. En su interior existía la arraigada convicción de que aquello no era un accidente, que no podía considerarse una coincidencia el hecho de que le hubieran pedido que dijera la verdad bajo pretexto de una mentira.

La estrella de su destino.

¿El brillante fulgor? No, la frase de sus sueños no se refería a eso; no era una frase adjetiva, sino sustantiva. El brillante fulgor. ¿Qué era el brillante fulgor?

¿Y las rojas y las negras? Había pensado en todo lo que Charlie le sugiriese, y otras cosas también. Fichas de un juego de damas, por ejemplo. Pero no era eso.

Las rojas y las negras.

Bueno, cualquiera que fuese la respuesta, ahora se dirigía a toda velocidad hacia ella.

Al cabo de un rato se acostó, pero tardó mucho en quedarse dormido.

5

Charlie Doerr salió del despacho que ostentaba el letrero de «Privado» y alzó una mano. Dijo:

- Buena suerte, George. El doctor quiere hablar contigo.

Estrechó la mano de Charlie y repuso:

- Ya puedes marcharte. Nos veremos el lunes, el primer día de visita.

- Esperaré aquí - contestó Charlie -. Me he tomado el día libre ¿sabes? Además, quizá no tengas que ir.

Soltó la mano de Charlie y le miró fijamente a los ojos. Repuso lentamente:

- ¿A qué te refieres, Charlie... con eso de que quizá no tenga que ir?

- Verás... - Charlie parecía desconcertado -. Quizá te diga que estás bien, o te sugiera que vengas regularmente a verle hasta que te repongas, o... - Charlie terminó con un hilo de voz -: O algo por el estilo.

Incrédulamente, siguió mirando a Charlie. Habría querido gritar: «¿Estoy loco o lo estás tú?», pero hubiera sido una locura en aquellas circunstancias. Pero tenía que asegurarse

de que las palabras de Charlie no respondieran a sus más íntimos pensamientos; quizá hubiera caído en el papel que debía desempeñar al hablar con el médico. Preguntó:

- Charlie, ¿acaso no recuerdas que...? - El resto de la pregunta le pareció una locura, al ver la mirada inexpresiva de Charlie. La respuesta estaba en la cara del propio Charlie; no necesitaba que éste la tradujera en palabras.

Charlie volvió a decir:

- Esperaré, naturalmente. Buena suerte, George.

El miró a Charlie y asintió, después de lo cual dio media vuelta y entró en el despacho con el letrero de «Privado». Cerró la puerta, mientras estudiaba al hombre sentado tras la mesa, que se había levantado al verle entrar. Un hombre corpulento, de anchas espaldas y cabello gris.

- ¿El doctor Irving?

- Sí, señor Vine. ¿Quiere hacer el favor de sentarse?

Se dejó caer en el cómodo sillón tapizado que había al otro lado de la mesa del médico.

- Señor Vine - dijo el médico -, la primera de este tipo de entrevistas siempre resulta un poco difícil. Para el paciente, me refiero. Hasta que me conozca mejor, le será un poco difícil superar ciertas reticencias y hablar libremente de sí mismo. ¿Prefiere hablar, contarme cosas a su manera, o que yo le haga preguntas?

Lo pensó. Tenía una historia preparada, pero sus pocas palabras con Charlie en la sala de espera lo habían cambiado todo.

Repuso:

- Quizá sea mejor que me haga preguntas.

- Muy bien. - El doctor Irving tenía una pluma en la mano y una hoja de papel sobre la mesa, frente a sí -. ¿Dónde y cuando nació?

Suspiró profundamente.

- Si no me equivoco, nací en Córcega, el 15 de agosto de 1769. Naturalmente, no me acuerdo del momento de mi nacimiento. Sin embargo, recuerdo algunas cosas de mi adolescencia en Córcega. Estuvimos allí hasta que cumplí los diez años, y después me enviaron al colegio en Brienne.

En vez de escribir, el médico daba ligeros golpecitos en el papel con la punta de la pluma. Preguntó:

- ¿En qué año y qué mes estamos?

- En agosto de 1947. Sí, sé que debería tener ciento setenta y tantos años. Quizá desee saber cómo me explico este hecho. No me lo explico. Tampoco me explico el hecho de que Napoleón muriese en 1821.

Se recostó en el sillón y cruzó los brazos, alzando los ojos al techo.

- No trato de explicarme las paradojas y discrepancias. Las acepto como tales. Pero, según mi memoria, y aparte de los lógicos pros y contras, fui Napoleón durante veintisiete años. No le cansaré explicándole lo que ocurrió durante ese tiempo; todo consta en los libros de historia.

» Pero en 1796, después de la batalla de Lodi, mientras estaba al mando de los ejércitos en Italia, me acosté. Que yo sepa, no ocurrió nada extraño, me acosté con la intención de dormir un poco. Pero me desperté - habiendo perdido el sentido del tiempo - en un hospital de esta ciudad, y me informaron de que mi nombre era George Vine, de que estábamos en el año 1944, y de que yo tenía veintisiete años.

» Lo de los veintisiete años de edad encajaba, pero era lo único. Absolutamente lo único. No recuerdo nada sobre la vida de George Vine, antes de que él... de que yo me despertara en el hospital después del accidente. Ahora sé algunas cosas de su vida anterior, pero sólo porque me las han contado.

» Sé cuando y dónde nació, dónde fue al colegio, y cuando empezó a trabajar en el Blade. Sé cuándo se alistó en el ejército y cuándo fue licenciado - a finales de 1943 - a

causa de una lesión en la rodilla, producida por una herida en la pierna. No se la hizo en combate, y no había ninguna causa «psiconeurótica» en mí... en su licenciamiento.

El médico dejó de jugar con la pluma. Preguntó:

- ¿Hace tres años que se encuentra así... y lo ha mantenido en secreto?

- Sí. Después del accidente tuve tiempo para reflexionar, y entonces decidí aceptar lo que me dijeron acerca de mi identidad. Me habrían recluido, naturalmente. Después, he tratado de encontrar la solución. He estudiado la teoría del tiempo de Dunne... ¡e incluso de Charles Fort! - Esbozó una súbita sonrisa -. ¿Ha leído algo sobre Casper Hauser?

El doctor Irving asintió.

- Quizá tuviera razón al hacer lo mismo que hice yo. Me pregunto cuántas personas que dicen sufrir de amnesia han simulado ignorar lo ocurrido antes de cierta fecha... para no admitir que tenían recuerdos muy distintos de los hechos.

El doctor Irving dijo lentamente:

- Su primo me informa de que usted estaba bastante... ah... «entusiasmado» ha sido su palabra... con el tema de Napoleón antes del accidente. ¿Cómo se lo explica?

- Ya le he dicho que no me explico nada de nada. Pero puedo verificar ese hecho, aparte de lo que diga Charlie Doerr. Aparentemente yo - George Vine, si es que alguna vez he sido George Vine - se interesaba mucho por Napoleón, había leído sobre él, le había convertido en su héroe, y había hablado bastante de él. Tanto, que sus compañeros de trabajo del Blade le pusieron el apodo de «Napi».

- Observo que hace usted distinción entre usted y George Vine. ¿Son una misma persona o no?

- Lo hemos sido durante tres años. Antes... no recuerdo haber sido George Vine. No creo que lo fuera. Creo que yo, hace tres años, me desperté en el cuerpo de George Vine.

- Y ¿qué había hecho durante cien años y pico?

- No tengo ni la menor idea. No dudo que éste sea el cuerpo de George Vine, y con el he heredado sus conocimientos, a excepción de sus recuerdos personales. Por ejemplo, sé desempeñar su labor en el periódico, aunque no me acuerde de la gente con la que antes trabajaba allí. Poseo su dominio del inglés y su habilidad para escribir. Sé escribir a máquina. Mi caligrafía es igual que la suya.

- Si piensa que usted no es Vine, ¿cómo se lo explica?

Se inclinó hacia delante.

- Creo que una parte de mí es George Vine, y la otra no. Creo que ha ocurrido una transferencia que no tiene nada que ver con las demás experiencias humanas. Esto no significa necesariamente que sea sobrenatural... ni que yo esté loco, ¿verdad?

El doctor Irving no contestó. En cambio, preguntó:

- Por razones muy comprensibles, ha mantenido este asunto en secreto durante tres años. Ahora, supongo que por otras razones, ha decidido revelarlo. ¿Cuáles son estas otras razones? ¿Qué ha sucedido para que cambiara de actitud?

Esta era la pregunta que más le había preocupado.

Muy lentamente, repuso:

- Porque no creo en la casualidad. Porque la situación en sí ha cambiado. Porque estoy dispuesto a que me recluyan en calidad de paranoico para descubrir la verdad.

- ¿Qué ha cambiado en la situación?

- Ayer me sugirieron - mi director - que fingiera estar loco por una razón práctica. Y me sugirió que fingiera la locura que tengo en realidad, si es que la tengo. Desde luego, admito la posibilidad de que esté loco. Sin embargo, sólo puedo actuar sobre la base de que no lo esté. Usted sabe que es el doctor Willard E. Irving; puede actuar sobre esta base, pero ¿cómo sabe quién es? Quizá usted también esté loco, pero sólo puede actuar como si no lo estuviera.

- ¿Cree que su director forma parte de un complot - ah - contra usted? ¿Creé que hay una conspiración para recluirle en un manicomio?

- No lo sé. Esto es lo que ha sucedido desde ayer por la tarde. - Suspiró profundamente. Después, comenzó a hablar. Explicó al doctor Irving toda la historia de su entrevista con Candler, lo que Candler le dijo respecto al doctor Randolph, su conversación de la última noche con Charlie Doerr y el sorprendente cambio de conducta de Charlie en la sala de espera.

Cuando hubo terminado, añadió:

- Eso es todo. - Miró la inexpresiva cara del doctor Irving con más curiosidad que preocupación, tratando de adivinar sus pensamientos. Con indiferencia, dijo -: Es natural que no me crea. Usted piensa que estoy loco.

Le miró a los ojos, y prosiguió:

- No tiene opción... a menos que quiera creer que le estoy contando una serie de mentiras para convencerle de que estoy loco. Es decir que, como científico y psiquiatra, usted no puede admitir siquiera la posibilidad de que las cosas que yo creo - que yo sé - sean objetivamente ciertas. ¿Tengo razón o no?

- Me temo que sí. ¿Qué me sugiere?

- Que siga adelante y firme el certificado. Yo seguiré el juego hasta el final. Incluso me someteré al detalle de que el doctor Ellsworth Joyce Randolph sea el segundo en firmar.

- ¿No tiene ninguna objeción que hacer?

- ¿Acaso serviría de algo que la tuviera?

- En un aspecto, sí, señor Vine. Si un paciente tiene ciertos prejuicios - o manías - contra un psiquiatra en particular, es mejor que no se someta a sus cuidados. Si usted cree que el doctor Randolph forma parte de un complot contra usted, le sugiero que escoja otro.

El repuso serenamente:

- ¿Aunque yo eligiera a Randolph?

El doctor Irving agitó una mano.

- Naturalmente, si usted y el señor Doerr prefieren...

- Lo preferimos.

La cabeza de grisáceos cabellos asintió gravemente.

- Quiero que comprenda una cosa: si el doctor Randolph y yo decidimos que lo mejor para usted es que ingrese en un sanatorio, no será para recluirle permanentemente. Será para someterle a tratamiento.

El asintió.

El doctor Irving se puso en pie.

- ¿Quiere disculparme un momento? Voy a telefonar al doctor Randolph.

El doctor Irving entró en un despacho contiguo. Él pensó: «Aquí tiene un teléfono, pero no quiere que yo oiga la conversación»

Permaneció tranquilamente sentado hasta que el doctor Irving regresó y le dijo:

- El doctor Randolph puede recibirnos ahora mismo. He pedido un taxi para que nos lleve allí. ¿Querrá disculparme otra vez? Me gustaría hablar con su primo, el señor Doerr.

No se movió y ni siquiera volvió la cabeza para ver cómo el doctor salía. Podría haberse acercado a la puerta y tratado de oír la conversación que se desarrollaba en la sala de espera, pero no lo hizo. Permaneció sentado hasta oír que la puerta se abrió y la voz de Charlie decía:

- Vamos, George. El taxi ya debe de haber llegado.

Bajaron en el ascensor, y el taxi ya estaba frente al edificio. El doctor Irving dio la dirección.

En el taxi, cuando estaban a medio camino, comentó:

- Hace un día precioso.

Charlie se aclaró la garganta y repuso:

- Sí, es verdad.

Durante el resto del trayecto no volvió a decir nada, y los demás tampoco.

Llevaba unos pantalones grises y una camisa gris, abierta en el cuello y sin corbata con la que pudiera ahorcarse. Tampoco llevaba cinturón, por la misma causa, pero los pantalones se ajustaban tanto a su cintura que no había peligro de que se le cayeran. Tampoco había peligro de que él se cayera por ninguna ventana; tenían barrotes.

Sin embargo, no estaba en una celda; era un gran pabellón en la tercera planta. En el pabellón había otros siete hombres. Los observó. Dos de ellos jugaban al ajedrez, sentados en el suelo y con un tablero entre los dos. Uno estaba sentado en una silla, y miraba fijamente al infinito; otros dos se hallaban apoyados en los barrotes de una de las ventanas abiertas, mirando al exterior y hablando normalmente. Uno leía una revista. Otro estaba sentado en un rincón, tocando escalas en un piano que no se veía por ninguna parte.

El estaba apoyado en la pared, mirando a los otros siete. Hacía dos horas que se encontraba allí; le habían parecido dos años.

La entrevista con el doctor Ellsworth Joyce Randolph se desarrolló sin dificultades; prácticamente fue un duplicado de la mantenida con el doctor Irving. Y resultó evidente que el doctor Randolph jamás había oído hablar de él con anterioridad.

Era lo que él esperaba, naturalmente.

Ahora se sentía muy tranquilo. Había decidido que por el momento, no pensaría, no se preocuparía por nada, ni siquiera sentiría nada.

Se apartó de la pared y observó el desarrollo de la partida de ajedrez.

Era una partida de ajedrez normal; se seguían todas las reglas.

Uno de los jugadores alzó la vista y preguntó:

- ¿Cómo te llamas?

Era una pregunta perfectamente normal; lo único anormal era que este mismo hombre ya se la había formulado cuatro veces durante las dos últimas horas.

Contestó:

- George Vine.

- Yo me llamo Bassington, Ray Bassington. Llámame Ray. ¿Estás loco?

- No.

- Algunos de nosotros lo están y otros no. El lo está. - Miró al hombre que tocaba el imaginario piano -. ¿Sabes jugar al ajedrez?

- No muy bien.

- De acuerdo. Aquí se come muy temprano. Cualquier cosa que quieras saber, pregúntamela.

- ¿Cómo se sale de aquí? Espera, no es una broma, ni nada por el estilo. En serio, ¿cuál es el procedimiento?

- Compareces ante la junta una vez al mes. Te hacen preguntas y deciden si has de irte o quedarte. A veces te clavan agujas. ¿Qué ha pasado contigo?

- ¿Pasar conmigo? ¿A qué te refieres?

- ¿Imbecilidad, maníaco depresivo, demencia precoz, melancolía involutiva...?

- Oh. Paranoia, me imagino.

- Mala cosa. Es cuando te clavan agujas.

Se oyó un timbre.

- Es la cena - dijo el otro jugador de ajedrez -. ¿Has tratado de suicidarte alguna vez? ¿O de matar a alguien?

- No.

- Entonces, te dejarán comer en una mesa A, con cuchillo y tenedor.

En aquel momento abrieron la puerta de la sala. Se abrió hacia fuera, apareció un guardia y dijo:

- Adelante. - Todos salieron, excepto el hombre sentado en la silla que miraba al infinito.

- ¿Qué hay de él? - preguntó a Ray Bassington.

- Se perderá la cena. Es un maniaco depresivo, en plena etapa de depresión. Te dejan perder una comida; si no vas a la siguiente, se te llevan y te dan de comer. ¿Eres un maniaco depresivo?

- No.

- Tienes suerte. Es horrible cuando estás en baja forma. Por aquí, por esta puerta.

Era una habitación muy grande. Mesas y bancos estaban ocupados por hombres vestidos con pantalones y camisa grises, igual que él. Un guardia le agarró por un brazo al entrar y le dijo:

- Aquí. Este es tu sitio.

Estaba al otro lado de la puerta. Había un plato de hojalata, lleno de comida, y una cuchara junto a él. Preguntó:

- ¿Es que no me dan cuchillo y tenedor? Me habían dicho que...

- Periodo de observación, siete días. Nadie tiene cubiertos hasta después del periodo de observación. Siéntese.

Se sentó. Su compañeros de mesa tampoco tenían cubiertos. Todos comían, algunos ruidosa y torpemente. El mantuvo la vista fija en su plato, a pesar de su aspecto repugnante. Juguetó con la cuchara y consiguió ingerir unos cuantos trozos de patata y uno o dos de los pedazos de carne que eran menos grasosos.

El café les fue servido en una taza de hojalata, y se preguntó por qué hasta darse cuenta de lo fácil que resultaba romper una taza normal y de lo mortífero que podía ser uno de los pesados tazones que usan en los restaurantes baratos.

El café era flojo y estaba tibio; no fue capaz de tomarlo.

Se apoyó en el respaldo y cerró los ojos. Cuando los abrió nuevamente, vio que su plato y su taza estaban vacíos y que el hombre situado a su izquierda comía rápidamente. Era el hombre que tocaba el inexistente piano.

Pensó: «Si me quedo mucho tiempo, llegaré a tener tanta hambre que me comeré toda esta porquería.» No le gustó la idea de quedarse tanto tiempo.

Al cabo de un rato sonó un timbre y todos se levantaron, mesa por mesa, respondiendo a una seña que no vio, y salieron del comedor. Su grupo fue el último en entrar y el primero en salir.

Ray Bassington le dio alcance en las escaleras. Dijo:

- Te acostumbrarás. ¿cómo has dicho que te llamas?

- George Vine.

Bassington se echó a reír, la puerta se cerró tras ellos y la llave dio la vuelta en la cerradura.

Vio que fuera estaba oscuro. Se acercó a una de las ventanas y miró al exterior a través de los barrotes. Una sola estrella brillaba justo encima del olmo del jardín. ¿Su estrella? Bueno, la había seguido hasta allí. Una nube la ocultó a sus ojos.

Alguien se hallaba detrás de él. Volvió la cabeza y vio que era el hombre que tocaba el piano. Tenía la piel aceitunada y aspecto de extranjero, así como unos ojos muy negros; en aquel momento sonreía, como animado por una secreta alegría.

- Eres nuevo aquí, ¿verdad? ¿O es que acaban de trasladarte a esta sala?

- Soy nuevo. Me llamo George Vine.

- Baroni. Músico. Por lo menos, lo era. Ahora... no importa. ¿Quieres saber algo en especial?

- Desde luego; cómo salir.

Baroni se echó a reír, sin demasiada alegría ni amargura.

- Lo primero es convencerles de que vuelves a estar bien. ¿Te importa decirme lo que te pasa... o prefieres no hablar de ello? A algunos les importa, y a otros no.

Miró a Baroni preguntándose a qué grupo pertenecería. Finalmente dijo:

- Creo que no me importa. Yo... creo ser Napoleón.

- ¿Lo eres?

- ¿Qué?

- ¿Eres Napoleón? Si no lo eres, ya es algo. Entonces, quizá te dejen salir dentro de seis o siete meses. Si realmente lo eres... mala cosa. Lo más probable es que te mueras aquí.

- ¿Por qué? Quiero decir, si lo soy, es que no estoy loco y...

- Esta no es la cuestión. La cuestión es que ellos crean que no lo estás. Tal como ellos lo ven, si crees que eres Napoleón, es que estás loco. Quodd erat demonstrandum. Te quedarás aquí.

- ¿Aunque les diga que estoy convencido de ser George Vine?

- Han tratado a mucho paranoicos, antes que a ti. Y a ti te consideran un paranoico, puedes estar seguro. Cada vez que un paranoico se cansa de un lugar, trata de largarse mintiendo. Ellos no son tontos, y lo saben.

- En general, sí, pero ¿cómo...?

Un repentino escalofrío le bajó por la espina dorsal. No tuvo que terminar la pregunta. Te clavan agujas... No le dio importancia cuando Ray Bassington se lo dijo.

El hombre de piel aceitunada asintió.

- El suero de la verdad - dijo -. Cuando un paranoico llega al punto de afirmar que está curado, se aseguran de que dice la verdad antes de soltarle.

Pensó que se había dejado atraer a una trampa perfecta. Probablemente moriría allí.

Apoyó la cabeza en los fríos barrotes de hierro y cerró los ojos. Oyó unos pasos que se alejaban y comprendió que estaba solo.

Abrió los ojos y miró al cielo; las nubes también habían ocultado la luna.

«Clare - pensó -; Clare.»

Una trampa.

Pero... si era una trampa, debía haber un trampero.

Estaba cuerdo o estaba loco. Si estaba cuerdo, había caído en una trampa, y si había un trampa tenía que haber uno o varios tramperos.

Si estaba loco...

Que Dios le confiriera la gracia de estar loco. De este modo, todo sería mucho más sencillo, y algún día podría salir de allí, podría volver a trabajar en el Blade, posiblemente con todos los recuerdos de su vida anterior. O la vida de George Vine.

Esta era la dificultad. El no era George Vine.

Y había otra dificultad. El no estaba loco.

El frió hierro de los barrotes sobre su frente.

Al cabo de un rato oyó que se abría la puerta y miró a su alrededor. Habían entrado dos guardias. Una absurda esperanza surgió en su interior. No duró demasiado.

- Hora de acostarse, muchachos - dijo uno de los guardas. Miró al maniaco depresivo, que seguía sentado en la misma silla, y dijo -: Está como una cabra. Oiga, Bassington, ayúdeme a llevármelo.

El otro guardia, un hombre muy corpulento con el cabello cortado al rape como un luchador, se acercó a la ventana.

- Usted. Usted es el nuevo. Vine, ¿verdad?

El asintió.

- ¿Quiere jaleo, o prefiere portarse bien? - Los dedos de la mano derecha del guardia se cerraron, y alzó el puño.

- No quiero jaleo. Ya he tenido bastante.

El guardia se relajó un poco.

- De acuerdo, siga así y todo irá bien. Ahí tiene una cama libre. - Señaló -. Esta de la derecha. Tiene que hacérsela por la mañana. Quédese en la cama y ocúpese de sus

propios asuntos. Si hay ruidos o alboroto en la sala, venimos y nos ocupamos de solucionarlo. A nuestro modo. A usted no le gustaría.

No estaba seguro de poder hablar, así que se limitó a asentir. Dio media vuelta y traspuso la puerta del cubículo que el guardia le había señalado. Había dos camas; el maníaco depresivo que había visto sentado en la silla se hallaba acostado en una de ellas, mirando al techo con ojos muy abiertos. Le habían quitado los zapatos, pero estaba completamente vestido.

Se acercó a su cama, sabiendo que no podía hacer nada por el otro hombre, ya que no había forma de llegar a él a través del impenetrable caparazón de horrible tristeza que es el intermitente compañero de un maníaco depresivo.

Retiró una sábana manta que cubría su propia cama y vio otra sábana manta del mismo color gris de la primera sobre una dura almohadilla. Se quitó la camisa y los pantalones y los colgó de un clavo situado en la pared a los pies de su cama. Miró a su alrededor en busca de un interruptor con que apagar la luz del techo, pero no lo encontró. Sin embargo, en aquel momento, la luz se apagó.

Una sola luz seguía brillando en algún lugar de la sala, y gracias a ella pudo quitarse los zapatos y calcetines y meterse en la cama.

Permaneció inmóvil durante un rato, sin oír más que dos sonidos, ambos débiles y aparentemente lejanos. En un cubículo situado fuera de la sala, alguien cantaba en voz baja, para sí, una melodía sin palabras; en otro lugar, alguien sollozaba. En su propio cubículo, ni siquiera se oía la respiración de su compañero de cuarto.

Entonces se oyó el ruido ahogado de unos pies descalzos y, desde el umbral, una voz dijo:

- George Vine.

- ¿Sí?

- Chist, no tan alto. Soy Bassington. Quiero decirte algo acerca de este guardia; tendría que haberte advertido antes. No se te ocurra provocarle.

- No lo he hecho.

- Ya lo he oído; eres muy listo. Te hará pedazos si le das la oportunidad. Es un sádico. Muchos guardias lo son; por eso son carceleros de manicomios, así es como se llaman a sí mismos, carceleros de manicomios. Si les echan de un sitio por ser demasiado brutales, se vengan en otro. Mañana volverá; he pensado que debería advertirte.

La sombra del umbral desapareció.

Permaneció tendido en la penumbra, en la casi total oscuridad, sintiendo más que pensando. Preguntándose muchas cosas. ¿Podían saber los locos que estaban locos? ¿Lo sabían? ¿Estaban todos seguros, tal como él lo estaba...?

Aquella criatura inmóvil que se hallaba acostada en la cama vecina a la suya, sufriendo en silencio, aislada de toda ayuda humana, y sumergida en una profunda tristeza incomprensible para los cuerdos...

- ¡Napoleón Bonaparte!

Una voz muy clara, pero ¿procedía de su propia mente, o del exterior? Se incorporó en la cama. Sus ojos escudriñaron la oscuridad, no distinguió ninguna silueta, ninguna sombra, en el umbral de la puerta.

Repuso:

- ¿Sí?

7

Sólo entonces, sentado en la cama y habiendo contestado «Sí», se dio cuenta del nombre con el que la voz le había llamado.

- Levántese y vístase.

Levantó las piernas sobre el borde de la cama, y se levantó. Cogió la camisa y estaba empezando a ponérsela cuando se detuvo repentinamente y preguntó:

- ¿Por qué?

- Para saber la verdad.

- ¿Quién es usted? - inquirió.

- No hable tan alto. Ya le oigo. Estoy dentro y fuera de usted. No tengo nombre.

- Entonces, ¿qué es usted? - Hizo la pregunta en voz alta, sin pensar.

- Un instrumento del Brillante Fulgor.

Dejó caer los pantalones que tenía en las manos. Se sentó lentamente en el borde de la cama, se inclinó hacia el suelo, y los buscó a tientas.

Su mente también buscaba algo, aunque no sabía qué. Finalmente encontró una pregunta... la pregunta. Esta vez no la formuló en voz alta; la pensó, se concentró en ella mientras recogía los pantalones y se los ponía.

«¿Estoy loco?»

La respuesta - No - le llegó tan clara y nítida como una palabra pronunciada en voz alta, pero ¿acaso había sido así? ¿O era un sonido que sólo estaba en su mente?

Encontró los zapatos y se los puso. Mientras anudaba los cordones en una especie de lazos, pensó: «¿Quién - qué - es el Brillante Fulgor?»

- El Brillante Fulgor es la misma esencia de la Tierra. Es la inteligencia de nuestro planeta. Es una de las tres inteligencias del sistema solar, una de las muchas existentes en el universo, la Tierra es una; se llama El Brillante Fulgor.

«No lo entiendo», pensó.

- Lo entenderá. ¿Está preparado?

Acabó de hacer el segundo lazo. Se levantó. La voz dijo:

- Venga. No haga ruido.

Fue como si le guiaran a través de la casi total oscuridad, a pesar de que no sintió ningún contacto físico; tampoco vio ninguna presencia física unto a él. Sin embargo, avanzó confiadamente, aunque de puntillas y sin hacer ruido, seguro de que no tropezaría con nada. Atravesó la gran estancia que constituía la sala donde le habían destinado, y su mano extendida tocó el pomo de la puerta.

Lo hizo girar lentamente y la puerta se abrió hacia dentro. la luz le cegó. La voz dijo: «Espere», y él se mantuvo inmóvil. Oyó un sonido - el crujido de un papel - al otro lado de la puerta, en el pasillo iluminado.

Después, en el fondo del rellano, se oyó un estridente chillido. El ruido de una silla y unos pies que corrían hacia el lugar de procedencia del chillido. Una puerta se abrió y se cerró.

La voz dijo: «Venga», así que acabó de abrir la puerta y salió, pasando frente a la mesa y la silla vacía que estaba junto a al puerta de la sala.

Otra puerta, otro pasillo. La voz dijo: «Espere», la voz dijo: «Venga»; esta vez el guarda estaba dormido. Pasó de puntillas frente a él. Bajó las escaleras.

Pensó la pregunta:

«¿Hacia donde me dirijo?»

- Hacia la locura - dijo la voz.

- Pero usted ha dicho que yo no estaba... - Había hablado en voz alta y el sonido le sobresaltó más que la respuesta a su última pregunta. Y, en el silencio que siguió a las palabras que había pronunciado, oyó - procedente del pie de las escaleras - el zumbido de un interfono, y alguien dijo: «¿Sí...? De acuerdo, doctor. En seguida subo.» Pasos y el ruido de la puerta de un ascensor al cerrarse.

Terminó de bajar las escaleras, dobló una esquina, y se encontró en el vestíbulo principal. Había una mesa vacía con un interfono junto a ella. Siguió adelante y llegó a la puerta que daba a la calle. Estaba cerrada y descorrió el pestillo.

Salió al exterior, a la oscuridad de la noche.

Avanzó silenciosamente sobre cemento, sobre gravilla; después, sus pies avanzaron sobre hierba y dejó de andar de puntillas. La oscuridad era completa; sintió la presencia de árboles a su alrededor y las hojas rozaron ocasionalmente su cara, pero siguió andando rápidamente, confiadamente, y extendió la mano justo a tiempo para tocar un muro de ladrillos.

Levantó el brazo y tocó la parte superior; se encaramó a él. En la superficie de la pared había innumerables trozos de cristales; se hizo numerosos cortes en la ropa y la carne, pero no sintió dolor, sólo la humedad y la viscosidad de la sangre.

Siguió andando a lo largo de una carretera iluminada, a lo largo de calles oscuras y vacías, bajó por un callejón todavía más oscuro. Abrió la verja de un jardín y se dirigió hacia la puerta trasera de una casa. Abrió la puerta y entró. En la parte delantera de la casa había una habitación iluminada; vio el rectángulo de luz al final del pasillo. Enfiló el pasillo y entro en la habitación iluminada. Junto a él, procedente de la nada, se oyó la voz del instrumento del Brillante Fulgor.

- Mire - dijo -; he aquí El Ser de la Tierra.

Miró. No como si tuviera lugar un cambio exterior, sino uno interior, como si sus sentidos se hubiesen transformado para percibir algo que hasta entonces no se podía ver.

El globo que era la Tierra empezó a brillar; a relucir fulgurantemente.

- Está usted viendo la inteligencia que rige la Tierra - dijo la voz -; la suma de los negros, blancos, y rojos, que son uno, divididos tal como los lóbulos de un cerebro, la trinidad que es una.

El brillante globo y las estrellas que había tras él se desvanecieron, y la oscuridad se hizo más impenetrable, al mismo tiempo que la mortecina luz se intensificaba, y se encontró en la habitación con el hombre situado junto a la mesa.

- Lo ha visto - dijo el hombre al que odiaba -, pero no lo entiende. Usted pregunta: ¿Qué he visto? ¿Qué es el Brillante Fulgor? Es una inteligencia colectiva, la verdadera inteligencia de la Tierra, una de las tres inteligencias del sistema solar, una de las muchas que hay en el universo.

» Entonces, ¿qué es el hombre? Los hombres son peones, en partidas de... para usted... una complejidad increíble, entre rojas y negras, blancas y negras, por diversión. El juego de una parte de un organismo contra otra parte, para entretenerse un instante de la eternidad. Hay unos juegos más largos, que se desarrollan entre galaxias. No con el hombre.

» El hombre es un parásito característico de la Tierra, que tolera su presencia durante cierto tiempo. No existe en ningún otro lugar del cosmos, y su existencia aquí será muy corta. Un poco de tiempo, unas cuantas guerras sobre el tablero, que creará haber provocado él mismo... Veo que empieza a comprender.

El hombre situado junto a la mesa sonrió.

- Quiere saber algo de sí mismo. No hay nada menos importante. Se hizo un movimiento, antes de Lodi. Se presentó la oportunidad de mover los rojos; se necesitaba una personalidad más fuerte y despiadada; fue un momento crítico de la historia... es decir, de la partida. ¿Lo comprende ahora? Se introdujo a un sustituto para que se convirtiera en Napoleón.

Consiguió articular dos palabras:

- ¿Qué más?

- El Brillante Fulgor no mata. Teníamos que hacer algo con usted, trasladarle de lugar y de tiempo. Mucho después, un hombre llamado George Vine falleció en accidente; su cuerpo aún era utilizable. George Vine no estaba loco, pero tenía complejo de Napoleón. la transferencia resultaba divertida.

- Sin duda. - Nuevamente le fue imposible llegar al hombre de la mesa. El mismo odio era el muro que los separaba -. Así pues, ¿George Vine está muerto?

- Sí. Y usted, como sabe demasiado, tiene que volverse loco para que no sepa nada. El hecho de saber la verdad le volverá loco.

- ¡No!

El instrumento se limitó a sonreír.

8

La habitación, el cubo de luz, se oscureció, pareció ladearse. Aunque seguía en pie, estaba inclinándose hacia atrás, y su posición se convirtió en horizontal en vez de vertical.

Tenía todo su peso apoyado sobre la espalda y debajo de su cuerpo había la blanda dureza de la cama, la aspereza de una sábana manta gris, Y podía moverse; se incorporó.

¿Había sido un sueño? ¿Había salido realmente del manicomio? Extendió las manos, las unió, y notó que estaban pegajosas. La misma sustancia viscosa cubría la pechera de sus camisa y la parte delantera de sus pantalones.

Además, llevaba los zapatos puestos.

La sangre le indicaba que se había encaramado a la pared. La analgesia le abandonaba, y el dolor empezaba a hacer su aparición en las manos, el pecho, el estómago y las piernas. Un dolor penetrante.

En voz alta, dijo:

- No estoy loco, No estoy loco. - ¿Lo había dicho a gritos?

Una voz contestó:

- No. Todavía no. - ¿Era la voz que había oído antes en la habitación? ¿O era la voz del hombre que había visto en la estancia iluminada? ¿Acaso ambas eran la misma voz?

La voz dijo:

- Pregunte: «¿Qué es el hombre?»

Mecánicamente lo preguntó.

- El hombre es un callejón sin salida en el proceso evolutivo, que ha llegado demasiado tarde para competir, que siempre ha estado controlado y movido por el Brillante Fulgor, el cual era viejo y sabio antes de que el hombre adquiriese la posición erecta.

» El hombre es un parásito que vive en un planeta habitado desde antes de que él llegara, habitado por un Ser que es uno y muchos, un billón de células y una sola mente, una sola inteligencia, una sola voluntad... tal como ocurre en todos los demás planetas habitados del universo.

El hombre es una broma, un bufón, un parásito. No es nada; aún será menos.

«Ven y enloquece»

Salió nuevamente de la cama; empezó a andar. Salió del cubículo, atravesó la sala. Llegó a la puerta que daba al pasillo; una delgada rendija de luz se veía debajo de ella. Pero, esta vez, no alargó la mano hacia el pomo. En cambio, permaneció inmóvil frente a la puerta, y ésta empezó a brillar; lentamente, se fue iluminando y se hizo visible.

Como iluminada por una invisible linterna, la puerta se convirtió en un visible rectángulo en la oscuridad circundante; tan claramente visible como la rendija que se veía debajo.

La voz dijo:

- Ahí tiene una célula de su soberano, una célula que no es inteligente, por sí misma, pero que forma parte de una unidad inteligente, una del billón de unidades que constituyen la inteligencia que gobierna la Tierra... y a usted. También es una del millón de inteligencias que gobiernan el universo.

- ¿La puerta? No...

La voz no contestó; se había retirado, pero en su mente estaba el eco de una silenciosa carcajada.

Se acercó un poco más y vio lo que tenía que ver. Una hormiga subía lentamente por la puerta.

La siguió con los ojos, mientras un creciente horror le dominaba, le invadía totalmente. Un centenar de cosas que le habían dicho y mostrado cobraban repentinamente sentido, un sentido hecho de espantoso horror. Los negros, los blancos, y rojos; las hormigas negras, las hormigas blancas, las hormigas rojas, los que jugaban con los hombres, los lóbulos separados de un solo cerebro, la inteligencia que era una. El hombre como accidente, parásito, peón; un millón de planetas en el universo, habitados por una raza de insectos que era la única inteligencia del planeta... y todas las inteligencias reunidas constituían la única inteligencia cósmica que era... ¡Dios!

Fue incapaz de articular esta única palabra.

Se volvió loco.

Golpeó la puerta, sumida otra vez en la oscuridad, con sus manos recubiertas de sangre, con las rodillas, la cara, todo su cuerpo, a pesar de que ya se había olvidado de la razón, ya se había olvidado de lo que quería aplastar.

Estaba loco - demencia precoz, no paranoia - cuando aliviaron su cuerpo al ponerle una camisa de fuerza, lo aliviaron del frenesí a la quietud.

Era una locura tranquila - paranoia, no demencia precoz - cuando le dieron de alta al cabo de once meses.

La paranoia es una enfermedad muy peculiar; no tiene síntomas físicos, es la presencia de una idea fija. Una serie de choques de metrazol curaron su demencia precoz y sólo le dejaron la idea fija de que era George Vine, periodista.

Los médicos del manicomio también creían que lo era, así que su manía no fue reconocida como tal y le dejaron marchar, entregándole un certificado que demostraba su completa recuperación.

Se casó con Clare; sigue trabajando en el Blade... para un hombre llamado Candler. Sigue jugando al ajedrez con su primo, Charlie Doerr. Sigue viendo - para someterse a revisiones periódicas - al doctor Irving y al doctor Randolph.

¿Cuál de ellos sonríe interiormente? ¿De qué les serviría saberlo?

No importa. ¿No lo comprenden? ¡Nada importa!

## EL FINAL

El profesor Jones había trabajado en la teoría del tiempo a lo largo de muchos años.

- Y he encontrado la ecuación clave -dijo un buen día a su hija-. El tiempo es un campo. La máquina que he fabricado puede manipular, e incluso invertir, dicho campo.

Apretando un botón mientras hablaba, dijo: -Esto hará retroceder el tiempo el retroceder hará esto -dijo, hablaba mientras botón un apretando.

campo dicho, invertir incluso e, manipular puede fabricado he que máquina la. Campo un es tiempo el. -Hija su a día buen un dijo-. Clave ecuación la encontrado he y -

Años muchos de largo lo a tiempo del teoría la en trabajado había Jones profesor el.

Final El

FIN